

**LA ESPAÑA MODERNA**



AÑO 15.

NUM. 180.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
SR. D. MARCO LÓPEZ

LA

# ESPAÑA MODERNA



Director: JOSÉ DE LÁZARO

DICIEMBRE, 1903

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# LA PRINCESA



A la puerta que se llamaba la Puerta Roja del monasterio de hombres de N... acaba de llegar un carruaje tirado por cuatro hermosos caballos. Los monjes sacerdotes y los novicios, reunidos en montón cerca de la puerta de la hospedería reservada á las personas nobles, habían reconocido de lejos, por el cochero y los caballos, á la dama que estaba sentada en el carruaje, su buena amiga la princesa Vera Gavrilovna.

Un viejo con librea saltó del pescante y ayudó á la princesa á descender del coche. Ella se levantó el velillo negro y sin apresurarse se adelantó para recibir la bendición de todos los frailes. Hizo en seguida á los novicios un ligero saludo amistoso, y se dirigió hacia su habitación.

—Y qué—dijo ella á los frailes que llevaban su equipaje de mano,—¿han echado ustedes de menos á su princesa? He estado todo un mes sin venir, pero ya me tienen aquí; ¡miren á su princesa! ¿Dónde está el padre archimandrita? ¡Dios mío, ardo de impaciencia! ¡Ese asombroso anciano!... Deben ustedes estar orgullosos de tener semejante archimandrita...

Cuando el archimandrita entró en la habitación de la princesa, ésta dió un grito de éxtasis, cruzó los brazos sobre el pecho y se adelantó para recibir la bendición.

—No, no, no; déme usted á besar su mano—dijo ella, cogiéndosela y besándosela tres veces con avidez.—¡Qué feliz soy al volverle á ver, padre! Seguramente que usted se había

olvidado de su princesa, y yo he vivido constantemente con el pensamiento en este querido convento... ¡Qué bien se está aquí! En esta vida consagrada á Dios, lejos de las vanidades del mundo, hay un encanto particular, padre, que siento en toda mi alma, pero que no puedo expresar.

Las mejillas de la princesa enrojecieron un poco, y de sus ojos brotaron algunas lágrimas. Hablaba seguidamente, con fuego, y el archimandrita, anciano de setenta años, serio, feo y tímido, se callaba, y únicamente de cuando en cuando decía con voz entrecortada: «Precisamente, vuecencia... Espero... Comprendo...»

—¿Se dignará favorecernos mucho tiempo con su visita?— preguntó.

—Hoy pasaré la noche en esta casa, y mañana iré á la de Claudia Nikolaevna. Hace ya mucho tiempo que no nos hemos visto. Y pasado mañana volveré, y permaneceré aquí tres ó cuatro días. Quiero que descanse mi alma, reverendo padre...

La princesa gustaba de ir al monasterio de N... Había cobrado afección al lugar en aquellos dos últimos años, é iba á él en los meses de verano á pasar dos ó tres días, y á veces una semana. Los tímidos novicios, la paz, los techos bajos, el olor á madera de ciprés, las frugales comidas, los modestos cortinones de las ventanas: todo esto la afectaba, la enternecía, la disponía á la meditación y á los buenos pensamientos. Bastábale estar media hora en su habitación, para que le pareciese que ella también era tímida y modesta, y que también ella exhalaba olor á ciprés. El pasado huía lejos, muy lejos; perdía su valor, y la princesa se ponía á pensar que, no obstante sus veintinueve años, era muy semejante al anciano archimandrita, y que, como él, había nacido, no para la riqueza, el esplendor terreno y el amor, sino para la vida tranquila, oculta y crepuscular del claustro.

Ocurre á veces que, en la sombría celda de un anacoreta sumido en la oración, entra de repente un rayo de sol, ó un pájaro se posa en la ventana y canta; el austero anacoreta

sonríe á pesar suyo, y de pronto, bajo la abrumadora aflicción de sus pecados, como de debajo de una piedra, corre en él un arroyo de inocente y dulce alegría. Le parecía á la princesa que precisamente aportaba ella una sensación semejante á la que produjeran ese rayo ó ese pájaro. Su sonrisa afable y alegre, su mirada dulce, su voz, sus bromas y toda su menuda persona, bien formada, vestida con un sencillo traje negro, debían despertar en aquellas gentes austeras y sencillas un sentimiento de ternura y de alegría. Cada cual, al mirarla, debía pensar: «Dios nos ha enviado un ángel...» Y, sintiendo que todos pensaban así aun sin quererlo, la princesa sonreía con mayor afabilidad y se esforzaba en parecer un pájaro.

Después de haber tomado el té y de haber descansado, salió á dar un paseo. El sol se había puesto ya. La perfumada frescura de las plantas, que acababan de regar, llegó desde el parterre del convento hasta ella, y de la iglesia venía el rumor del canto de los frailes, que desde lejos parecía muy melancólico y muy agradable: estaban cantando Vísperas. Había en las ventanas negras, sobre las que danzaban los reflejos de las lámparas del altar, en los muros y en la persona de un fraile anciano sentado bajo el pórtico cerca de una imagen, tanto reposo, que la princesa, sin saber por qué, se sintió con ganas de llorar.

Fuera de las puertas del convento, en la arboleda que bordeaba los muros, en donde había unos bancos, reinaba ya la sombra. El aire se obscurecía muy de prisa... La princesa dió algunos pasos por la arboleda, se sentó en un banco y se puso á pensar.

Pensó que sería bueno habitar toda su vida en aquel convento, en donde la existencia era tranquila y pura como una noche de verano; que sería bueno olvidarse por completo de su príncipe ingrato y libertino, olvidarse de su enorme fortuna, de sus acreedores que diariamente la atormentaban, y de todas sus desgracias, y de su doncella, que tenía aquella mañana una actitud tan insolente. Sería bueno permanecer

sentada allí, en aquel banco, toda su vida, y mirar, al través de los troncos de los árboles, cómo la neblina de la noche se condensaba á los pies del monasterio; mirar allá abajo, en el bosque, cómo volaban á refugiarse en sus nidos las bandadas de aves; y mirar á dos novicios que, montado el uno en un caballo bayo, y el otro á pie, llevaban á encerrar á los caballos, y que, contentos con su libertad, jugueteaban como niños. Sus juveniles voces resonaban en el aire inmóvil y se podía distinguir cada una de sus palabras. Es bueno permanecer así sentada y prestar oído al silencio. El viento sopla un poco y agita las cimas de los árboles; una rana chilla en la hierba seca; el reloj del convento da un cuarto, tras las tapias... Permanecer así, sin moverse, escuchar,—y pensar, pensar, pensar...

Una vieja, con un haz, pasó ante ella. La princesa pensó que sería bueno llamar á la vieja, decirle algo grato y sentido, acudir en su ayuda... Pero la vieja siguió sin volverse, y desapareció.

Apareció después un hombre alto, de barba gris, con sombrero de paja. Al llegar ante la princesa se quitó el sombrero y saludó. En su amplia calvicie y en su nariz acaballada, reconoció la princesa al doctor Miguel Ivanovitch, que estuvo á su servicio cinco años antes en Doubovka. Recordó que le habían dicho que la mujer del doctor había muerto el año anterior. Quiso simpatizar con él y consolarle.

—Doctor, sin duda no me reconoce usted—le dijo con amable sonrisa.

—Perdón, princesa, la he reconocido—replicó el doctor, quitándose por segunda vez el sombrero.

—¡Ah! Gracias; ¡y yo que creí que había usted olvidado á su princesa! Las gentes no se acuerdan más que de sus enemigos y olvidan á sus amigos. ¿Ha venido usted también á rezar un poco?

—Duermo aquí por deber todos los sábados: soy el médico del convento.



—¡Ah! Muy bien. ¿Y cómo está usted?—preguntó la princesa, suspirando.—He oído decir que su mujer ha muerto; ¡qué desgracia!

—Sí, princesa; es una gran desgracia para mí...

—¡Qué hacer!... Hay que sufrir las desgracias con resignación. Ni un cabello cae de la cabeza de un hombre sin la voluntad de la Providencia.

—Sí, princesa.

A la sonrisa afable y dulce de la princesa y á sus suspiros, el doctor no respondía, seca y fríamente, sino por «sí, princesa». La expresión de su rostro era también fría y seca...

«¿Qué más podría decirle?», se preguntó la princesa.

—¡Cuánto tiempo hace que no nos habíamos visto!—dijo.—¡Cinco años! ¡Cuánta agua ha corrido hacia el mar en ese tiempo!... ¡Cuántos cambios!... Es espantoso pensar en ello... Ya sabe usted que me he casado. De condesa me he convertido en princesa. Y ya he tenido tiempo de separarme de mi marido...

—Sí, lo he oído decir.

—Dios me ha enviado muchas pruebas... Sin duda habrá usted oído decir que estoy arruinada. Por las deudas de mi desdichado marido, ha habido que vender Doubovka, Kiria-kovo y Sophino. No me queda más que Baronovo y Mikhaelt-sevo. Es espantoso mirar hacia atrás: ¡cuántos cambios! ¡cuántas desgracias diversas! ¡cuántas faltas!

—Sí, princesa, muchas faltas.

La princesa se turbó. Conocía sus faltas. Eran todas tan íntimas, que solamente ella podía juzgarlas y comentarlas. No pudo contenerse, y preguntó:

—¿Qué faltas quiere usted decir?

—Acaba usted de aludir á ellas; así, pues, usted las conoce—respondió el doctor, sonriendo.—¿Para qué entonces...?

—No; dígamelas, doctor. Se lo agradeceré á usted mucho. Y, se lo ruego, no tenga usted conmigo miramientos; me gusta escuchar la verdad.

—No soy yo su juez de usted, princesa.

—¡Que no es usted mi juez!... ¡Con qué tono habla usted!...  
¿Es que sabe usted algo? Dígalo.

—Si lo desea usted, lo diré. La cuestión es que, por desgracia, yo no sé hablar, y no siempre me hago comprender.

El doctor reflexionó un poco, y dijo:

—¡Muchas faltas! Pero propiamente hablando, en mi concepto, la principal es el espíritu general, por el cual... que... el cual ha reinado en todos sus bienes... Ya lo ve usted, no sé expresarme... En fin, lo principal es el desamor, la repulsión hacia las gentes, que se sentían positivamente en todo. En su casa de usted, todo el sistema de la vida estaba fundado en esa repulsión. Repulsión por la voz del hombre, por su figura, por su nuca, por sus pasos; en una palabra, por todo lo que constituye al hombre. En todas las puertas y en todas las escaleras, groseros, perezosos é hinchados bergantes con librea, para impedir que entrasen en la casa las gentes mal vestidas. En la antesala, grandes divanes con respaldo para que, durante los bailes y las recepciones, los criados no ensuciasen con su nuca los papeles de las paredes. En todos los cuartos, gruesas alfombras para no oír el paso de los hombres. Se previene inevitablemente á toda persona que éntre, el hablar poco y bajo, y no hablar de lo que puede producir un mal efecto sobre la imaginación y sobre los nervios. En su gabinete no se tendía la mano á las gentes, y no se las invitaba á que se sentasen,—de la misma manera que en estos mismos momentos no me ha tendido usted la mano y no me ha invitado á que me siente...

—Aquí está, si usted lo quiere... —dijo la princesa tendiéndole la mano y sonriendo.— ¿Puede uno de veras enfadarse por semejantes bagatelas?

—¿Acaso me enfado yo?—replicó el doctor, riendo.

Pero en seguida se puso rojo, se quitó el sombrero, y agitando, empezó á decir con fuego:

—Hablando francamente, hace mucho tiempo que esperaba

una ocasión para decírselo á usted todo, todo... Quiero decirle que usted mira á todo el mundo á la manera de Napoleón, como carne de cañón. Pero en Napoleón había, por lo menos, una especie de idea, y en usted, fuera de la repulsión, nada.

—¡Yo, repulsión hacia las gentes! — exclamó la princesa, sonriendo y muy asombrada.—¡Yo!

—¡Sí, usted! ¿Necesita usted hechos? Aquí los tiene. En su casa, en Mikhaeltsevo, viven de limosna tres de sus antiguos cocineros, que se volvieron ciegos en sus cocinas de usted por el calor del horno... Todos los mozos fuertes y gallardos que había en las tierras de su pertenencia, han sido acaparados por usted y sus parásitos para servir de criados, lacayos ó cocheros... Todos esos seres de dos pies se han educado en la servidumbre, se han endurecido; en una palabra, han perdido la imagen y la semejanza de Dios... ¡Ah! á los médicos jóvenes, á los agrónomos, á los preceptores, en general á todos los trabajadores intelectuales, se les sustrae de sus asuntos, del trabajo honrado, y se les obliga por un pedazo de pan á tomar parte en diversas comedias de marionetas, que para todo hombre honrado son vergonzosas. ¡No importa que el joven se eche á perder á los tres años en semejantes condiciones, que se haga hipócrita, repulsivo, delator! ¿Está bien esto? Sus intendentes polacos, esos repugnantes espías, trotan á docenas, desde la mañana hasta la noche, por sus dominios de usted, y para complacerla se esfuerzan en exprimir el jugo. Perdóneme usted; me expreso sin orden, pero no importa nada. A las gentes del pueblo no se las considera en su casa de usted como personas. Y hasta á esos príncipes, á esos condes, á esos arzobispos que van á su casa de usted, se les considera como elemento decorativo, y no como seres vivientes. Pero lo principal, lo principal, lo que más me subleva, es el tener más de un millón de fortuna y no hacer nada por las gentes, ¡nada!

La princesa permanecía sentada, asombrada, espantada, ofendida, no sabiendo qué decir ni qué actitud tomar. Jamás la habían hablado en aquel tono. El enojado acento, hostil,

del doctor, sus frases torpes, balbucientes, producían en sus oídos y en su cabeza un ruido agrio, contundente, y comenzó á parecerle que el gesticulante doctor le golpeaba en la cabeza con su sombrero.

—¡No es cierto eso!—murmuró ella dulcemente, con suplicante voz.—Yo he hecho, usted mismo lo sabe, mucho bien á las gentes.

—¡Ah! termine usted—exclamó el doctor.—¿Es posible que continúe usted considerando sus obras de beneficencia como algo serio y útil, y no como una pura comedia? ¡Pero si ha sido una comedia desde el principio hasta el fin!... ha sido jugar al amor del prójimo, un juego tan claro que hasta lo comprendían los niños y las mujeres cándidas. No hablemos de su... ¿cómo llamarle?... asilo para las ancianas sin familia, en el que me obligó usted á ser algo así como médico director, mientras que usted era la tutora honoraria. ¡Ah, Dios mío, qué lindo establecimiento! Se construyó una casa con pisos entarimados y veletas en los tejados. Se recogió de todas las aldeas á una docena de viejas, á las que se obligaba á que durmieran bajo mantas de lana, entre sábanas de Holanda, y á que comieran azúcar cande.

El doctor, con alegría de mal género, se echó á reir, tapándose con el sombrero, y continuó, muy de prisa, balbuceando:

—Aquello fué una broma. Los empleados subalternos del asilo metían bajo llave las mantas y las sábanas del asilo para que las viejas no las manchasen. ¡Que duerman si quieren en el suelo esas endiabladas viejas! Éstas no se atrevían ni á sentarse en las camas, ni á andar por el piso encerado, ni á ponerse las camisas. Conservábase todo esto para la ostentación, y se preservaba de las viejas como de los ladrones. Y las viejas, para alimentarse y vestirse, mendigaban á escondidas, y rogaban á Dios, noche y día, el poder salir de su prisión cuanto antes, y escapar á las instrucciones que les daban para la salvación de sus almas los repletos ladinos á quienes confió usted

la vigilancia. ¿Y qué hacían los altos empleados? Era sencillamente encantador. Unas dos veces por semana, llegaba, una noche, al galope, un correo anunciando que al día siguiente la princesa (es decir, usted) llegaría al hospicio. Esto quería decir que al día siguiente había que dejar á los enfermos acicalarse y acudir á la parada. Bueno, veamos. Las viejas, todas limpias y de punta en blanco, están ya formadas en fila, y esperan. El viejo militar retirado, el inspector, da vuelta en torno de ellas con su sonrisa dulzona y falsa. Las viejas bostezan y se miran entre sí, pero sin atreverse á confiarse sus quejas. Nosotros esperamos. Llega al galope el subintendente. Media hora después, el intendente. En seguida, el administrador general de sus bienes de usted. Después otro, y luego otro... Llegan al galope, sin fin. Todos tienen aspecto solemne, misterioso. Nosotros esperamos, esperamos, nos impacientamos, miramos nuestros relojes de cuando en cuando, todo en medio de un silencio de tumba, porque todos nos detestamos unos á otros y estamos siempre á matar. Pasa una hora, otra, y por fin el carruaje aparece en el horizonte, y... y...

El doctor lanzó una carcajada aguda, y dijo con voz de falsete:

—Desciende usted del coche, y las viejas brujas, dirigidas por el militar retirado, comienzan á cantar: «Tan glorioso en Sión nuestro Señor, que la lengua no puede expresarlo...» Bonito, ¿eh?

El doctor rió esta vez con risa grave y extendió un brazo para indicar que la hilaridad le impedía pronunciar una sola palabra. Reía ásperamente, con los dientes muy apretados, como ríen las malas gentes; y en el sonido de su risa, y en su rostro, y en sus ojos un tanto insolentes, se podía ver que despreciaba profundamente á la princesa, al asilo y á las viejas. No había nada de risible ni de alegre en todo lo que acababa de decir de manera inhábil y grosera, y, sin embargo, reía con placer y hasta con alegría.

—¿Y la escuela?—añadió, suspirando por haberse reído de-

masiado. — ¿Se acuerda usted de cómo quiso instruir durante algún tiempo á los pequeños mujiks?... Sin duda les enseñaba usted demasiado bien, porque no tardaron en huir todos los muchachos; fué preciso después darles de latigazos y pagarles para que volviesen al lado de usted... ¿Y se acuerda usted también de cuando quiso dar con sus propias manos el biberón á los niños de pecho, cuyas madres trabajaban en el campo? Iba usted á los pueblos, y se quejaba de que no hubiese niños á su disposición, porque las madres se los llevaban al campo con ellas. En consecuencia, el *starosta* las ordenó que dejaran por turno á sus pequeños, para que se entretuviera usted. ¡Cosa extraña! ¡todos huían de sus mercedes como los ratones huyen del gato! ¿Por qué esto? ¡muy sencillito! No porque nuestro pueblo sea ignorante é ingrato, como usted lo decía siempre, sino porque en todos sus caprichos de usted, pásame la expresión, no había un ápice de amor y de caridad. No había más que el deseo de distraerse con muñecas vivas, ¡y nada más! El que no sabe establecer la diferencia entre las personas y los muñecos, no debe ocuparse en beneficencia. Se lo aseguro: entre las personas y los muñecos hay una gran diferencia.

El corazón de la princesa latía violentamente, sus oídos zumbaban, y le parecía que el doctor, sin pararse, seguía golpeándole en la cabeza con el sombrero. El doctor hablaba de prisa, con calor, balbuceando y gesticulando demasiado. Ella comprendía solamente que un hombre mal educado, grosero, malo é ingrato, le hablaba, pero no comprendía ni lo que quería de ella ni de qué le hablaba.

—¡Váyase usted!— dijo ella con angustiado acento, levantando los brazos como para preservarse la cabeza del sombrero del doctor; —¡váyase usted!

—¡Y cómo se conducía usted con los que la servían! — siguió diciendo el doctor.—No los consideraba usted como hombres, y los trataba como á los últimos de los siervos. Por ejemplo, permítame usted que le pregunte por qué me despidió á mí. Yo he estado diez años al servicio de su padre; des-

pués al de usted, honradamente, no conociendo ni fiestas ni vacaciones; me conquisté el amor de todo el mundo á cien verstas á la redonda, y de repente, un día, se me anuncia que ya no estoy á su servicio. ¿Qué hice? Todavía no lo he comprendido. ¡Yo, noble, doctor en Medicina de la Universidad de Moscou, padre de familia, valgo tan poco que se me puede echar á la calle sin explicaciones! ¿Para qué molestarse conmigo?... Supe después que mi mujer, en secreto, fué tres veces á su casa de usted para interceder por mí, y que usted no la recibió ni una sola vez. Dicen que lloraba en la antesala. Jamás perdonaré eso á mi difunta, ¡jamás!

El doctor se calló y apretó los dientes, pensando con atención lo que todavía podría decir que fuera desagradable y vengativo. Se acordó de algo, y su rostro, ensombrecido, frío, se iluminó de repente.

—Hablemos también de sus relaciones con este monasterio —dijo con apresuramiento.—Usted no ha dejado en paz á nadie, y cuanto más santo es el lugar, mayores probabilidades tiene de recibir su parte de los frutos de la caridad y de la angélica dulzura de usted: ¿por qué viene usted aquí? ¿qué necesita usted de estos frailes? permítame que se lo pregunte. Una nueva diversión, un nuevo juego, la burla de la persona humana, y nada más... Usted no cree en el Dios de los frailes. En su corazón tiene usted el suyo, hasta el cual, en sesiones de espiritismo, se ha elevado usted por su espíritu. Usted mira las ceremonias de la Iglesia con condescendencia. Usted no va ni á misa ni á Vísperas. Usted duerme hasta las doce de la mañana... ¿Por qué, pues, viene usted aquí? Viene usted con su Dios á este monasterio de otro Dios, y se imagina que el monasterio lo tiene á gran honor... ¡Y cómo no!... Pregunte usted, entre otras cosas, lo que les cuesta á los frailes las visitas que usted les hace. Se ha dignado usted llegar esta tarde, y desde antes de ayer hay aquí un jinete enviado por usted para anunciar que se proponía usted venir. Ayer, durante todo el día, han estado preparando las habitaciones y la

han esperado á usted. Hoy ha venido la vanguardia: su insolente doncella, que no hace más que correr por el patio, fisgonear, abrumar á todo el mundo con preguntas y dar órdenes; ¡yo no puedo sufrir esto! Hoy, todo el día han estado alerta los frailes. Si no la reciben á usted ceremoniosamente, ¡desgraciados! Se quejará usted al arzobispo: «Los frailes, eminencia, no me aman. Yo no sé en qué los he enojado. Cierto es que soy una gran pecadora. ¡Pero soy tan desgraciada!» Un convento ha recibido un regaño á causa de usted. El archimandrita es un hombre ocupado, instruído, no tiene un minuto libre, y usted le exige que no salga de sus habitaciones de usted. Ninguna consideración, ni á la ancianidad ni á la dignidad. Y menos mal si diera usted mucho; pero, en total, los frailes no han recibido de usted cien rublos.

Cuando atormentaban á la princesa, cuando no la comprendían, cuando la ofendían y cuando no sabía qué decir ni qué hacer, se echaba habitualmente á llorar. También esta vez, al fin, se cubrió el rostro y se puso á llorar sollozando como una niña. El doctor calló repentinamente y la miró. Su rostro se puso sombrío y grave.

—Perdóneme usted, princesa—dijo con sordo acento;—he cedido á un mal sentimiento y no he pensado lo que he dicho: está mal.

Y habiendo tosido con confusión, olvidándose de ponerse el sombrero, se alejó de la princesa rápidamente.

En el cielo brillaban las estrellas. La luna debía de levantarse al otro lado del monasterio, porque por allí estaba el cielo claro, transparente y suave. A lo largo de las blancas tapias, los murciélagos volaban sin ruido. El reloj dió el tercer cuarto de una hora, de las ocho probablemente. La princesa se levantó y volvió lentamente hacia la puerta. Sentíase ofendida, y lloraba. Le parecía que los árboles, las estrellas y los murciélagos la compadecían, y que el reloj había sonado melodiosamente para simpatizar con ella. Lloraba, y pensaba que sería bueno retirarse á un convento para toda la vida. En



las noches tranquilas de verano, se pasearía ella sola por las arboledas, ofendida, insultada, no comprendida por las gentes, y sólo Dios y el cielo estrellado verían sus lágrimas de mártir. En la iglesia duraban todavía las Vísperas. La princesa se detuvo y prestó oído al canto. ¡Qué gratamente resonaba el canto en el aire tranquilo y obscuro! ¡Qué dulce era el llorar y sufrir escuchándole!

Una vez en su habitación, miró en un espejo su rostro enrojecido por las lágrimas, y se dió polvos. En seguida se sentó para cenar. Los frailes sabían que ella gustaba del pescado en conserva, de las setas pequeñas, del Málaga y del pan de higo, que tiene, en la boca, un sabor de ciprés, y siempre que iba le servían todo aquello. Mientras comía las setas y bebía el Málaga, la princesa pensaba que concluirían por arruinarla y que la abandonarían; que todos sus intendentes, capataces, tenedores de libros y doncellas, que todas aquellas gentes por las cuales había hecho tanto, la harían traición y se pondrían á hablar de ella groserías; que todo el mundo caería sobre ella y se burlaría. Renunciaría entonces á su título de princesa, al lujo y á la sociedad, y se iría á un convento, sin una palabra de censura para nadie. Rogaría por sus enemigos, y entonces súbitamente la comprenderían todos é irían á pedirle perdón. Pero sería demasiado tarde...

Después de haber cenado se puso de rodillas ante una imagen y leyó dos capítulos del Evangelio. En seguida la doncella le hizo la cama, y se acostó. Extendida bajo la blanca colcha, suspiró con delicia, profundamente, como se suspira después de haber llorado; cerró los ojos, y comenzó á adormecerse.

Por la mañana, al despertarse, miró su reloj. Eran las nueve y media. Cerca de la cama, sobre la alfombra, se extendía una estrecha y viva franja de luz, formada por un rayo que entraba por la ventana é iluminaba un poco el cuarto. Tras las negras cortinas, zumbaban las moscas en los cristales.

—Es temprano—se dijo la princesa, y cerró los ojos.

E. M.—*Diciembre 1903.*

Mientras se estiraba y desperezaba, recordó su encuentro de la víspera con el doctor, y todos los pensamientos con los que se había dormido. Se acordó de que era desgraciada... Después pensó en su marido, que vivía en Petersburgo; en sus intendentes, en su doctor, en sus vecinos; pasó por su espíritu un gran número de personas conocidas. Sonrió, y pensó que si todas aquellas gentes pudieran penetrar en su alma y comprenderla, se postrarían á sus pies...

A las once y cuarto llamó á su doncella.

—Ayúdame á vestir, Dacha—dijo con languidez.—Ó mejor, vete á decir primero que preparen los caballos. Hay que ir á casa de Claudia Nikolaevna.

Al salir de su habitación para subir al coche, la viva luz del día le hizo guiñar los ojos, y rió de placer; el día era extraordinariamente hermoso. Al mirar con los ojos medio cerrados á los frailes que se habían reunido para saludarla á la puerta de la hospedería, inclinó afablemente la cabeza, y dijo:

—Adiós, amigos míos. Hasta pasado mañana.

Quedó agradablemente sorprendida al ver entre los frailes al doctor, que estaba pálido y serio.

—Princesa—dijo él, quitándose su sombrero y sonriendo con aire confuso;—la esperaba aquí desde hacía mucho tiempo. ¡Perdóneme usted en nombre de Dios!... Un perverso sentimiento de venganza me arrebató ayer noche, y dije á usted... tonterías... En una palabra, pido á usted perdón.

La princesa sonrió afablemente y le tendió la mano hacia los labios. El doctor la besó, y enrojeció.

La princesa, esforzándose en parecer un pájaro, voló en su carruaje y se puso á inclinar la cabeza hacia todos lados. Todo era en su alma claro, alegre y tibio, y sentía que su sonrisa era más acariciadora y más dulce que de costumbre. Mientras el coche rodaba por el polvoriento camino, bordeando las isbas y cruzándose con carretas y peregrinos que iban en bandadas al convento, ella entornaba los ojos y sonreía dulcemente. Pensaba que no hay mayores goces que llevar á todas

partes consigo el calor y la alegría, el perdonar las ofensas y sonreír amablemente á los enemigos... Los mujiks que la encontraban la saludaban; el coche rodaba suavemente; bajo las ruedas levantábanse nubes de polvo, que el viento llevaba sobre las doradas mieses; le parecía á la princesa que su cuerpo no se mecía sobre los almohadones de un coche, sino sobre nubes, y que ella misma se parecía á una nubecilla ligera y transparente.

—¡Qué feliz soy!—murmuraba, cerrando los ojos,—¡qué feliz soy!

ANTÓN TCHEKHOV

FIN

# U N O

(NARRACION CALIFORNIANA)



Pasaba en el campamento por ser de una inutilidad y de una incapacidad absolutas. Desde el día en que puso el pie en el Bosque Rojo, llevando cuantos efectos poseía en un pañuelo anudado en la punta de un palo, hasta aquel en que se marchaba, arrastrado por un tablón en la terrible inundación de 1856, sus compañeros no obtuvieron ni esperaron nada de él. En medio de aquel grupo de rudos mineros con groseras virtudes y vicios atractivos y fáciles, se encontraba él, igualmente desprovisto de unas y otros, y tanto sus debilidades como sus ridiculeces no eran bastante salientes tampoco para elevarle á la categoría de bufón. Entre los actores del Bosque Rojo, en los salvajes y sombríos dramas que se desarrollaban harto á menudo tras el verde telón de los pinos, él, comparsa mudo, no desempeñaba sino los papeles pasivos y borrosos. Sin nombre conocido, el censo le había pasado en silencio; sin dinero, el recaudador de contribuciones lo ignoraba; sin individualidad, los electores encarnizados en el nombramiento de un juez de paz aumentaban sus listas tomando nombres de las losas del cementerio, pero no pensaban en él para pedirle el voto. Le negaban hasta la dignidad heráldica del apodo, y en una comunidad en la que cada cual llevaba un seudónimo, él se había quedado con «Ese» ó «Uno».

Más adelante se recordó, con una especie de supersticioso asombro, que hasta había eludido la efímera celebridad de un

accidente, no habiendo jamás obtenido, por ejemplo, el pasajero honor de un tiro destinado á otro durante las sangrientas é imparciales reyertas tan frecuentes en el campamento.

Sin embargo, Elías Martín—porque éste era su verdadero nombre—no era ni repugnante ni antipático. Por naturaleza, cobarde, embustero, egoísta y perezoso, la casualidad, desgraciadamente para él, le había arrojado entre los mineros del Bosque Rojo, en los momentos en que reinaban allí la generosidad, la franqueza y la actividad. Sin embargo, no había suscitado odios ni rencores; la indiferencia del campamento no se desmintió jamás, y la catástrofe final no era, después de todo, sino la consecuencia natural de la inercia con la que «Uno» se entregaba á los acontecimientos de cualquier género.

Tal era la reputación y tales los antecedentes del hombre que, el 15 de Marzo de 1856, bogaba solo, á la deriva, sobre uno de los afluyentes del Minyo. El tablón al que se agarraba instintivamente Elías Martín seguía los tortuosos cursos de las nuevas ramificaciones, y flotaba al azar á quince leguas del lugar del siniestro.

Si el hombre hubiese tenido el valor de echarse á nadar, se hubiera infaliblemente ahogado. Si hubiera sido hábil y audaz, podría haber saltado al pasar sobre las ramas de algún árbol de la orilla; pero careciendo de audacia y de valor, se dejaba llevar, tanto á causa de la parálisis del miedo, como por una estúpida resignación, hasta que un remolino lo cogió y lo lanzó bruscamente sobre terrenos incultos y abandonados.

La primera sensación precisa que experimentó fué la del hambre. En cuanto se desentumecieron sus miembros se puso en busca de un alimento cualquiera. Ignoraba por completo los lugares en que pudiera encontrarse, pues además de que el miedo no le había dejado fijarse en el trayecto recorrido, carecía del instinto topográfico peculiar de los mineros y cazadores. De pronto vió una ardilla que roía una nuez, y se lanzó brutalmente en aquella dirección; el animal huyó más que de prisa; pero Elías dió con el escondite de la ardilla en

el tronco de un árbol, en el que había algunas nueces, que comió con avidez. Después se puso en marcha, dirigiendo miradas temerosas en todas direcciones y avivando el oído para percibir cualquier rumor, cuando de pronto se detuvo sobresaltado. Acababan de herir su olfato las emanaciones de pescado salado, y este olor acre, no solamente irritó su hambre, sino que tenía en aquel lugar una significación siniestra. ¡Acusaba la proximidad de los indios! ¡Era el peligro, la tortura, la muerte!

Elías permanecía inmóvil, profundamente turbado, esforzándose por dominarse. Sabía que los mineros del Bosque Rojo se habían ganado inútil y brutalmente las simpatías de las tribus indias de las cercanías. Las infalibles carabinas de sus compañeros habíanse ejercitado con harta habilidad sobre indígenas aislados, para no suscitar en dichas tribus un odio implacable, odio que se traducía en espantosas represalias.

«Uno» conocía todo esto, y sin embargo sus terrores se embotaban en su eterna apatía, y su hambre creciente hablaba más alto que el miedo. No ignoraba que en las chozas, ó *wigwams*, de los aborígenes, hay siempre largas ristra de salmón ahumado, y toda su inteligencia se concentraba en la posibilidad de obtener aquella presa apetitosa. Continuaba avanzando, y cuando hubo andado un poco más, con la confianza irracional del bruto que se abandona á una seguridad fugitiva, llegó á la linde de un grupo de árboles y se encontró casi enfrente de un montículo artificial hecho de barro y cortezas, á orillas del río. Presentaba por el lado que daba al agua un orificio estrecho, semejante á la entrada de una choza de esquimales. Martín comprendió que aquello era una «estufa» ó «bóveda caliente», construcción común á casi todas las tribus indias de California, mitad templo y mitad establecimiento higiénico, reproduciendo bajo una forma grosera y primitiva la idea septentrional del baño ruso. Á ciertas horas los guerreros se reúnen en ese horno, caldeado por un brasero; permanecen en él hasta que la sofocación es inminente;

después se echan sudorosos al agua glacial del río. Elías se acordó de que los bañistas no visitaban la estufa sino al amanecer, y, calculando que debía estar desierta, se decidió, aguijoneado por el hambre, á introducirse en ella. Su primer cuidado fué satisfacer su hambre; el segundo, secarse junto al brasero. Después, al fijarse en los atavíos propios de un jefe indio, que estaban en un rincón, se le ocurrió revestirse con ellos para escapar más fácilmente en el caso de encontrar un indio de carne y hueso. Púsolo desde luego en práctica, y se apresuró á arrojar al río sus propios harapos. Luego, en vez de alejarse de aquellos lugares, se dejó llevar por su habitual apatía y, pensando en lo que había de hacer, se quedó dormido.

Al cabo de algunas horas se despertó sobresaltado. Fuera, el silencio era completo. Temblando se arrastró hacia la salida. El aire vivo de la mañana le dió alguna energía, y con un brusco movimiento salió al exterior y se puso en pie. Al punto oyó un salvaje clamoreo. Miró angustiado en todas direcciones, y se vió rodeado por los indios. Toda salida estaba estrechamente guardada, y sin duda esta certeza hacía que la actitud de los salvajes fuese más pasiva que amenazadora. Sus rostros impassibles, de tipo acentuado y ligeramente judío, no expresaban más que una atención tranquila y estoica. Elías Martín se quedó petrificado por la desesperación, y para conjurar la suerte que le esperaba, su imaginación no le sugirió más que explicar con cualquier pretexto su presencia en aquel lugar. En el fondo de su memoria trastornada encontró algunas sencillas locuciones indias, y con un gesto automático, designando al río y á su persona, dijo con voz trémula:

—Vengo del río.

Le respondió un gran clamoreo. Todos inclinaron sus frentes empenachadas ante el prisionero, y uno de los guerreros, anciano y descarnado, se irguió y, alzando un brazo, dijo solemnemente:

—¡Él es!

\*  
\* \*

Elías estaba salvado. Más aún: acababa de nacer á una vida nueva; con gestos, con ademanes, con palabras sueltas, los indios le hicieron comprender que tras la muerte de su Gran Jefe, sus brujos habían predicho la llegada del sucesor de aquél, que aparecería inesperadamente en medio de la sombra y del silencio, procedente del río, revestido con las insignias del difunto. Fué llevado triunfalmente á la residencia habitual de la tribu, y todos se apresuraron á prestarle el debido acatamiento. Elías Martín creía estar soñando; no podía comprender cómo él, despreciado, escarnecido por hombres semi-salvajes, había pasado de pronto á ser respetado, adorado por una tribu completamente bárbara. Se decía también que cuando se descubriera la inocente estratagema con la cual había explicado su presencia, aumentaría la rabia de sus carceleros. Pero llegó un día en que, ya por debilidad, ya por satisfacción material de la inmunidad presente, aceptó inconscientemente la situación que las circunstancias le habían creado. Felizmente para él, tal situación era puramente pasiva. Su predecesor, el último Gran Jefe de los minyos, no había sido más que un ídolo en carne y hueso, un viejo decrepito en el que la edad y las enfermedades habían extinguido sus facultades; su cuerpo, del que estaba ausente la inteligencia, presidía los consejos de los guerreros, que le exponían sus decisiones como hubieran depositado ofrendas en un altar. Lo mismo sucedió con Elías.

Al día siguiente de su advenimiento, dos guerreros le presentaron una cabellera ensangrentada. Él palideció, se estremeció, volvió la cabeza; después, pensando en el peligro de su debilidad, se puso más lívido todavía. Los guerreros no dijeron nada.

Poco tiempo después se produjo un incidente de mayor gravedad. Dos cautivos, dos blancos, atados con cuerdas, fueron conducidos á la presencia del jefe, para ser llevados después á la hoguera que les esperaba á poca distancia; una alborotada multitud de mujeres jóvenes y viejas y de niños se-



guía á las víctimas. El desgraciado Elías reconoció en los prisioneros á dos vendedores ambulantes que habían estado varias veces en el campamento del Bosque Rojo. Bajo la capa de pintura que le cubría, su rostro se descompuso. Intervenir para disputar los infortunados al suplicio, era entregarse él mismo á la muerte sin salvarles; autorizar con su presencia aquel horrible tormento infligido á compatriotas, sobrepasaba los límites de su cobarde egoísmo. Fuera de sí, sin saber apenas lo que hacía, mientras pasaba ante él el horrible cortejo, se volvió bruscamente de espaldas y se cubrió el rostro con su manto. Reinó un profundo silencio en la multitud; evidentemente, los indios no esperaban aquella protesta de su jefe. Permanecían indecisos y vacilantes, cuando una jovencilla, orgullosa por haber sido designada por la suerte el día anterior para mujer del nuevo jefe, impaciente tal vez por ver comenzar el espectáculo, se acercó audazmente á Elías y le tocó en un brazo. Él alzó la cabeza, la reconoció y, harto débil para medirse con los verdaderos autores del atentado, su impotente rabia se desencadenó contra la india: la dirigió una mirada llena de odio y horror. Ella retrocedió espantada y corrió á reunirse con sus compañeras. Tras una discusión rápida y violenta, toda la banda de mujeres y niños se dispersó y se volvió á sus *wigwams*.

—¿No tenía yo razón, amigo?—dijo tranquilamente en inglés uno de los prisioneros.—Estos brutos no pensaban seriamente en quemarnos vivos. Era un simulacro. Los minyos se diferencian de las otras tribus: no matan sino en defensa propia.

—No es eso—respondió el segundo, muy excitado.—Es el jefe, ese gran diablo, con la cabeza envuelta en el manto, quien ha puesto el veto. ¿No ha visto usted cómo ha despachado á esas arpías? Es un gran hombre. Mire usted qué dignidad tiene.

—Eso es verdad —replicó el otro, dirigiendo á Elías una mirada llena de admiración.—Es de la madera que se hacen los reyes, ó mucho me equivoco.

Estas palabras de ingenuo elogio produjeron un extraordinario efecto en el seudojefe. Sorprendido al principio por la revelación del carácter pacífico de la tribu cuyo gobierno le había sido impuesto, tan tranquilizadora nueva no representaba nada ante el deslumbramiento que le causaba el espontáneo homenaje de los prisioneros. ¡A él! ¿Sería que él mismo se había equivocado hasta entonces respecto de su propio mérito? ¿Desconocería tal vez sus propias cualidades? Embriagado por aquellas palabras y aquellos pensamientos, se olvidó de todo en aquel momento, y se irguió majestuosamente.

Los guerreros continuaban indecisos al lado de los americanos. De repente Elías se echó atrás el manto, miró á sus indios con fiereza y les hizo un gesto para que rompieran los lazos de los prisioneros. Su ademán, como el de las personas habitualmente tímidas y reservadas, fué exagerado, fantástico, teatral; pero por lo mismo hizo mayor efecto. Los indios obedieron, y ante un nuevo ademán imperioso de Elías los prisioneros se alejaron rápidamente sin ser perseguidos. ¡Había obtenido un triunfo completo!

Desde entonces Elías Martín fué otro hombre. Aquella noche se durmió con un sueño embriagador de poder; y á la mañana siguiente se levantó lleno de energía, de valor y de audacia. Leía su metamorfosis en los ojos de sus guerreros. Comprendió que, no obstante las costumbres é instintos pacíficos de aquéllos, habían querido asegurarse de las inclinaciones é intenciones de él á fin de conformarse mejor á ellos, y que para ello le habían ofrecido la cabellera ensangrentada y la vida de los dos americanos. Aquella prueba de la cobardía de sus súbditos le hizo olvidar la suya. La mayor parte de los héroes no lo son sino en comparación con los que no tienen nada de heroico, y Elías llegó insensiblemente á buscar el medio de hacer á su tribu más fuerte para la ofensiva y la defensiva.

Los prisioneros libertados por él no dejaron, para dar co-

lorido á sus aventuras, de hablar en términos exagerados de la audacia y la autoridad de su salvador; de tal manera, que insensiblemente, en todas las colonias de la frontera se propagó el rumor de que los minyos, que habitaban un vasto territorio á orillas del Océano Pacífico, tribu hasta entonces inofensiva y apacible, había adquirido un súbito desenvolvimiento bajo el reinado de un jefe misterioso y formidable, cuya voluntad únicamente impedía que aquella nación poderosa guerrease y extendiera sus conquistas. El gobierno americano, continuando su política inconsecuente, medio paternal medio agresiva, no tardó en enviar á los minyos un agente; y aunque las discusiones del tratado se hicieron por signos, aquél fué muy favorable para los indios, merced al conocimiento que tenía de los blancos el supuesto jefe.

\* \* \*

Transcurrieron dos años de paz y prosperidad. Elías Martín, rechazado por la sociedad, fuera de la ley, sin vínculos ni parientes en el mundo civilizado, olvidado por sus compatriotas, hecho poderoso, rico, temido, respetado por los indios, se vió acometido por la nostalgia.

Al atardecer de un cálido día de verano, el Gran Jefe de los minyos estaba sentado delante de su tienda, desde la que dominaba el mar y una gran extensión de terreno. Había elegido aquel promontorio elevado, la única altura del territorio, para plantar su tienda con el doble objeto de aislarse del resto del poblado y tener aquella vista.

Sus ojos cansados y tristes se fijaban con predilección en el mar, como si adivinase en él mayores probabilidades de fuga que las que le ofrecían el llano y la lejana cordillera, tan íntimamente unidos al recuerdo de su secreto pasado y de su existencia en el campamento del Bosque Rojo. En sus vagos sueños de fuga para sustraerse á una situación que se le había hecho intolerable, no entraba ningún deseo de volver con sus

antiguos compañeros, ni aun para contarles sus triunfos; le quedaba una desconfianza confusa, la duda de poder luchar con las condiciones de antes. En realidad, no sabía lo que echaba de menos; tal vez alguna existencia que jamás había llevado, placeres que jamás había gustado.

Pensando vagamente en todo aquello, y arrullado por el lánguido rumor del mar, se quedó profundamente dormido. Nada se movía, á excepción de los ojos negros, grandes y vivos de Wachita, la infantil esposa del jefe, la misma india que se atrevió á acercarse á Elías cuando el suplicio frustrado de los prisioneros. De pronto se despertó Elías sobresaltado, y miró á la india. Ésta dijo:

—El mensajero del Padre de los Blancos ha llegado con sus carros. Ha dicho que deseaba ver al Gran Jefe de los minyos, pero yo no he querido que molestasen á mi señor.

Elías frunció el entrecejo. Despojada de sus metáforas, el discurso de Wachita significaba que el nuevo agente americano venía á hacer su visita anual, y que, como sus predecesores, tenía curiosidad por ver de cerca al célebre jefe de la tribu.

—Bueno—dijo él.—El *Conejo Blanco* (su lugarteniente) recibirá al mensajero y hará el cambio de regalos. Basta con él.

—Pero—replicó la india vacilando—el mensajero ha traído á sus mujeres *wangee* (blancas). También ellas desean ver el rostro del Gran Jefe. Han rogado á Wachita que las conduzca cerca del lugar en que se encuentra mi señor, porque ellas quisieran verle sin que él lo supiera.

Elías miró á la india y dijo fríamente:

—Entonces, que Wachita se vuelva inmediatamente con sus compañeras, y no salga ninguna hasta que se marchen las extranjeras *wangee*. He dicho. Vete.

Acostumbrada á aquellas bruscas despedidas, la india se retiró dócilmente sin pronunciar palabra. Elías, que se había levantado, permaneció algunos instantes en pie, con los ojos fijos en el horizonte del mar. De pronto se sintió ruido en un

bosquecillo próximo, y Elías oyó una voz de mujer que decía en inglés:

—Pues no tiene aspecto feroz. Lo encuentro verdaderamente guapo.

—¡Calla! Ten cuidado—murmuró otra voz.

—¡Bah! Aunque nos oyera, no nos entendería.

Y las dos voces se confundieron en una risa ahogada.

La impasibilidad natural de Elías y su calma adquirida le sirvieron mejor que la presencia de espíritu en aquellas circunstancias. No se movió, aunque la sangre afluyó violentamente á su cara. El acento de la que primeramente había hablado le causó una sensación profunda; aquellas palabras ingenuas y semiburlonas le habían llenado de dulces presentimientos; permanecía inmóvil, pero sentía que sus confusas aspiraciones, sus vagas esperanzas, su nostalgia creciente, acababan de tomar misteriosamente una realidad y un cuerpo hasta entonces ignorados.

Cediendo á un impulso espontáneo, se precipitó hacia el lugar de donde habían salido las voces. A diez pasos ante él las hojas y las ramas se agitaron como al paso de un sér invisible, mientras que en el mismo instante, casi á sus pies, brotaba una exclamación, en la que había miedo y risa, y las ramas de un arbolillo, que se escaparon de unas manos temblorosas, golpearon en el pecho de Elías. Apartando prontamente el ramaje, se bajó. Este brusco movimiento puso su rostro inclinado casi al nivel de las mejillas y los rizos de una mujer joven, cuyos ojos húmedos y brillantes le miraban, y cuyo perfumado aliento, que salía por sus labios entreabiertos entre sus blancos dientes, se mezclaba á la anhelante respiración de Elías.

Ella se había dejado caer de rodillas cuando huyó su compañera, esperando pasar inadvertida; pero el jefe de los minyos había marchado tan directamente hacia ella, que no pudo reprimir el grito que la había vendido. Sin embargo, no parecía muy asustada.

—No ha sido más que una broma—dijo tranquilamente, apoyándose en el brazo de Elías para levantarse.—Soy la señora de Doll, la mujer del agente del gobierno. Me habían dicho que usted no permitía que le viera nadie, y yo estaba decidida á verle á usted. Eso es todo. Adiós.

La joven dió un paso hacia atrás; pero el arbusto elástico que le servía de apoyo la empujó ligeramente hacia adelante, y, por segunda vez, Elías aspiró el perfume de su cabellera; veía cerca su boca húmeda y roja; el recuerdo de una fresca compañera de su infancia vagabunda cruzó como un relámpago por su mente; una embriaguez de loca temeridad nacida de sus dolores, de su destierro, excitada por la conciencia de su poder absoluto, tanto como por la hermosura de la joven, se le subía á la cabeza. La cogió bruscamente, la atrajo sobre el pecho é imprimió en sus labios un beso ardiente; después abrió los brazos, retrocedió y se metió entre el ramaje con una carcajada estridente y salvaje.

La señora de Doll se quedó sola, aturdida y muda. Al cabo de un instante, levantó maquinalmente la mano, y con rápido ademán se frotó varias veces los labios, en los que había quedado una mancha de bermellón. Su rostro, grave, no expresaba, sin embargo, terror, y no era únicamente la indignación lo que se reflejaba en su mirada. De pronto, como si hubiera dado con una idea, exclamó: «No es un indio, estoy segura de ello».

Mientras se alejaba, las ramas de un árbol, en el que Wachita se había refugiado, dieron paso á un cándido y plácido rostro. Los ojos grandes y serenos, y vagamente asombrados, de la india, siguieron á la mujer wangee hasta que desapareció en el follaje.

\*  
\* \*

Las cuatro semanas que siguieron ocasionaron á Elías mayores emociones que las que le habían procurado los dos años

de su reinado. Durante los primeros días siguientes á su encuentro con la señora de Doll, fué presa de accesos de terror cobarde mezclado á impulsos desesperados de rebelión. El conocimiento que tenía de la feroz caballería de la frontera, y de los pronto castigos infligidos por los maridos y hermanos á los audaces, le inspiraba unas veces un miedo abyecto y otras una loca temeridad. Unas veces quería evadirse á toda costa, aunque hubiera de confiarse á la mar en una frágil canoa; otras pensaba en precipitar un conflicto inevitable, excitando á sus indios contra la agencia americana; después, á medida que transcurrieron los días sin ocurrir nada, Elías se fué tranquilizando, y su alma se abrió á vagas y deliciosas esperanzas.

Una tarde Wachita le entregó una carta cerrada, y leyó emocionado lo que sigue:

«Su incalificable conducta del otro día autoriza este paso. » Estoy convencida de que sabe usted el inglés tan bien como » yo. Si quiere usted explicarse acerca de este punto, así como » explicar su conducta, venga usted á verme al mismo sitio. Le » espero con mi amiga, pero se apartará y no oirá nada.»

Se precipitó á la cita con la impetuosidad y el candor de un primer amor, y se entregó por completo como un niño. Elías confesó su secreto. Lo dijo todo, no pidiendo nada en cambio, ni siquiera el secreto. Ella no concedió, no prometió nada. Nadie supo jamás el papel que desempeñó ella en el desenlace de la pasión que había despertado.

Elías vivió quince días del recuerdo de aquella entrevista rápida y sin resultado; se alimentaba de ilusiones, y soñaba con una felicidad desconocida, cuando un crimen atroz, inesperado, cometido cerca del poblado, excitó hasta el furor la indignación de la pacífica y pastoril tribu. Un indio anciano, designado por su categoría para tratar especialmente con la agencia americana, fué asesinado. El asesino, un buhonero del Bosque Rojo, se glorificaba de su acción.

Ante este hecho, un grito de indecible rabia llegó hasta la

tienda de Elías pidiendo venganza. No era posible negarse á satisfacer el vehemente y unánime deseo de la tribu. Elías, tras muchas congojas y vacilaciones, se decidió á ordenar la captura del asesino, esperando en secreto que aquél se encontraría ya al abrigo de todas las pesquisas.

Salieron los guerreros, y á eso de media noche un clamoreo general anunció que volvían con el asesino. Aislado por sus costumbres y por la etiqueta de su rango, feliz con escapar, por el momento al menos, á las reclamaciones y á las acusaciones que el prisionero no dejaría de echarle en cara, Elías no pidió, ni mucho menos, que trajesen aquél á su presencia.

La noche se deslizaba lentamente, más horrible aún para el juez vacilante y débil que para el condenado, que se entumecía atado á un poste entre los centinelas indios. No solamente atormentaba á Elías el instinto de humanidad; era su pasión insensata por la mujer del agente lo que le hacía temblar ante el efecto producido sobre sus relaciones mutuas por aquellas represalias. Odiaba al asesino, sobre todo por lo inoportuno de su crimen, pero su cobardía protestaba sin embargo contra el suplicio.

Esa misma cobardía le inspiró de pronto una resolución. Se deslizaría furtivamente cerca del cautivo, cortaría sus ligaduras y le dejaría huir; su stratagema salvaba la vida de un hombre, y su apostasía sería ignorada por la tribu. El árbol al que estaba atado el condenado se encontraba, según costumbre, no lejos de la tienda del jefe, guardado más bien por la santidad del lugar que por los centinelas adormecidos. Elías avanzó con precaución hacia el prisionero. Éste dormía, porque su cabeza inmóvil descansaba sobre el pecho. Silenciosa y rápida, una forma humana salió bruscamente de la sombra y avanzó también hacia el árbol. Era Wachita.

Elías se detuvo estupefacto; después lo comprendió. Recordó la persistente atención de la india, sus intenciones sutiles, su repentina desaparición. Ella le había adivinado: iba á dar libertad al condenado; ya se veía lucir entre los dedos de



la niña el cuchillo destinado á cortar las cuerdas. ¡Valiente y abnegada criatura!

Elías dió algunos pasos hacia ella conteniendo la respiración, pero de repente se detuvo horrorizado. La brillante hoja se hundió varias veces en el pecho del desgraciado, que, después de una violenta convulsión, se quedó inmóvil, sin exhalar un grito. Estaba muerto. Elías se sintió desfallecer, y se hubiera desplomado si no le hubiera mantenido en pie una brusca reacción. Comprendió que la india acababa de resolver la cuestión que le atormentaba. En el momento en que Wachita, serena é impasible, pasaba ante él, la cogió por un brazo.

—¿Por qué has hecho eso?—preguntó Elías.

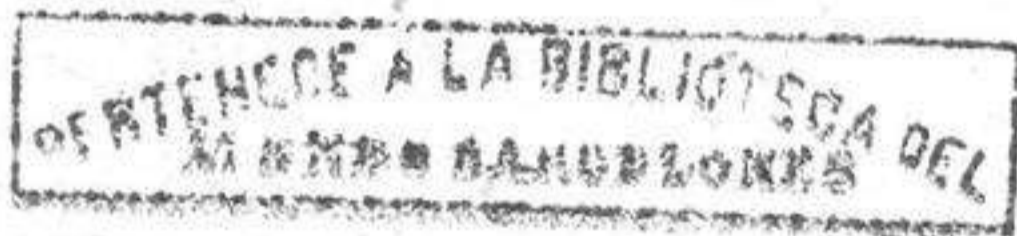
—Por ti.

—¿Por mí?

—Porque tú no le hubieras matado. Amas á su mujer.

¿Su mujer? Elías se tambaleó. Una horrible sospecha cruzó por su mente. Rechazó violentamente á Wachita y corrió al árbol. Reconoció el cadáver: ¡era el del agente americano! Los indios, no habiendo podido prender al asesino, se apoderaron, como víctima expiatoria, de aquel que satisfacía más completamente su venganza. El sacrificio de aquella existencia les tranquilizaba.

\* \* \*



—El gobierno ha concluído por escamarse—dijo un minero, dejando un periódico en la mesa del nuevo café de la nueva ciudad del Bosque Rojo.—Se ha decidido por fin á caer sobre esos canallas de minyos. Aquí dice que han limpiado de tunantes las dos orillas del río. Es de creer que los soldados se dejarán de sentimentalismos, y que todo el mundo llegará á decir, como nosotros, que un indio vale menos que cualquier animal.

—Parece—replicó otro minero—que el famoso jefe era el peor de todos, un verdadero demonio. Hubiera robado á la viuda del agente si sus guerreros no hubiesen asesinado á la pobre

mujer. Tendría curiosidad en saber lo que ha sido de ese prójimo. Unos dicen que ha muerto; otros pretenden que era un predicador metodista que se las daba de santo y embrujaba á las viejas y á las jóvenes de la tribu. ¡Vaya usted á saber!

—Pregunta al viejo *Ese*. Ha vuelto hace unos días y anda trabajando en los peores sitios por un dollar diario. He oído decir que durante su ausencia ha rodado por los lugares de los minyos.

—¿Quién? ¿*Uno*? ¿*Ese*? ¡Cualquier día se hubiera metido ese cobardón en los sitios de peligro y en donde se reparten golpes! ¿Por qué no decir que ha sido él el propio Gran Jefe de los minyos? Mira, ahí le tienes: pregúntale.

La salida del minero fué acogida por una carcajada homérica. Elías Martín, *Uno*, que acababa de entrar en la sala, dirigió en rededor una tímida mirada, y se echó también á reir para hacer coro.

BRET HARTE

FIN

# DE LA CIVILIZACIÓN Y SU MEDIDA

---

## I

¿Qué debemos entender por civilización? El desenvolvimiento entero de las sociedades humanas es costumbre dividirlo en tres grandes fases: salvajismo, barbarie y civilización. Esta división quizás esté bien hecha, mas no están las fases bien denominadas: los términos salvajismo y barbarie no son propios; suscitan en la mente la idea de estados de la sociedad humana anteriores á la civilización, lo que es falso. El salvajismo y la barbarie expresan verdaderos estados de civilización, la cual empieza en la aparición misma del hombre. Cambiar estas denominaciones es empresa á que no me atrevo, por contar con la consagración de largos siglos; me limito á consignar la observación, para precaver errores.

¿Cuál es el límite que separa el salvajismo de la barbarie? Según Mac-Lenan, la invención de la vajilla, conforme al dicho de Wirchow: «El hombre es el único animal cocinero». El uso de la vajilla, consecuencia del descubrimiento del fuego, señala, en efecto, un paso de excepcional importancia en el progreso de las sociedades humanas; porque la vajilla supone el uso de la cocción, mediante la que el hombre transformó en digestivas sustancias que en estado natural no son comestibles, é hizo más fácilmente asimilables aquellas de que ya se alimentaba, aumentando considerablemente el número de artículos de consumo y el bienestar de la vida. De aquí una doble economía: economía en los alimentos, de que necesitó in-

gerir menor cantidad que antes, y economía en el gasto de fuerzas para efectuar la digestión, que fue ahora mucho más fácil. Consecuencias de esto fueron la disminución del abdomen y, por el mayor ejercicio de las facultades intelectuales, el desarrollo del cerebro; en suma, el mejoramiento del organismo humano. El invento de la vajilla tiene, además, la ventaja de haber sido realizado en los albores de la edad neolítica, lo que nos permite fijar límites precisos á la duración del salvajismo y la barbarie, habiendo coincidido el primero con la edad arqueológica, ó cuaternaria, y la segunda con la neolítica y primer período del uso de los metales.

Mas no obstante esta ventaja y su inmensa trascendencia en el desenvolvimiento social, el límite señalado por Mac-Lellan adolece del defecto de no abarcar el conjunto de las relaciones sociales, de referirse únicamente á la esfera económica. Por esta razón muchos, y yo entre ellos, lo desechamos, substituyéndolo por la fundación de la familia, matriarcal ó patriarcal, que transformó la organización social entera. Mientras el hombre no sometió á ley las relaciones sexuales, vivió al modo que ciertas especies animales, en estado salvaje; mas desde el día en que, fundada la familia, reguló aquellas relaciones, en que tuvo mujer y reconoció y amó á sus hijos, se elevó á inmensa distancia de las sociedades animales; desde aquel día cesó de ser salvaje y entró en una fase nueva, la fase bárbara. La fundación de la familia es, pues, el límite que separa el salvajismo de la barbarie.

Y ¿cuál es la linde entre la barbarie y la civilización? En sentir de algunos, la invención de la escritura. Pero esta linde tiene también el inconveniente de ser parcial, de referirse únicamente á la esfera del conocimiento, no afectando al conjunto de las relaciones sociales. El hecho que realmente separa la barbarie de la civilización es la fundación de las ciudades. Mientras los grupos humanos llevan vida nómada, emigrando de una á otra comarca á medida que la caza disminuye, que escasean los frutos ó que se empujan unos á otros, se dice que

viven en estado bárbaro; el día en que una ó varias tribus hacen alto, se asientan definitivamente en el suelo fundando una ciudad, pasan del estado bárbaro al civilizado. Abrahán, emigrando del Sennaar á Charran, en Mesopotamia, donde se separa de su suegro Taré; continuando de Charran á Karquemish, por donde pasa el Eufrates; subiendo luego el Orontes y bajando el Leontes hasta el valle del Hebrón, tierra de Canaán, se hallaba en estado bárbaro; los chamitas, que por este mismo tiempo moraban en las ciudades fortificadas del Sennaar cultivando sus campos, se hallaban en estado civilizado. Esto mismo significa la palabra civilización: *facere cives*, hacer ciudadanos, fundar ciudades. Por tanto, la fundación de las ciudades cierra el período de la barbarie y abre el de la civilización.

¿Por qué? Porque la erección de las ciudades es el punto de partida de una nueva era en el desenvolvimiento de las sociedades humanas.

El objeto inmediato de fundarse las ciudades fue defender el territorio ocupado. Claramente lo revela su estructura. Se las emplaza, siempre que se puede, en una eminencia del terreno, y constan de un fuerte muro, un palacio para el rey y un templo para el dios. El muro ciñe un espacio bastante grande, para que puedan refugiarse en su recinto, caso de necesidad, todos los ciudadanos del campo, con sus familias, ajuares y rebaños. Un caso de esto nos ofrece aún la guerra del Peloponeso, en que se refugiaron en Atenas los habitantes del occidente del Ática, huyendo delante de la invasión espartana. Esto, y no más que esto, fueron las primitivas ciudades, que en Grecia se conocieron con el nombre de *Acrópolis*, «ciudad vieja», cuando más adelante se levantaron las nuevas en la llanura. De esta suerte, caso de que extrañas gentes invadiesen el territorio, todos sus moradores se refugiaban y hacían fuertes en la ciudad, desde donde hostilizaban un día y otro á los invasores, hasta obligarlos á retroceder ó seguir adelante.

Repito, pues, que el objeto inmediato de erigirse las ciudades fue defender el territorio. Mas ¡cuántas y cuán importantes consecuencias se derivaron de este hecho! Por la fundación de las ciudades, se pasó de la vida nómada á la sedentaria; al pastoreo se añadió la agricultura; la producción fue mucho mayor, y mayor el bienestar. Por la fundación de las ciudades, el hombre se ligó fuertemente al suelo, tuvo casa donde vivir, tierra que cultivar, y nacieron el sentimiento de propiedad, colectiva primero y familiar después, y el amor á la patria. Por la fundación de las ciudades, la religión se humanizó, transformándose los dioses, de severos, duros y vengativos, en dulces, compasivos y misericordiosos. Por la fundación de las ciudades, se desarrolló el espíritu de asociación, estrechándose las relaciones entre los habitantes de una misma ciudad, unidos por idénticos intereses y afectos, y entablándose entre los de distintas ciudades, mediante la celebración de frecuentes ferias en los confines de sus territorios. Por la fundación de las ciudades, se consolidó la organización política, compuesta del rey, el Consejo de los ancianos y la Asamblea del pueblo, y se regularon las funciones públicas, en particular la administración de justicia. Por la fundación de las ciudades, el individuo ganó seguridad y libertad, y la sociedad empezó á diferenciarse en razón de las múltiples funciones. Por la fundación de las ciudades, en fin, fueron desarrollándose todas las artes de la paz, el comercio, la industria, las ciencias y las artes. Véase con cuánta razón decía que la fundación de las ciudades abre una nueva era en el desenvolvimiento de las sociedades humanas. Civilizar es fundar ciudades que dan estabilidad é independencia, que ponen al hombre en íntima comunicación con la naturaleza, que aumentan la producción y el bienestar, que aseguran la paz y el derecho, que elevan la moral y la religión, que imprimen gran vuelo á las artes y las ciencias. Todas las antiguas civilizaciones, orientales, griega y romana, tuvieron por punto de partida la fundación de la ciudad, como todas las modernas, así las latinas de los

siglos XVI y XVII como las germanas actuales, han tenido por punto de partida la fundación de la nación. La Atenas de Cimón y de Pericles salió por gradual evolución de la Atenas de Codro; la Roma de César y Octavio se derivó por lento desarrollo de la Roma de Rómulo; las actuales naciones, de organización tan complicada, han salido de la simplicísima organización feudal. Las sociedades, al hacer asiento en la ciudad, adquieren un mundo de ideas, afectos y deseos, desconocidos antes, que las empujan á un dilatado desenvolvimiento. Nada tiene de extraño, pues, que se haya datado el origen de la civilización de la fundación de la ciudad.

Resumamos: las sociedades humanas que no han regulado las relaciones sexuales, que no conocen la familia, no se diferencian de las animales, son salvajes; las sociedades organizadas en familias que llevan vida nómada, son susceptibles de desarrollo, pero muy rudimentario, bárbaras; las sociedades que se fijan en el suelo fundando la ciudad, son las únicas capaces de un amplio y dilatado desenvolvimiento, y de aquí el haberse reservado á éstas el nombre de civilizadas. ¿Qué es, según esto, la civilización? El grado de desarrollo de las actividades humanas, bien con relación á una sociedad dada, considerada en conjunto, bien á un período determinado de su historia.

Tal es el concepto de la civilización desde el punto de vista histórico. Pero este concepto es vago. Veamos si podemos precisararlo estudiándolo á la luz de la Sociología.

## II

Toda sociedad, en cualquier momento de su desarrollo que se la considere, se nos ofrece compuesta de dos partes: á un lado, un conjunto de ideas, afectos y deseos, condensados en instituciones y costumbres; al otro, un número mayor ó menor de individuos. Fijémonos en el primer extremo.

Las instituciones y costumbres duran más que los indivi-

duos; constituyen el caudal hereditario, tradicional, que cada generación trasmite á la siguiente, y de aquí nuestra tendencia á considerarlas como productos, como formas ó moldes de la actividad social. Mas este concepto hay que rehacerlo, es falso. Las instituciones y costumbres no están en los reglamentos ni en las leyes, no se transmiten de una generación á otra pasivamente, como se trasmite un predio ó una joya. Las instituciones y costumbres están en las conciencias individuales, y porque están en la conciencia de los individuos están en las leyes, y se transmiten de una generación á otra activamente, mediante la obra de la educación, tomada esta palabra en amplio sentido, en que cada generación adulta emplea todas sus fuerzas en infundirlas y grabarlas en la conciencia de la que se está formando. Si pueden llamarse productos en relación con las generaciones pasadas que las formaron, consideradas en sí y en relación con la generación presente, no son productos, son fuerzas, y fuerzas tan reales como las conciencias individuales que las profesan y sostienen. Viven, no por virtud del reglamento ó del código; viven exclusivamente por virtud de la adhesión de los individuos, tan cierto como que cuando esta adhesión se debilita y extingue, la institución decae y muere. Entonces subsisten los códigos y los reglamentos, y pueden ser objeto de estudio por parte de los eruditos; la institución no subsiste, ha desaparecido. ¿Por qué? Porque ha muerto en las conciencias individuales. Luego la civilización no es un conjunto de productos, es un conjunto de fuerzas.

¿De qué clase son estas fuerzas? ¿Son fuerzas individuales adicionadas? No. Son fuerzas sociales. Para mostrarlo, analicemos el otro término de que hemos dicho consta la sociedad: el individuo.

¿Qué es el individuo? Propendemos á considerar todo lo que al individuo concierne como antisocial, ó, cuando menos, como extrasocial. Otro error que importa corregir. La obra de la sociedad no se acumula solamente en las instituciones y costumbres, en la tradición oral ó escrita; se acumula también



en los individuos, creando sus aptitudes mentales y hasta modificando sus caracteres físicos mediante deformaciones intencionadas. La herencia física que el individuo trae al nacer consta de un escaso número de instintos animales y de un gran caudal de tendencias sociales, que se clasifican en emotivas, intelectuales y afectivas. Estas tendencias son verdaderos instintos secundarios, que tienen su asiento en una modificación del sistema nervioso causada por la presión secular de la sociedad, y que, por tanto, solamente pueden desarrollarse en el medio social, en el trato y comunicación con sus semejantes. Sabido es que el individuo de una sociedad muy diferenciada, abandonado á sí mismo, recae en el estado salvaje. El desarrollo de las tendencias sociales se efectúa apropiándose el individuo, por imitación, los elementos de la herencia social, creencias y costumbres, leyes é instituciones. Este desarrollo es toda la obra de la educación, al término de la cual el individuo se halla completamente socializado, al extremo de ser sus impulsos instintivos dóciles servidores de los fines sociales. Todos los elementos de su conciencia provienen de la sociedad; responde á los estímulos de la misma manera que sus consocios; juzga conforme al mismo sistema de valores, y su ideal moral es un reflejo del ideal social. Este fondo común depositado en todas las conciencias individuales, este modo de pensar, sentir y obrar, idéntico en todos los individuos de un mismo grupo, es lo que llamamos conciencia social.

La conciencia social tiene de común con la individual el ser una síntesis: síntesis de conciencias individuales, como la otra es síntesis de conciencias celulares. Difieren por el carácter de la síntesis. Mientras la conciencia individual, por no poseer las células sino tenues rudimentos de conocimiento, se nos aparece en la percepción interna con esa unidad simplicísima que expresamos en la palabra *yo*, la conciencia social, á causa del grado de reflexión que alcanzan los individuos, es una, mas no simple, de suerte que no puede expresarse en un *yo* colectivo. Su expresión es el *yo* público, presente en la con-

ciencia de cada individuo, reflejo de las ideas y modos de conducta comunes, del ideal social, uno y el mismo para todos. Negar por esta causa la existencia de la conciencia social sería dar prueba de gran estrechez de pensamiento. Que la unidad domine sobre la variedad al extremo de anularla, ó que la variedad se mantenga y sirva de expresión á la unidad, no implica diferencia sustancial; se trata de dos tipos diversos de síntesis, dos tipos de conciencia, el segundo, por cierto, más complejo que el primero.

Así entendida, la conciencia social es la base y sostén de la sociedad, su único principio activo. Creaciones suyas son las creencias, los dioses y los cultos; creaciones suyas, los idiomas, las literaturas y las artes; creaciones suyas, las costumbres, las máximas morales, las leyes y las instituciones; creaciones suyas, el amor al prójimo, el amor á la patria, el amor á la humanidad; creaciones suyas, en fin, todo el caudal de bienes que constituyen la tradición ó herencia social. Sus juicios se llaman opinión pública; los fundamentos de sus juicios, valores sociales, y conforme á estos valores delibera, resuelve y ejecuta. Sus esferas de acción son múltiples, correspondientes á los múltiples aspectos de la realidad: económica y genésica, artística y científica, moral y religiosa, jurídica y política. Todo este conjunto de fuerzas, manifestaciones parciales de la conciencia social, no son fuerzas individuales adicionadas, son fuerzas sociales. Luego la civilización es el conjunto de fuerzas sociales, el grado de desarrollo que alcanzan las fuerzas sociales, ya se trate de un pueblo, como cuando decimos civilización de los árabes, ya de una época de su historia, como al decir civilización española del siglo xvi.

### III

¿Son todas las fuerzas sociales de igual importancia para la civilización? No. Una sociedad será tanto más civilizada cuanto mayores sean la instrucción y el bienestar de los ciu-

dadanos, cuanto más se respeten los unos á los otros, cuanto más se amen y más coopere cada uno al bien de todos. Las fuerzas económicas, morales y políticas son, por tanto, las bases fundamentales de una buena organización social. ¿Y la religión? Lo es también, é influyente en sumo grado, pero no más que en la infancia y adolescencia de las sociedades, en que desempeña la gran función de robustecer el ideal moral con la autoridad divina y la sanción futura; á partir de este punto, va decayendo á medida que la inteligencia sustituye á la creencia en agentes personales el conocimiento positivo de las leyes del mundo, y que el sentimiento del deber adquiere fuerza para dominar los instintos y dirigir la actividad hacia la realización de los fines éticos. Esta decadencia no se efectúa sin violencias ni luchas; porque la religión, fijando de una vez para siempre en dogmas y preceptos inmutables lo que se debe pensar y lo que se debe hacer, combate la propagación de ideales morales más elevados que los suyos, como combatió el brahmanismo los ideales consoladores de Budha, como combatió el paganismo los nobles ideales del cristianismo. Hoy, en los Estados que han adoptado la separación del Estado y la Iglesia, la religión ha descendido de la categoría de sanción social á sanción meramente individual. La persistencia de la dominación religiosa en los períodos civilizados de la vida de un pueblo revela en éste cierta incapacidad intelectual.

¿Y las letras y las artes? Las artes y las letras son fuerzas sociales de importancia suma cuando se consagran á expresar y realzar los ideales de los pueblos; pero se observa que su florecimiento no siempre coincide con el apogeo de la organización social y política. Sociedades muy rudimentarias ó muy decadentes han conquistado un puesto distinguido en la literatura y el arte. Rudimentaria era la organización social de los árabes en Bagdad y en Córdoba, donde no se conocía siquiera el respeto á la persona, y sin embargo, las letras y las artes alcanzaron refulgente brillo. Decadente, muy decadente se hallaba el imperio bizantino bajo Justiniano, en que los

encargados de hacer cumplir las leyes eran los primeros en vulnerarlas, y á pesar de esto el arte bizantino despidió sus primeros resplandores. ¿Qué vale la mezquina organización social y política de los antiguos egipcios, comparada con la magnificencia de sus hipogeos, palacios, templos, esculturas y papiros? ¿Qué la de Asiria, no menos primitiva, al lado de sus espléndidas residencias reales, sus altos zigurates y sus originales bibliotecas? En nuestra misma España, cuando más prostrada se hallaba en los tristes días de Felipe IV, cuando la escuálida miseria enlutecía todos los hogares, el gran Velázquez pintaba sus incomparables lienzos, y el profundo Calderón escribía sus inimitables dramas.

No son las letras, las artes ni la religión las que señalan el grado de civilización de un pueblo; son la alteza de sus ideales morales y el respeto tributado á la persona social. El Estado que garantice firmemente los derechos de la persona y el libre desenvolvimiento de su actividad dentro de los ideales sociales, aunque no se distinga en las artes ni en las letras, es un Estado civilizado. Podemos citar como ejemplo los Estados Unidos. El Estado donde sistemáticamente se menosprecie á la persona y se escarnezca el derecho, por mucho que florezcan sus letras y sus artes no es civilizado; ejemplos, los imperios orientales y los califatos árabes. El Estado que á una buena organización social junte una elevada cultura literaria y artística, será un Estado perfecto.

¡Mas cuán difícil es realizar progresos en la organización social y política! ¡Cuán fácil, en cambio, alcanzar un florecimiento artístico, literario y hasta económico! Egipcios, caldeos, asirios, fenicios, hebreos, lidios, persas, indios, árabes, todos admiraron al mundo por el brillo de sus letras y sus artes, algunos por su agricultura, su industria ó su comercio; ninguno efectuó un solo adelanto en los ideales morales y políticos. De Tebas á Babilonia, á Tiro, á Jerusalén, á Nínive, á Sardes, á Susa, á Bagdad, á Córdoba, la organización social y política es la misma: la voluntad de un solo hombre, ministro

de Dios y rey á un mismo tiempo, disponiendo á su antojo de los destinos de su pueblo. Yo no sé que se hayan efectuado, en todo el transcurso de la historia, más que dos progresos de importancia en la organización social y política: uno, en la antigüedad, debido á los atenienses; otro, en los tiempos modernos, debido á los ingleses.

En todas las monarquías del antiguo Oriente, la organización es unitaria, simple; una sola voluntad, semidivina, omnipotente, ejerce un dominio ilimitado sobre todos y sobre todo. La persona social no existe; la relación jurídica no se conoce; no hay más relación que la de dominio. Atenas es la primera que, de Solón á Pericles, proclama la sustantividad é independencia de la persona, consagra sus derechos civiles y políticos y la erige en único fundamento del Estado. ¡Qué progreso tan inmenso! En Oriente, la soberanía reside en Dios y la ejerce su representante, el monarca; en Atenas, la soberanía reside en el pueblo y el pueblo la ejerce, ya directamente, en la Eclesia y la Helia, ya indirectamente, por medio de magistrados y corporaciones que libremente elige. En Oriente, el individuo es sacrificado á la mayor gloria de Dios y de su rey; en Atenas, el Estado tiene por único fin la felicidad de los individuos.

En todas las naciones que se constituyen en Europa al caer el feudalismo, se restablece la organización oriental: los reyes son ministros de Dios, soberanos absolutos, señores de vidas y haciendas. Suyas son las tierras; suyas, las personas; suyas, las conciencias, y lo son por derecho divino, no teniendo que dar cuenta á nadie de su conducta. Inglaterra es la que derriba esta organización, fundando la inviolabilidad de la persona social por la *Declaración de derechos* de 1689. La soberanía pasa del rey al pueblo; la monarquía se transforma de absoluta en representativa, que conducirá, por gradual desarrollo, á erigir á la persona en único fundamento del Estado. Este progreso es de mucha mayor trascendencia que el efectuado por los atenienses. Notemos que Atenas era una ciudad; Inglaterra una nación, organización mucho más com-

pleja que aquélla. Notemos que, en Atenas, la reforma se limitó á los hombres libres, y por cada hombre libre había siete esclavos; en Inglaterra, la reforma es general, comprende en principio á todos los habitantes, los cuales han ido entrando poco á poco en el pleno goce de los derechos civiles y políticos.

Despréndese de este análisis que la civilización hay que buscarla principalmente en la organización social y política; que las letras, las artes, la ciencia especulativa y hasta la religión, solamente deben ser estimadas como elementos civilizadores en cuanto condicionan la mejora de la sociedad, la dignidad y el bienestar de los individuos; que el progreso de la civilización es mucho más lento de lo que comúnmente se cree, y que desde la revolución inglesa de 1689 acá, ha adelantado la civilización más que adelantara en todos los siglos anteriores, desde la aparición del hombre.

#### IV

¿Pueden medirse las civilizaciones, ya de diferentes sociedades, en un mismo período, ya de una misma sociedad, en períodos diferentes? No. ¿Por qué? Porque no hay módulo posible. Sabido es que no pueden medirse cantidades de diferente especie, y cada civilización tiene su diferencia específica. Toda sociedad, por razón de la comarca en que se asienta, de las especiales aptitudes étnicas de sus individuos, de las particulares circunstancias en que se ha desarrollado, es una organización peculiar, singularísima, distinta de todas las demás, y esta característica se refleja en el conjunto de sus fuerzas, en su civilización, que es individual, única en su género. Difieren las civilizaciones entre sí por lo mismo que difieren los vegetales y los animales, por el grado de su complejidad y por su modalidad, ó sea por el número de factores que las integran y por la diferente proporción en que estos factores se combinan. No hay que pensar, pues, en medirlas.

Mas ya que no se las puede medir, ¿no podremos descubrir entre ellas relaciones de semejanza y desemejanza, compararlas y clasificarlas, como hacemos con los seres orgánicos? Esto sí. Veamos la base de clasificación.

Evolucionan las sociedades de la misma manera que se desarrollan los individuos, recorriendo una serie de fases; y así como los individuos de una misma edad son muy parecidos entre sí, de igual modo se semejan las sociedades de una misma fase. Á este propósito, decir sociedades vale tanto como decir civilizaciones, de las que las correspondientes á una misma fase son más semejantes entre sí que las de fases diferentes, cualquiera que sea la distancia que las separe. Cuando, hace cosa de un siglo, se empezó á estudiar detenidamente las civilizaciones indígenas de América, llamó la atención su gran parecido con las del antiguo Oriente, egipcia, caldea y asiria: su organización social y política era casi idéntica; su arte y su religión, muy semejantes. Las fases evolutivas, he aquí la base natural de clasificación. Conforme á esta base, las civilizaciones se agrupan en cuatro grandes clases, que podemos llamar primitivas, religiosas, intelectuales y morales, sin contar con las clases intermedias ó de transición. Así, la civilización de Egipto durante el período tebano, la caldea, la india de los arias, la china hasta Confucio, las primitivas de Grecia y Roma, las de los aztecas y los incas, las árabes de Bagdad y de Córdoba, la medioeval cristiana hasta el siglo XII, componen el grupo de las religiosas.

En esta jerarquía de las civilizaciones, vemos que las de un mismo grado difieren por su modalidad; las de distinto grado, por su complejidad, siendo las morales las más complejas de todas. Á medida que las sociedades suben de uno á otro grado se transforman, por nacer nuevas energías, desaparecer algunas de las antiguas y modificarse las restantes, perdiendo ó ganando importancia; y estos cambios no son accidentales, obedecen á una ley, el advenimiento de un nuevo ideal: el resultado es la formación de una combinación nueva, caracte-

rística. Síguese que cada civilización tiene sus cualidades propias, que ninguna otra posee, y que, por consiguiente, ninguna civilización guarda las cualidades de la inferior, como en el reino animal no guardan los mamíferos las cualidades de las aves, ni éstas las de los insectos. En todo progreso social hay pérdida, destrucción de algo, y ganancia, formación de algo; pero lo que se gana importa más que lo que se pierde. Por primitiva que sea una civilización, tiene sus propiedades distintivas. Así, las civilizaciones rudimentarias de los pueblos salvajes se caracterizan por la acuidad de los sentidos, la cual se pierde á medida que los inventos industriales la hacen innecesaria; las civilizaciones religiosas se caracterizan por el sacrificio del individuo al ideal piadoso, y la grandiosidad de los medios empleados para realizarlo, de que dan testimonio las catedrales, las cruzadas y las guerras de religión. Esto nos permite juzgar con acierto manifestaciones que á primera vista deslumbran: sean, por ejemplo, los templos ojivales. Yo he creído durante mucho tiempo que, desde el estilo ojival, el arte arquitectónico había venido muy á menos, y al comparar la civilización medioeval con la nuestra, afirmaba la superioridad de ésta en todas las esferas de la actividad, menos en el arte de construir. Confieso mi error: la arquitectura ha prosperado notablemente, y si hoy se levantaran catedrales, se construirían más bellas, más sólidas, más perfectas que en el siglo XIII. ¿Por qué no las levantamos? Porque el ideal de nuestra civilización no es sacrificar á Dios el bien presente á cambio de la felicidad futura, sino labrar la felicidad del hombre en esta tierra.

¿Es susceptible la civilización de un desarrollo continuo é indefinido? No. Lo pensaron los filósofos del siglo XVIII, porque partían de un hombre abstracto y de una sociedad abstracta. Pero las sociedades son seres vivos, sujetos, como los organismos, á las leyes de la evolución, en cuya virtud nacen, se desarrollan, florecen, decaen y mueren. Tal es el ciclo que han recorrido y recorrerán siempre las sociedades. Toda socie-



dad nace con una capacidad evolutiva, determinada por las aptitudes étnicas de sus individuos y las condiciones del medio ambiente; se desarrolla en la dirección que le señalan las circunstancias geográficas é históricas; concibe un ideal más ó menos elevado, lo realiza más ó menos cumplidamente, y en seguida decae y muere. ¿Por qué? Por la misma causa que la planta, después de haber echado su fruto, plega sus hojas y se seca: porque ha gastado sus fuerzas. ¿Y por qué ha gastado sus fuerzas? Formulo esta cuestión, no entro á tratarla, por no ser pertinente al caso; ocasión habrá de estudiarla.

Las sociedades mueren por disolución, como los organismos. A medida que van realizando el ideal, se relajan los vínculos colectivos que unen á los individuos. Estos siguen viviendo, pero sin lazo común, sin amor patrio, sin alma nacional, atentos únicamente á su particular provecho. No viven, medran. Todo lo común les es indiferente, hasta el gobernarse por sí ó ser gobernados por el extranjero, cuya intervención solicitan con cualquier pretexto. La noción de lo público se pierde; la de lo privado lo invade todo, y así los gobernantes disponen de los intereses públicos como de cosa suya. El favor se sobrepone al mérito y al derecho. Erigido el interés personal en único fin de la vida, y la lucha en única ley, las clases directoras explotan y oprimen sin piedad á las trabajadoras, que poco á poco sucumben ó emigran. A la ruina de la sociedad sigue la de los individuos: tan cierto es que los intereses de los unos y de la otra están íntimamente hermanados. El término de este proceso es el fraccionamiento de la sociedad en pequeños grupos, á no ser que se anticipe la conquista.

¿Puede una sociedad, después de haber realizado un ideal, restaurar sus fuerzas, concebir otro ideal más elevado y crear una nueva civilización? La experiencia histórica, limitada en este particular á los pueblos de la antigüedad, nos dice que este renacimiento no es posible, salvo el caso de efectuarse una infusión de sangre nueva. Atenas, no bien hubo realizado su

ideal, fundando la democracia pura en tiempo de Pericles, decayó; Roma, así que hubo terminado, á fines del siglo II, la conquista y organización de los pueblos mediterráneos sobre la base del derecho, empezó á disolverse; y si Egipto produjo tres civilizaciones sucesivas, fue mediando de una á otra la invasión de nuevas gentes en el valle del Nilo. Las sociedades antiguas que no se rejuvenecieron con sangre nueva siguieron el mismo curso evolutivo que siguen los organismos individuales: se desarrollaron, florecieron y murieron. Mas hay mucha diferencia de las antiguas á las modernas sociedades, y tal vez no se aplique á éstas la ley que reguló el desenvolvimiento de aquéllas. Las sociedades antiguas eran pequeñas y simples, una ciudad, no importando que algunas se agrandaran por la conquista; las modernas son extensas y muy complejas, la nación. Las primeras florecieron sucesivamente, y todas se hallaron en el período de su apogeo solas, sin otra á su lado igualmente civilizada, de la que recibir estímulos y elementos; las segundas se han desarrollado á la par, viven íntimamente relacionadas entre sí y se prestan de continuo abundante caudal de pensamientos, afectos y modos de conducta. ¿Serán estas diferencias bastantes para que las modernas sociedades puedan realizar una serie de ideales cada uno más elevado que el anterior? La experiencia no nos suministra base para contestar categóricamente. No tenemos ejemplo de una sociedad moderna que, después de haber realizado su ideal y haber decaído, se haya capacitado para emprender una nueva evolución. Pero tenemos á nuestra vista una nación que, profundamente abatida, se halla en estos instantes esforzándose por reconstituirse y volver á la vida: España.

## V

El estudio de España es de sumo interés, no sólo para los españoles, cuya dignidad y bienestar dependen de su rehabilitación, sino también para la sociología, por ofrecer un caso

nuevo en la vida de las naciones europeas. La evolución de España ha sido muy clara y sencilla. Realizó la reconquista contra el agareno á nombre y en pos del ideal religioso. Sus reyes llevaban la imagen de la Virgen colgada del arzón de su caballo; sus obispos alentaban á los combatientes con el crucifijo en la mano; los mismos santos y ángeles bajaban del cielo y se los veía pelear á la cabeza de las huestes. Así se pasaron cerca de ocho siglos. Acabada la Reconquista con la toma de Granada, España consagró todas sus energías á hacer efectivo el ideal religioso, á implantar la unidad católica en todo el mundo. Para propagar la fe, principalmente, surcaron nuestros navegantes el Atlántico y nuestros conquistadores plantaron el pendón español en los últimos confines del continente americano; por mantener la fe, nos erigimos en campeones del catolicismo contra el protestantismo en toda Europa; por la unidad de la fe, expulsamos á los judíos y á los moriscos, principales brazos de nuestra agricultura y de nuestras industrias; por la pureza de la fe, establecimos la Inquisición, que extinguió la luz de nuestro pensamiento. Fuerzas físicas y fuerzas mentales, todo lo perdimos en este loco empeño. En el reinado de Carlos II éramos un cadáver. Nos salvó del reparto nuestra posición geográfica.

¿Qué ha pasado desde entonces? Que España ha vivido de prestado, de la savia que le han comunicado las naciones vecinas. La dinastía de Borbón se inauguró con un renacimiento económico é intelectual; la filosofía del siglo XVIII inspiró á los ministros de Carlos III sus saludables reformas; la Revolución francesa nos dió á conocer el sistema representativo, que consignaron en su Constitución los legisladores de Cádiz, y cuya implantación nos ha costado torrentes de lágrimas y de sangre. El cerebro español, habituado á la servidumbre, ha opuesto tenaz resistencia á todo lo que fuese libertad. El siglo XIX ha sido para nosotros una serie no interrumpida de tremendas crisis. Primero, el turbulento reinado de Fernando VII; á su muerte, la fratricida guerra entre absolutistas y

liberales; después, el militarismo con sus pronunciamientos; luego, la revolución destronando á Isabel II, por desleal á los que le habían ceñido la corona; á lo último, la restauración encarnando en las leyes los principios democráticos, pero creando el caciquismo para falsearlos y corrompiendo todas las fuentes de la vida pública. Por virtud de los inventos científicos, hemos progresado, sobre todo en la segunda mitad del siglo, en población, riqueza, letras, artes, ciencias; no hemos dado un paso en la organización social y política, y hemos retrocedido en las públicas costumbres. Nuestras instituciones representativas son meras sombras; la arbitrariedad ministerial desciende á pequeñeces á que jamás llegara el absolutismo monárquico; hemos matado la vida municipal y provincial, y hemos creado una burocracia monstruosa, costosísima, esquilmadora. De moral pública no nos queda vestigio; aplicamos á la dirección de los negocios públicos el criterio privado; el sentimiento nacional ha dejado de latir en nuestras almas. No somos una nación; somos mera agrupación de individuos. El vínculo que nos une es meramente externo, mecánico.

A esta depresión del espíritu público dentro, ha acompañado fuera la pérdida de nuestra grandeza. El advenimiento de Felipe V nos costó la pérdida de los dominios que poseíamos en Europa y la mutilación del territorio nacional; en el reinado de Fernando VII perdimos las Américas; hace cinco años hemos perdido los últimos restos de aquel hermoso imperio colonial. Nada nos queda de lo ganamos á impulsos del ideal religioso. ¿Nos hemos emancipado también del ideal? El pueblo, sí; el régimen, no. Sobre el arco de la puerta de ingreso al Alcázar de Sevilla se ve pintado un león, con corona real en la cabeza, empuñando la cruz con la garra derecha levantada, y saliendo de su boca el letrero *Ad utrumque*. El león simboliza á España; la corona, el trono; la cruz, el altar, y el letrero significa: *España para el altar y el trono*. Tal fue nuestro ideal en el siglo xvi; á este ideal, hoy mera supervivencia, sigue sacrificando el régimen imperante las ener-

gías que la nación necesita para poder levantarse y andar.

Tan triste es nuestra situación presente. En la evolución del antiguo al nuevo régimen, España ha carecido de plasticidad para efectuar sucesivas combinaciones de lo nuevo con lo antiguo, y se ha desorganizado. ¿Puede aún salvarse? No lo sé; sólo sé que es deber de todo español el trabajar para ello. Dos cosas son menester al efecto: primera, sustituir al régimen actual una organización adecuada á nuestra raza, á nuestro suelo y á nuestra historia, basada sobre los dos derechos fundamentales de la persona, la libertad y la igualdad, que obligue á todos por igual al cumplimiento de sus deberes y les asegure el ejercicio de sus derechos, que oriente las fuerzas sociales al bienestar moral y económico de los individuos; segundo, enseñar y educar al individuo en el grado requerido para que el sentimiento del deber refrene y regule en todos los impulsos instintivos y habituales. Ambos extremos son igualmente necesarios; pero en las presentes circunstancias, el primero urge más que el segundo, por hallarse los individuos dotados de un sentimiento moral superior al que informa los actos de los gobernantes.

Si con el concurso y abnegación de todos los patriotas españoles se logra dotar á España de un nuevo ideal, al nivel de la moderna cultura, que la capacite para una nueva evolución, diremos que las organizaciones nacionales, sin el auxilio de nuevos elementos étnicos, pueden, después de haber florecido y decaído, reconstituirse, renacer á nueva vida; si esta empresa no se consigue, tendremos base de experiencia para afirmar, tristemente para nosotros, que el curso evolutivo de las naciones es idéntico al de los organismos individuales: desarrollarse, florecer y morir.

MANUEL SALES FERRÉ

# LA RETIRADA DE UN JEFE POLÍTICO



Hay algo que, aun en la desgracia, halaga el orgullo, y es el desaparecer súbitamente, dejando en pos de sí un rastro luminoso; de este modo, espera uno brillar todavía por su ausencia.

KARR

En esta época en que cuatro pretendidos «intelectuales jóvenes», víctimas de un analfabetismo impenitente y de un modernismo extravagante, han puesto á la moda cierto sistema insultante de ironía con el que se figuran ajarlo todo, incluso los nombres que la muchedumbre admira y respeta, nada más propio para contrarrestar semejante pernicioso influjo que el estudio y meditación de cuanto en esas grandes individualidades ofrece visos de contradicción y desfallecimiento. Decisión de un cerebro innegablemente privilegiado, á cuyo grado de genio político y social, social especialmente, son muy escasos los hombres de acción que en nuestros días han podido llegar, la retirada de Silvela constituye, á la verdad, un ejemplo típico para puesto al frente de una investigación tan importante como la de la psicología patria. Los tiempos son malos, y los hombres no valen más que los tiempos; pero ¿cómo no hacer excepción con el individualismo vigoroso y la sombría sensatez con que el jefe de un gran partido político, sucesor dignísimo de un grande hombre de Estado, retrocede en su camino y renuncia sin reservas á empuñar por más tiempo el timón de la nave nacional?

No debiera nunca olvidarse á este propósito—y perdónese este inocente desahogo lingüístico—que *gobernar*, *gouverner* francés, del latín *gubernare*, procede de los griegos de hábitos marítimos, porque *kubernan* significa dirigir una nave. Conservando la forma, pasó á significar dirección de las cosas públicas; pero ¡cuánto no se olvida en la práctica por los gobernantes tan interesante analogía! Como los ríos, las palabras, al alejarse de su manantial, han perdido la transparencia de sus aguas. Hoy no se entiende por gobernación una dirección, sino un constreñimiento; no una regulación discreta, sino una violencia continua; no un encauzamiento de las aspiraciones populares en la combinación de la justicia con la equidad, sino una oposición sistemática rigurosamente conforme con la letra de la ley. Mas como la ley es una fórmula abstracta y general que no se aplica á todos los casos, nuestra pretendida equidad gubernamental, con la aplicación demasiado estricta de la justicia, resulta ser injusta. Ya no podemos, con Aristóteles, comparar los instrumentos del arte de gobernar á la regla de plomo de que se servían los lesbios, y que, plegándose á las desigualdades de la piedra, seguía sus formas y contornos; más bien se parecen al otro instrumento de que el inmortal autor de la *Política* habla: á la regla de hierro que da una medida inflexible.

Conociendo profundamente este contraste, y pensando con cierta tristeza voluptuosa en las impresiones intelectuales de una pereza honesta y sabia, ha podido declarar Silvela su aislamiento definitivo de las luchas políticas como única solución posible para cuantos tengan de la vida un elevado concepto. No supongan los lectores que les voy á revelar intimidades desconocidas del grande hombre; sé en este punto tanto como ellos, y ni espero averiguar nada con el tiempo, ni quiero ponerles al corriente de descubrimientos de *interview* fácil. No conozco ni trato á Silvela, y mi erudición sobre sus secretos espirituales está reducida á lo que han dicho los periódicos basándose en sus propias declaraciones. Aquí voy á consi-

derar menos la individualidad que el hecho; porque, en efecto, la retirada de Silvela es más que un *acto*, es un *hecho*, un muy edificante caso de sociología española. Y no hay para qué extenderse en reproducir las explicaciones que ha dado. Silvela huye del poder y declina la responsabilidad de todos sus principios políticos, *por* hallarse convencido de que España es un país ingobernable, y *para* hacer una vida puramente interior y de mentalidad, dedicada sobre todo á escribir la *Historia de la Ética*. ¡Maravilloso sistema de absolver el egocentrismo y la inacción!, habrán gritado muchos, sin duda. Pero yo respondo que ese doble reposo es preferible á una vana agitación. A la manera que cuanto más se agita un vaso más suben las heces á la superficie, así un partido que encierra, como el conservador, muchas de las heces del pasado, tenía forzosamente que sucumbir con su representante sincero después del incesante movimiento en que sus divisiones y las exigencias de la opinión le han tenido. Y de cualquier modo, la conducta tan inesperada como significativa de Silvela envuelve varias cuestiones sumamente graves, dignas de ser examinadas con detenimiento.

\*  
\* \*

La vida es en España muy difícil para cuantos aspiran á algo noble: difícil para el escritor doctoral, que tropieza con un público refractario al severo lenguaje de la ciencia, de esa representante del pensamiento bajo forma de verdades, de esa depositaria de los oráculos del saber; difícil para el escritor artista, que no halla lugar alguno en el programa de nuestras inmundas casas editoriales, tributarias de extranjeras literaturas; difícil para el hombre de carrera, á quien una ley inicua deja libres los brazos, pero con grillos los pies, que no puede poner en tierra que no esté acotada. Pero para nadie más difícil que para el hombre político. Este tarda poco, generalmente, en subir; pero, una vez en el poder, si es inteligente y sincero, ¡qué de decepciones no le aguardan! ¡Qué de obstáculos



los no se le presentan en el camino! ¡Qué de prevenciones, enormes cual montañas, entre él y el espíritu público! Supongámonos, por un momento, en su lugar: ¿qué pensaríamos, á la menor observación que hiciéramos, á la menor experiencia por la que pasáramos, de los que nos mirasen como jefes de una verdadera nación? ¿No estaríamos persuadidos de ser cabecillas de una serie de tribus indisciplinadas, de un pueblo formado por pequeños agregados nómadas? Hume lo ha dicho, y lo han repetido Unamuno y André: «nuestra conciencia de nación es sólo aparente, es una inmensa mentira social». Queremos hacernos la ilusión de que somos un núcleo de colectividad orgánica, siendo en realidad un rebaño, una kabila subdividida, una reunión de abelitas, de trashumantes, de vagabundos. Nuestras provincias, como elementos nacionales, tienen algo de mecánico en su convivencia y mucho de geográfico en su cohesión, que hace que apenas las considere grupos en el estado de sociedad. La Naturaleza tan sólo ha formado *clanes*, y las naciones son el fruto exquisito de la civilización. ¿No será esto quizá lo que se habrá dicho Silvela y lo que le habrá hecho renunciar á la empresa de administrar los intereses de este Riff europeo, sin asimilación posible á la vida continental?

A convicción tan deplorable como indestructible en todo hombre de Estado perspicaz y franco consigo mismo, se une para su mal, y no ya sólo en España, sino en todos los pueblos latinos, otro inconveniente de raza, cuyos efectos habrá también sentido muy vivamente Silvela. Me refiero á esa manía latina de creer que el Estado debe pensar y obrar por los ciudadanos, y de considerarle como responsable de todo y con la obligación de dirigirlo todo. El latino no se satisface con que el Estado sea el representante de la nación en la armonía universal de la justicia, sino que quiere también que sirva de lazareto á la misma nación en todos los órdenes de la vida social. Esta extensión de las funciones del Estado es en el latino una consecuencia de su ignorancia del carácter orgánico y

compositivo de toda nacionalidad, de su falta de conciencia de la fuerza propia que toda nacionalidad implica. El latino, como sér débil, transfiere (y no deja de tener razón á veces) su debilidad al grupo de que forma parte. Razona, poco más ó menos, como razonaba Keplero al suponer que había ángeles ó espíritus-guías para que los planetas no se desviasen de sus órbitas, á causa de que no podía ver cómo de otra manera habían de mantenerse en ellas. Defecto tan capital, á más de dejar á las naciones latinas sin acomodación posible á los hechos y á las necesidades y sin iniciativa de asociación privada, lo que acaba por hacerlas incapaces para crear ó sostener una obra cualquiera (1), es el origen de un verdadero suplicio moral para el pobre hombre de Estado. ¡Cuánto mártir hay cuya sangre no enrojece la arena! ¿Queréis más martirio que el verse censurado continuamente por males públicos de que él no tiene la menor culpa, y obligado á intervenir constantemente para reglamentar y proteger cosas que no son de su competencia?

Estimo de todo punto inoportuno, dados los breves límites en que ha de encerrarse el presente artículo, proseguir el

---

(1) Lebon refiere, según Bourde, un ejemplo muy típico de ese estado de espíritu. Es la historia totalmente incomprensible para un inglés ó un americano de los habitantes de la pequeña ciudad de X... Habiéndose roto una de las cañerías del agua, recibió ésta las inmundicias de una alcantarilla próxima. Hacer que viniese un obrero y reparase el accidente era una idea muy poco latina para que se adoptase por el Ayuntamiento, reunido á tomar acuerdos. Había que dirigirse al gobierno. Cuatro grandes columnas de periódicos apenas han bastado para resumir las determinaciones que se tomaron. Gracias á la intervención de un número considerable de ministros, senadores, diputados, gobernadores, ingenieros, etc., el expediente no hizo más que veinte paradas en distintas administraciones, y la decisión definitiva no tardó más que dos años en llegar al Ayuntamiento. Entretanto, los habitantes continuaron bebiendo con resignación el agua de la alcantarilla, sin haber concebido una sola vez la idea de remediar por sí mismos el desperfecto. Los ejemplos referidos por Tocqueville demuestran que de este mismo modo marchaban las cosas bajo el antiguo régimen.

estudio de ese instinto de protección de los latinos, que hace tan difícil al hombre de Estado tomar las riendas del gobierno, y que produce en él, como en el pueblo, el tipo sociológico agresivo, la parodia de la subordinación graduada propia de las sociedades guerreras. Esto es lo que Spencer llama el espíritu de *regimentación*. «Sistema, regulación, uniformidad: he aquí las palabras que se oyen á cada momento al discutirse las cuestiones sociales. En dondequiera ha arraigado la presunción de que todo debe ajustarse á un plan definido.» El ilustre sociólogo ha sorprendido admirablemente los efectos de esta disposición mental en las raquíticas generaciones del Mediodía de Europa. Comúnmente, entre los latinos, el político penetrado de las grandes verdades reveladas por la ciencia, tiene que arrostrar las corrientes contrarias de la opinión pública. No digo que deba ser así, sino que es. Y Silvela, como político, se halla en tan significativo caso. Pertenece al número de esos políticos intelectuales de que el vulgo torpe é ignaro desconfía, exigiéndoles, con el automorfismo psíquico propio de las almas bajas, la solución práctica é inmediata de los problemas, por el solo hecho de que procuran buscarla, y la omnisuficiencia divina, por la sola razón de que no abrigan las ilusiones populares. Al lado de esta multitud despreciable hay que colocar esa masa de semisabios y doctrinarios que, influídos por las nuevas tendencias socialistas y económicas, apóstoles y creyentes de la nueva religión del estómago y de los goces materiales, proclaman como postulado de toda regeneración nacional un escepticismo político estúpido. En vano se les recordará que pueblos como Cartago, Fenicia ó China, poseedores desde antiguo de una civilización brillante, han muerto ó se han estacionado por su falta de genio político, por su eterna sed de ganancias, que les impidió tener aquella prudencia que proporcionan ambiciones más nobles. No es posible enseñar al que no se halla en condiciones de querer aprender.

Las naciones latinas se hacen también antipáticas al políti-

co serio y leal por su variabilidad é inestabilidad en punto á partidos y á hombres públicos. En la división que pudiera hacerse de las naciones en viriles ó fuertes, y femeniles ó débiles, las latinas ocupan el segundo lugar. Nada hay tan repugnante como sus frecuentes cambios de predilección por un partido ú hombre de Estado. Hoy quieren lo que ayer aborrecían, y detestan al cabo de una hora lo que adoraban cinco minutos antes. La asimilación de su psicología á la de la mujer es, pues, desde tal punto de vista, perfectamente exacta. Pero hay más: extremando el rigor de esa asimilación analógica, hállasela doblemente verdadera y expresiva del hecho de que esas variaciones de los pueblos latinos no son, como en otros países, espasmódicas y accidentales, sino normales en grado sumo. Recientes experiencias fisiológicas demuestran que la variación normal de la personalidad es mayor en la mujer que en el hombre.

Iría demasiado lejos si quisiera apuntar las causas de *partido* que tal vez han determinado la retirada de Silvela. Mi opinión franca y sincera es que el partido conservador, producto híbrido de Alfonso XII, la dinastía y el liberalismo, no podía menos de resultar infecundo. Cánovas le dió cierto vigor con su dictadura; Silvela ha hecho que se destruya á sí mismo democratizándose. La operación que Orígenes se infirió, según dicen, en su persona, es la que el partido conservador ha padecido en este último período de la restauración con sus tendencias democráticas. Hablando no sé dónde Michelet de los partidos reaccionarios, pero adulterados por la civilización, los compara con animales alados, que dan el sorprendente espectáculo de volátiles extendiendo por momentos alas pequeñas, atadas, sujetas, con los ojos vendados, saltando hacia el progreso hasta un pie del pasado, cayendo sobre las narices y tomando incesantemente impulso para arrastrar su vuelo de gansos en el corral de su ortodoxia y sobre el estiércol natal. Y esto lo dice precisamente Michelet á propósito del hibridismo doctrinal de todos colores.

No pretendo aplicar al partido de Silvela comparaciones tan humillantes. Parangonado con el de esos otros conservadores que caminan torpemente con las trabas en las piernas, como cuadrúpedos tristes, nos da el ejemplo de un esfuerzo generoso de aproximación á la democracia y á no quedar atrás en el movimiento rápido que arrastra al mundo moderno. Sin embargo, bajo esa apariencia de conciliación, ¿qué ha sucedido? Los hechos, corroborados por la conducta de Silvela, lo dicen harto claramente para que tenga yo que explicarlos.

\*  
\* \*

Inmenso inconveniente para el crítico de la política de un hombre público el que éste se halle adornado de relevantes prendas de talento ó moralidad. La política nada tiene que ver con ambas cosas, y ellas, sin embargo, deciden ostensiblemente de lo favorable ó desfavorable de nuestros juicios. ¡Oh, cuán sabia era la ley que en la antigua Grecia obligaba á los jueces á oír pleitear á los abogados en un lugar oscuro, para que su buena presencia ó la gracia de sus movimientos no les previnieran favorablemente haciendo inclinar hacia aquéllos la balanza!

Importa, pues, que lo consigne de una manera categórica: Silvela tiene en su talento y moralidad un lado simpático, ante el que se ve, por necesidad, embarazada la crítica. La mejor de las cualidades es la del que aplica en la práctica á los demás lo que siente de verdadero y bueno en sí propio, y derrota con su inconsciencia automórfica al peor enemigo de los hombres de acción, cual es el dualismo de las ideas y de la vida. Pero esto mismo explica la antipatía de las turbas por tal clase de hombres, y el resultado contraproducente de la virtud de éstos en la esfera de la actividad pública. De las virtudes, aun de las menos severas y restrictivas, dijo ya Burke que cuestan muy caras á la humanidad.

Se ha proclamado que la retirada de Silvela, explicable en España, donde se puede ser buen hombre de Estado y mal político (y sin duda peor político cuanto [mejor hombre de Estado]), no hubiera sido ni concebible en una nación como Alemania ó Inglaterra. Se ha supuesto que su abandono intencional de la política activa data de Octubre de 1900, en que dejó el poder al general Azcárraga, como todo el público recuerda. Hasta se ha indicado que, si bien en 1901 tenía declinados en Maura todos sus planes políticos, es probable que «el hastío de la política activa se apoderase de él el mismo día en que se puso en contacto personal y directo con mundo tan ingrato y de consorcio tan depresivo como el español» (1). Mas yo creo que sus desengaños han sido posteriores, y que quizá entró en el campo de la jefatura con la mayor fe y las más vastas esperanzas. No debemos extrañarnos de ello. La naturaleza humana es tan sutil y sabe engañarse de tal modo, que ni ella voluntariamente lo descubre en los comienzos de una actividad entusiasta dirigida á un fin noble. Es inútil que los daños seculares de una asociación ó de un partido se comuniquen al que, por mando ó agregación, entra á formar parte de su organización y vitalidad; al principio no le conmoverán lo más mínimo, merced á la alucinación del entusiasmo. Sucede con las heridas de los partidos políticos y de todos los organismos sociales que se sostienen por la lucha, lo propio que con las heridas que el soldado recibe en el campo de batalla: no se sienten sino pasado el calor de la acción, poco después de inferidas, cuando se enfría la sangre.

Hay que convenir, por lo demás, en que Silvela, contun-  
dente y enérgico con los disidentes de su partido, ha sido en

---

(1) Algunas de estas ideas son de Canals. El director de *Nuestro Tiempo* llega á recordar que en otra época, cuando por azares del periodismo trashumante combatía él á Silvela, hubo de aplicarle el episodio histórico de Figueras huyendo de las responsabilidades del gobierno, y anunciaba que cosa parecida había de hacer el jefe del partido conservador.

extremo débil con sus cofrades. Ese orador intelectual y sereno que para las situaciones más difíciles poseía el arte parlamentario más seguro, la habilidad de coger todas las frases del adversario y pincharlas con la aguja de oro de su elocuencia, como lo demostró en su último discurso contra Salmerón, en el que parecía como que el alma de Cánovas se había trasladado á Silvela y le inspiraba, y con cuyas hermosas contundencias lanzó el partido conservador, y á la verdad no sin gloria, sus postreras llamaradas; ese hombre, digo, perdía su voluntad y recobraba toda su modestia dentro del círculo de sus hombres, al extremo de declarar en 1899 que su *alter ego*, la encarnación de su obra, la razón de ser de su partido, era... Villaverde.

Hay que confesar también que en el dilema viviente y práctico de la reacción y la democracia que todo partido intermedio lleva consigo, Silvela fue convencional en sumo grado. No tenía el escepticismo religioso de Cánovas, ni el pietismo acendrado del general Azcárraga. En su afán de armonía, al que no podía menos de oponerse un sentimiento muy vivo de incompatibilidad, quería hombres de Estado liberales y políticos católicos, como Napoleón deseaba oficiales franceses y soldados rusos. Y era necesario que de tal modo ocurriese: no cabe otra solución plausible. Pero todos vemos los resultados á que se llega. En el fondo, la democracia será democracia, y la reacción, reacción. Inútilmente las queréis ductilizar por el mismo procedimiento: el plomo se derretirá y disolverá, el hierro se enrojecerá y pondrá incandescente. Entonces se cae en el descrédito de unos y otros. Es señal cierta de que el partido ha dado de sí cuanto podía, y que es necesario cambiar de rumbo y reconocer que no queda piedra sobre piedra de aquel templo de conciliación y de paz en que os disponíais á entrar con piadoso entusiasmo. Tal ha ocurrido al conservaturismo político y restaurador, cuya edad de oro y hierro, potente y enérgica, llenó toda entera el genio de Cánovas. Ha perecido, pues, en primer lugar por la hibridez de

su programa, y después por la insubsistencia que acompaña desde la cuna á todos los organismos sociales batalladores y precoces.

\*  
\* \*

Pongamos punto á esta digresión y entremos en el tema más interesante que me propongo explicar: la existencia de causas é ideales que no pueden justificar la retirada de Silvela, por respetable que sea para todo buen individualista.

Digo, pues, en primer término, que la indisciplina, el mal-estar social y el genio de raza nos hacen un país, hoy por hoy, casi ingobernable; sin embargo, no llevo mi pesimismo á desesperar del remedio. Comparto con Silvela su conciencia de nuestra falta de integración, de nuestro evidente kabilismo, de nuestra insolidaridad; sólo que me abstengo de creer que no pueda fermentar en nuestra tierra, con un poco de paciencia y buena voluntad, la semilla de la civilización. Los versos de Bartrina (1) aparecen en mi memoria cada vez que oigo desesperar de la regeneración de España, comprendiendo que, así como los que declaran muerto el sentimiento religioso en el corazón humano, es porque aún experimentan la nostalgia de alguna religión positiva y de sus pompas y ritos, así se esparce el desaliento en lo tocante á nuestra salvación como nacionalidad simplemente porque se sueña todavía con el Quijote, con la Alhambra y con Toledo, y se vive con la obsesión de una falsa y mezquina herencia de gloria. Pero en la gloria de la patria española no se adivina la gloria del hidalgo de lugar, de Alonso Quijano *el Bueno*; no se ven sino las aventuras y

---

(1) Aludo á los muy conocidos, que dicen así:

Oyendo hablar á un hombre, fácil es  
acertar dónde vió la luz del sol:  
si os alaba Inglaterra, será Inglés;  
si os habla mal de Prusia, es un Francés,  
y si habla mal de España, es Español.



hazañas de Don Quijote; no se sospecha qué relación hay entre su genio caballeresco y su olla algo más de vaca que de carnero, salpicón las más noches, etc. Con razón ha dicho Unamuno que si es cierto, como muchos nos aseguran, que la mayor riqueza material de España en su subsuelo se esconde esquiiva, mientras araña el labriego con el tradicional arado la ligera capa que la recubre y vela, en su subsuelo espiritual también, en los no escudriñados soterraños de su cotidiana vida colectiva, yace tal vez el venero de su renovación futura, mientras seguimos arañando con nuestra crítica y apologética en las humosas glorias de su capa histórica. No tanta superficialidad en las apreciaciones; penetre Silvela, por la experiencia y el estudio de observación, en el fondo íntimo de nuestro espíritu nacional; examine el genio de la leal Castilla, de la severa Cataluña, del noble Aragón, de la hermosa Valencia, de la hospitalaria Mallorca, de las poéticas Canarias, de los valientes Vascos, de los árabes Andaluces; visite los centros industriales de Asturias, la huerta de Murcia, los puertos de Galicia; ausculte los sentimientos y la mentalidad que el español revela, aun en la taberna innoble, cuando se sabe dirigir sus confusas ideas y se le habla al alma, y verá desvanecerse rápidamente el pensamiento de la *nulla est redemptio*, que en un instante de desaliento se ha decidido á declarar en su retirada gloriosa. Refiere de Solón un historiador que en cierta ocasión subió aquel sabio á un punto elevado de la ciudad, desde donde se divisaban las casas, el confuso movimiento del mercado y la agitada vida de las calles. Considerando estas cosas, quedó abstraído en graves pensamientos, y exclamó al pensar en la realidad oculta bajo aquel velo: «¡Oh, cuánta desdicha, cuánta intranquilidad, cuánto desorden, cuántas penas y angustias se ocultan en esos hombres y en esas casas!» Este juicio, que Solón enunció para sus adentros ante el espectáculo de un pueblo grande y próspero, es, sólo que vuelto al revés, el mismo que me inspira el espectáculo de nuestro decadente y postergado pueblo. ¡Cuánta honradez, cuánta laboriosidad, cuánta

hermosura, cuántas altas y nobles cualidades oculta su externa incivilización!

Bien entendida, la decisión de Silvela vale sin duda por lo que se la hace pasar, á saber, por digna de un grande hombre; mas en las circunstancias por que atraviesan nuestra patria y el mundo, tiene por desgracia un resabio egoísta que no nos permitè aplaudirla sin mezcla de sentimiento. Nada más común que creer posible la vida y la virtud sin el sacrificio y el heroísmo, ó la realización de grandes cosas sin la abnegación y el dolor. Pero no es así: Dios mismo se vió precisado á sacrificarse por el hombre en el tipo simbólico de su Hijo. Silvela está á ello obligado como Dios y como el más humilde de los buenos españoles. El que la nación no pague sino con murmuraciones arteras ó reclamaciones airadas la labor civilizadora de uno de sus jefes, no es motivo para que éste se crea ofendido ó mal pagado, pues todos los grandes hombres y reformadores han pasado por lo mismo. «San Esteban, dice Ruskin, no recibió los emolumentos de un obispo por su gran sermón á los fariseos; sólo recibió pedradas.» Es, en lo social ó político, la eterna antinomia del ideal moral de la bondad desinteresada. Si las gentes honradas fuesen siempre felices, muchos se harían honrados por especulación, y Dios no ha querido eso.

Estamos en tiempo de construcción; queremos convertirnos en nacionalidad; pero estamos á la vez en tiempo de guerra contra infinidad de enemigos que tratan de impedirnos ser constructores; en guerra con la reacción y el clericalismo, en guerra contra el socialismo y la anarquía. Nuestro peligro es tan inminente, que hasta cuando dormimos lo hacemos con la mano en el arma, como el oficial americano en su fuerte del Fart-West, en medio de los Sioux.

En estos momentos críticos, uno de cobardía es explicable y aun disculpable hasta en espíritus como Silvela. ¿Quién, entre los más fuertes, no ha tenido su cuarto de hora de vacilación? Sin embargo, ni en tan peligrosas circunstancias debe

el buen patriota dudar. La lucha unida al trabajo es un ensueño posible, realizable. Recuerde Silvela el ejemplo que nos han dado aquellos judíos piadosos que fueron turbados frecuentemente por el enemigo en la construcción del segundo templo, y que combatían con una mano mientras que en la otra tenían la paletada para edificar la casa de Dios.

\*  
\* \*

Como Catalina II de su manía filológica, se ha cansado Silvela de su *manía* política después de haber leído cierto libro sobre la soledad en el Zimmermann que lleva en sí mismo. Quizá presiente que la soledad impide las tempestades de la vida, y que el desierto en que el alma se convierte por el aislamiento, despeja con su calor intelectual los horizontes de la conciencia, al modo que en los desiertos de Africa disipa el calor radiante todas las nubes que aparecen. Sí; aislarse es conocerse, es oponerse al mundo y á la sociedad en lo que ofrecen de brumoso, y sentirse en lo que uno presenta de claro é irreducible. La soledad derrite los sentimientos adquiridos entre los hombres al fuego de las ideas grandes.

Y aislarse es también sufrir, porque aislarse es protestar, compadecer, huir, mutilar la existencia en lo que tiene de solidaria y altruísta; llorar, en suma, la maldad é insolidaridad de los demás, ya que no puede hacerse ante ellos. Tan propio es el llanto de la soledad, que sólo en ella no se extraña, mientras que se tiene por loco ó imbécil al que se ve reir á solas. ¡Ah! es más propio de la naturaleza humana el llanto que la risa.

¿Y no advertís ya una consecuencia que el ejemplo de Silvela trae á la imaginación, si su retirada es solemne y definitiva? ¿No os parece, encarnando en él la patria, el conjunto de los españoles, que su conducta nos indica cuál debe ser la conducta de todos ante un porvenir de caída fatal é irremediable impotencia? Si llegamos á convencernos de que todo trabajo

para luchar con fuerzas iguales contra nuestra ruina es inútil, y de que España, como nación, ha perdido el secreto de vivir, preciso es que los españoles sepamos al menos morir; preciso es que, como en solemne ocasión dijo el marqués de Grijalba, sea nuestra muerte *la de un gentilhombre*. Pero nada de esfuerzos desesperados, nada de recursos guerreros. Imitemos al sucesor de Cánovas; convirtámonos los diez y nueve millones de iberos en otros tantos Silvelas, en otros tantos solitarios del espíritu; retirémonos del movimiento de la sociedad humana; fomentemos el odio á la fatalidad de la convivencia pública y á la lucha brutal que engendra, y suspendamos nuestra acción uno tras otro, hasta que por fin, sin que se vea estremecerse, erguirse ni agitarse á nadie, se pare toda la máquina nacional. Así daremos al mundo un espectáculo comparable al célebre final de la sinfonía de despedida de Haydn, en el cual enmudece lentamente un instrumento tras otro, y un músico después de otro apaga su luz y se va.

\*  
\* \*

No avanzaré más en mis reflexiones. Aún queda mucho por decir, y no es posible decirlo todo en los límites de un artículo.

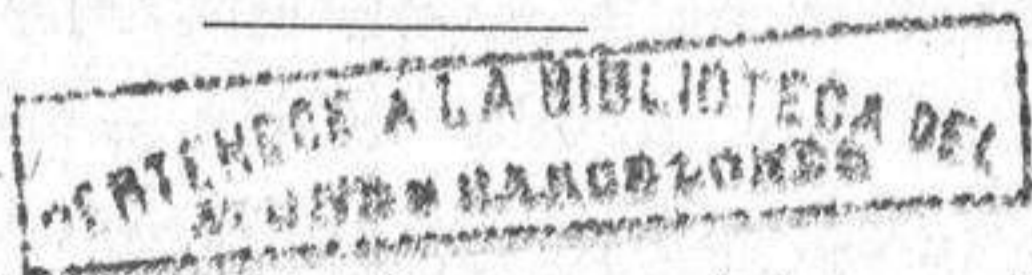
Severo y terrible es el cuadro. Con la retirada de Silvela ha muerto el partido político que rompió osadamente los moldes del liberalismo clásico y cerró á los sucesores de la Revolución de Septiembre las puertas del poder constituido. Por esto, principalmente por esto, es á mis ojos una situación dramática la suya.

Terminaré esta ligera exposición del vasto asunto que me ocupa dando color á una idea. No supongo á Silvela capaz de cobardes arrepentimientos, y le hago la justicia de creer que, una vez á espaldas del partido conservador, seguirá intrépidamente hasta el fin su solitario destino. Pero me afligiría que confundiese su partido con la política en general y se

convirtiese en un escéptico respecto al arte del gobierno y á la ciencia del Estado. No; la cruel experiencia pasada no debe convertirle al sentimiento de la incredulidad burguesa; las torturas del martirio no deben arrancarle la abjuración de sus creencias de estadista y hombre público. Muera para el partido conservador, desdeñándolo compasivamente; pero muera en la religión de la política sin maldecirla ni ultrajarla, convencido de que fuera de ella no hay salvación para el problema patrio en su conjunto, contento de recibir por ella la duda después de haberla pedido la fe. Se ha engañado de partido, ésta es toda la cuestión; su error ha sido el partido conservador, y no la política. ¡Que tome, pues, otro partido: el partido de la razón, de la democracia, de la juventud, de la unidad nacional!

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

# UTOPIA SOCIOLOGICA



SUMARIO: Utopia abstracta y utopia por conjeturas.—La utopia en sociología.—¿Es legítima?—El caso de M. Ward.—Función de las utopias.—El problema del porvenir.—La utopia sociológica de M. Ward.—La integración de las razas.—Cálculos.—La edad de la tierra.—El aspecto ético.—El porvenir moral.—La idea cristiana.—Diferenciación social é integración social.—El tiempo y la obra del hombre.—Reparos metafísicos.

Hay, entre otras, dos maneras de idear una utopia: la más común quizá, consiste en bosquejar una humanidad terrena, sin ninguno de los defectos y dolores actuales, y, en cambio, con todas las buenas cualidades y dichas y ventajas, que para su mundo, un mundo imaginario y paradisíaco, querría el utopista. La otra, no tan común, como procedimiento para engendrar sueños utópicos, aunque muy corriente para indicar orientes, señalar reformas y construir doctrinas, consiste en *inducir*, y conjeturar, un estado próximo ó lejano, feliz, ó por lo menos más feliz que el presente, estado de posible realidad futura, en razón de una realidad positiva anterior ó del momento.

Muchos sistemas comunistas se han ordenado según la primer manera, que es además la más fácil y socorrida, porque, al fin, todo estriba en suponer que los hombres son de este ó de aquel modo, y que las cosas pasan en el mejor de los mundos posibles.

El anarquismo propende á ese género de utopias, desde el instante en que construye una sociedad futura, ideal, con el

supuesto de hombres naturalmente buenos, y á partir de la creencia en esa bondad nativa, que se manifestaría con todo su fecundo empuje, á no verse contrariada por la acción perturbadora de la coacción exterior, y que, en efecto, se habrá de manifestar, desde el punto y hora en que tal coacción no fuerce al instinto.

Sin duda, cabe una concepción anarquista, no utópica, de esa manera, un tanto inocente; verbigracia, cuando el anarquismo no construye sociedades futuras, como por ejemplo hace Juan Grave, y se contrae á exponer un principio psicológico de conducta y á formular un ideal íntimo, inmediato para la vida de cada cual; entonces el anarquismo toma otros vuelos, y significa, no una abstracción imaginaria, sino pura y simplemente la proclamación de la ineficacia moral, y de la esterilidad jurídica de las restricciones violentas, y la afirmación de la fuerza y eficacia de la voluntad personal, espontánea y libre, del autogobierno, de la expansión de la vida, que decía el malgrado y simpático Guyau, sin trabas entorpecedoras, sin sanciones artificiosas.

Un anarquismo así concebido no es utópico, si por utopia se entiende ensueño dichoso y definitivo, aunque muy bien puede engendrar utopias de la otra manera que dejo indicada, utopias por *inducción*, que diríamos.

Pero conviene advertir que no trato de explicar la significación y alcance del anarquismo. Es hoy mi problema otro, problema que hace mucho tiempo me interesa y atrae. La utopia, ¿es legítima? La utopia, ¿será un método sociológico inútil, ó aceptable? ¿no será la utopia una expresión sin valor científico, aunque pueda tener un valor grande como literatura, y en la relación estética? Más concretamente, y quizá más claro: ¿puede un sociólogo, que no se declare á la vez un soñador, que por el contrario, pretenda ser *positivo* y científico, lanzarse, sin salir de su jardín, á idear utopias?

Repito que es éste un problema que me intriga hace mucho tiempo, que me sale continuamente al paso, cuantas veces

me propongo enterarme de lo que es el *Estado*, y aun cuantas veces miro hacia adentro, y busco una relación ideal á la conducta, y una orientación ó un sentido á la vida propia y á la vida del prójimo. Pero jamás, quizá, me interesó el problema con la fuerza con que en estos días me ha interesado, al compás que leía un folleto del insigne sociólogo americano M. L. F. Ward (1), el sabio autor de *La Sociología pura*.

Basta el título del folleto, unido á la representación rigurosamente científica y positiva del autor, para que la cuestión, mi cuestión, surja y se imponga: *Una utopía sociológica*, es decir, una utopía que no se edifica en las nubes, que no es obra de ensueño, porque eso debe significar lo de *sociológica*, ya que la *sociología* se forma ó pretende formarse como una ciencia, y no como una poesía ó como una metafísica (2). ¿No es esto nada? ¿No es un buen motivo para tratar de la posibilidad y legitimidad de la utopía, en la ciencia social, el hecho de que un *sociólogo* —sentido estricto— no vacile en bosquejar *su* utopía?

\*  
\* \*

He de confesar que la utopía me ha parecido, en general, legítima, por de pronto, como labor consoladora, que, al fin, consuela lo de imaginarse una humanidad perfecta, buena, sana y dichosa, sobre todo, si se piensa que el utopista, por soñador é imaginativo que sea, construye siempre con elementos reales, más exacto, históricos; no han hecho otra cosa todos los utopistas, desde Platón, que *idealizar* su tiempo, al modo como el artista, escultor ó pintor no puede hacer otra cosa que combinar en formas más ó menos extrañas ó *ideales* lo que la realidad y la vida les ofrece. Por otra parte, la uto-

---

(1) *La differentiation et l'integration sociales. Une utopie socialiste*, París, 1903. V. *Annales de l'Institut international de Sociologie*, t. IX. V. *The American Journal of Sociology*, Mayo 1903.

(2) En el supuesto de que la metafísica no pueda ser ciencia...



pia, aun la más abstracta, la que menos tenga de real en su conjunto, puede obrar como incentivo, como sugestión, como *ideal-fuerza*.

Naturalmente, la utopia no es ciencia, lo que llamamos ciencia, en sentido estricto: más bien puede ser obra de arte; pero ayuda la labor científica, precediéndola á veces, y á veces condensando en proporciones agrandadas ó exageradas sus resultados; y otras, apoyándose en éstos para suscitar nuevas y más atrevidas acometidas ó lanzamientos por las regiones de lo desconocido, que es la gran cantera del utopista... el mentir de las estrellas...

Por esto no me he explicado nunca, de una manera satisfactoria, la especie de desdén con que muchos socialistas, de la rama marxista, sobre todo, tratan el socialismo utópico y sentimental, entendido como opuesto al que ellos llaman, con cierta presunción excesiva, socialismo científico. De un lado, no hay que olvidar que en el primero está el germen de todo el socialismo moderno: él es quien le ha prestado el calor indispensable, para que una idea cuaje en la conciencia social; y de otro lado, el socialismo científico ó práctico, de reivindicaciones inmediatas, positivo, entraña en el fondo una gran utopia, que hoy obra sobre el mundo real, sobre la historia presente, con atracción irresistible, á la manera de un oriente, como una obsesión inmensa, como un ideal atractivo; en definitiva, como un motivo determinante de una tendencia que no habrá de triunfar sino en parte, y confundida con otras en la resultante general de la historia futura.

Y si las utopias abstractas, las que entrañan ensueño, las utopias engendradas desde Platón hasta Bellamy ó William Morris; si todas las repúblicas ideales, ó ciudades del sol, ó pueblos libres, ó mundos en el año 3000, son legítimas y tienen su función social y científica, con mayor razón creo yo legítima la otra clase de *utopias*, es decir, las que presuponen una dirección agradable, consoladora, optimista en sus resultados generales, en el mundo humano, no por mera exigencia

de una aspiración filosófica, ó como expresión de un temperamento ó de un deseo generoso, sino en virtud de una concepción y de una apreciación realistas de la historia y de la vida, y como último resultado de una inducción positiva.

En mi sentir, un sociólogo de tendencias positivistas, un sabio, un filósofo rigurosamente científico, puede, sin salir de su esfera propia, lanzarse por las regiones de la conjetura y señalar una dirección ulterior á la evolución humana, y hasta una forma de vida que estime como una consecuencia lógica del desarrollo, continuado y necesario, de cualidades ahora en germen, y acentuables en lo porvenir, por entrañar inclinaciones naturales de la humanidad y ser expresión fiel de las fuerzas más profundas de la historia.

\*  
\* \*

Aunque no desconozco que este método de las conjeturas sociales, de los vislumbres del porvenir, tiene sus quiebras, y hasta sus peligros de degenerar en pujos proféticos, sin embargo, no me parece que deba, sin más, rechazarse de plano, del campo de la sociología, procedimiento tal de provocar y bosquejar utopías. Quizá sería razonable afirmar que, en el fondo de todo sociólogo, va más ó menos escondido un utopista, y que á veces, la gracia atractiva del sistema social está en razón directa de los granitos de utopía—la sal de la tierra—que en él se advierten; por otra parte, en toda previsión sociológica—previsión fundada en la realidad conocida, en los datos visibles y apreciables—late la idea de una utopía, puede haber como el germen de una, el cual germen se transformará en árbol frondoso y florido, á poco que la previsión, bajo la acción de una imaginación constructiva—facultad muy conveniente y no rara en el sociólogo,—se convierta en bosquejo, más ó menos novelesco, de una sociedad del porvenir, y á poco que el sociólogo se atreva, á construir un ideal, mediante un desarrollo lógico, ó que estime tal, de las premisas puestas como base de una orientación futura.

Y esta manera de provocar ó de producir utopias en el campo, á menudo árido, de la sociología positiva, me ha parecido todavía más razonable y aceptable, leyendo el interesantísimo folleto del sabio M. Ward. Viene el caso á confirmar más y más la indicación que acabo de hacer. M. Ward se ha dejado llevar sin arrebatos imaginativos, aparentes, por la atracción sugestiva de la inducción atrevida, hacia las regiones de la conjetura legítima. Todo ello, como la cosa más natural del mundo, como una verdadera exigencia de la voluntad, guiada por el razonar científico.

\*  
\* \*

Nada, en verdad, tiene de extraño que quien estudia el pasado, y procura penetrar en el fondo de la realidad histórica, luego que cree haber encontrado la explicación racional de los movimientos sociales, y se considera en condiciones de formular una explicación positiva de la vida actual de las sociedades humanas, nada tiene de extraño, repito, que se sienta animado á acometer la empresa, siempre tentadora, de vislumbrar el porvenir. Es muy difícil que el sociólogo, que ha encontrado una hipótesis explicativa del fenómeno social, se mantenga en el terreno de la realidad presente, y no se lance, con vuelo más ó menos elevado y noble, por las regiones del ideal futuro. Al fin, cuando no se sale del puro *historicismo*, hay, á mi ver, una profunda analogía, más profunda de lo que al pronto pudiera creerse, entre la labor de reconstruir las épocas remotas, de las cuales nos dice poco, ó no nos dice nada, la historia, y la de idear las épocas futuras. La prueba es que, si para explicar el contenido de éstas se han ideado á menudo las *utopias* más extraordinarias, para describir el de las primeras, no han faltado esbozos de edades de oro, de mundos paradisiacos y de reinos de la inocencia pura.

La solución del problema del porvenir es una de las obsesiones más disculpables, pues, no ya del sociólogo de acción, sino del sociólogo filósofo: podrá éste ó aquél ponerse el problema, ya sea dentro de las condiciones limitadas que entraña

el porvenir mismo, como simple é inmediata prolongación de la historia, ya sea elevándose á un punto de vista general, que entrañe una posición ética y convierta el problema indicado en un problema moral, que pide una respuesta que indique no ya cómo *habrán* de pasar las cosas, sino cómo *deberían* éstas pasar; pero no importa: el problema es natural, lógico, á menudo completamente ineludible.

Lo difícil, ó punto menos que imposible, es que el sociólogo utopista, ó que, sin ser utopista declarado, se lanza por las esferas libres de las edades no vividas, se contraiga, por realista y esclavo de la inducción positiva que sea, á una explicación indiferente, como la del astrónomo que prevé los eclipses ó señala la aparición de un astro del porvenir, prescindiendo del lado, si no trascendental y metafísico del problema, por lo menos del lado moral. La preocupación ética, con la aspiración ideal, aunque no siempre estén á flor de tierra, las suele haber en el fondo de todas las previsiones y conjeturas sociales.

Quizá debe afirmarse que quienquiera que construye una utopía, ó señala una orientación, ó determina una marcha á la evolución humana, ha resuelto por adelantado, explícita ó implícitamente, el problema de la *bondad* ó *maldad* nativa del hombre, con el de si éste *sube* ó *no* en la historia, ó en otros términos, si *progresa* ó *se estaciona*, todo lo cual entraña cierto *ideal*, ó concepción, de lo que se estima como *mejor* para la vida de la humanidad representada en sus pueblos.

Quien esté convencido de la maldad ingénita del género humano, quien atribuya al *dolor* un valor absoluto, acaso considere que es inútil toda orientación, y estéril todo esfuerzo, y vana toda utopía. Quien tenga una opinión contraria sobre la naturaleza humana, y sobre el valor ético de la psiquis del hombre, propenderá á idear utopías, y soñará con días mejores, y hasta podrá llegar á imaginar edades admirables, en la inagotable sucesión de los tiempos, cuando no transformaciones radicales de la existencia terrena.

\*  
\* \*

M. Ward es un buen ejemplo de serenidad filosófica, y hasta de objetividad científica, en la tarea de apuntar—no de desenvolver, porque no llega á tanto el sabio autor—una utopia sociológica, no obstante lo cual, respira toda su hipótesis el inevitable optimismo animador.

Mas veamos ya la utopia del sociólogo americano. Ante todo, bueno será que consideremos el sentido en que M. Ward concibe la utopia.

No es ésta la construcción imaginativa de una sociedad definitiva, que cierre el ciclo ó un ciclo de la perfectibilidad humana. Es, á lo sumo, la indicación anticipada de lo que podrá ser la humanidad, en vista de lo que fue y de lo que es: trátase, pues, de una utopia, como decíamos, por inducción, mejor, por conjeturas.

He aquí su nervio.

Las razas humanas—hecho real,—después de haber pasado por un período de diferenciación, que llenan la lucha y oposición de las razas, empiezan á recorrer un período de integración. Y esto rápidamente. «No advertimos, dice siguiendo á M. Holmes, la rapidez de los movimientos—los de integración;—pero comparados con los cambios de otros tiempos, son huracanes comparados con los céfiros de la mañana. El continente de América ha cambiado de habitantes en un abrir y cerrar de ojos, y Asia, África, Australia y las islas del Pacífico se encuentran en plena labor de desintegración de razas. Hoy un hombre puede dar la vuelta al mundo doscientas cuarenta veces en su vida. Un solo individuo puede ser padre en todas las regiones terrestres del globo... y esto no es más que el comienzo de un período que debe durar millones de años. ¿Cómo proyectar, pues, la línea del diagrama del porvenir? Sólo puede haber una respuesta» (1).

---

(1) Ob. cit., pág. 26. Cita de M. Holmes, tomada de un discurso de éste, titulado: *A Sketch of the Origin, Development and Probable Destiny of the Races of Men.*

«Podemos bosquejar en pocas palabras el curso inevitable de la especie humana... El mundo será inundado y lleno por una raza generalizada, en la cual la sangre dominante será la de la raza que hoy tiene, física é intelectualmente, más derechos á apoderarse de todos los recursos de la tierra y del mar. La sangre y la cultura serán cosmopolitas. El hombre, ocupando todo espacio de tierra disponible sobre el globo, será una unidad más fuerte que en los primeros días de su período primero, cuando en una región circunscrita, oculto en el espacio enorme de algún continente desconocido, los poderes de especialización moldeaban por primera vez la especie humana» (1).

Y luego añade M. Ward: Una indicación de esta naturaleza «puede parecer una utopía, pero sólo es tal en el sentido mismo en que cada gran época es una utopía respecto de la precedente. La vida y el espíritu son utopías cuando se los compara con un estado en que no existen, sin embargo de lo cual, el mundo ha dado ese paso cósmico, y el mundo orgánico y psíquico ha surgido de un mundo sin vida y sin inteligencia. Un tipo cualquiera de vida, altamente desenvuelto, es una utopía con relación á los tipos más bajos que le han precedido: la planta de semilla con relación á la planta de esporos, el angiosperma con relación al gimnosperma, el animal de vértebras con relación al invertebrado, el mamífero con respecto del reptil, el hombre más bajo con respecto del mono más elevado, y el hombre civilizado con relación al salvaje. Sería utópico que un mono aspirase á la humanidad, ó que un troglodita se figurase el estado civilizado. Únicamente mirando hacia atrás y contemplando el grandor de los pasos dados, será como podamos formarnos una idea científica de lo que la evolución es capaz de hacer».

La utopía sociológica de M. Ward no se contiene, pues,

---

(1) Tomado por M. Ward, de M. Holmes. *American Anthropologist*, IV, núm. 3. Julio-Septiembre 1902, pág. 369-391.

en una construcción imaginativa de la humanidad futura; no se trata de ninguna nueva ciudad ideal, ni de ningún bosquejo de sociedad perfecta; se expresa, por el contrario, en una indicación de una hipótesis científica, respecto de la dirección probable de la evolución humana: la utopia sociológica, *inducida* de la evolución pasada en el proceso de la diferenciación social, se concreta quizá en esta expresión: *la integración última universal de las razas* (1).

\*  
\* \*

Claro es que esa palabra *última* se presta á interpretaciones muy diversas, y que quizá no debe tomarse, como si quisiera con ella afirmarse el término definitivo de la historia, ó, mejor, aunque la historia continuase, como el período final de una evolución que encuentra su eterno equilibrio. En otras palabras, no debe querer decir M. Ward que, una vez integradas las razas humanas, habríamos llegado á la ciudad perfecta, que tantas veces cantó Zola, en sus últimas utopias novelescas. Más bien parece indicar que esa *integración* será, como *integración universal de las razas*, la *última*; el mundo, y en él la humanidad ó quien la sustituya, seguirán dando vueltas.

Lo cierto es que, sin salirse del carril metódico, prudentísimo, del sabio Ward, puede el sociólogo moderno, positivo y científico lanzarse á inducciones más atrevidas, á conjeturas de un vuelo más largo, y por ende, no hay que negarlo, más peligroso.

A mí, por ejemplo, se me ocurre que, admitidas las premisas científicas de M. Ward sobre la continuidad del proceso evolutivo, la antigüedad de la tierra y de las formaciones geológicas, la lentitud relativa del progreso espiritual, no es inverosímil suponer que el hombre representa un paso transitorio hacia la formación de un sér muy superior, que no sería el

---

(1) Pág. 27.

superhombre de Nietzsche, en cuanto éste entraña el sello de un aristocratismo depresivo para el resto de los mortales; pero quizá sí, si por superhombre se entendiese un hombre distinto del actual, tanto como éste lo es, no del salvaje, pero del mono, ó si apuramos un poco, del invertebrado.

Hay que tener en cuenta que según el cálculo que en su cuadrante del día cósmico, en el cual M. Ward, inspirándose en Haeckel, representa la perspectiva cosmológica, es decir, la edad de la tierra—72.000.000 de años, según M. Ward—en un cómputo de 24 horas, hay que tener en cuenta, digo, que con relación á ese período de la evolución cósmica, el período terciario —2.675.000 años—equivalen á 53 minutos y 30 segundos del día terrestre, el período cuaternario —300.000 años—equivale á 6 minutos, y el período histórico—25.000 años—equivale á 30 segundos, mientras el período último, el del lenguaje escrito, que se calcula en 6.000 años, equivale á sólo 7 segundos.

Pues bien: si en 7 segundos la humanidad ha hecho lo que ha hecho, ¿adónde podrá llegar con que sólo la dejen para seguir su evolución actual, en el sentido de la integración de las razas, *un cuarto de hora?*

Porque M. Ward, prudentísimo hasta el exceso, se limita á señalar la integración de las razas como síntesis de su utopía; y la dominación absoluta de su medio físico por el hombre, como expresión más alta del progreso. Pero ¿y no podría vislumbrarse la evolución que, al compás de esa integración étnica, realizarán la moral, el derecho, las ideas, en suma, todo aquello que distingue al hombre de los otros animales? ¿y cuál será la suerte de las instituciones? Este Estado, que tanto apasiona hoy á las gentes, y cuya desaparición pone la carne de gallina á los filisteos de nuestros días, ¿flotaría en ese mundo futuro en medio de esa raza una y homogénea? ¿y qué quedaría de las aficiones metafísicas del hombre? ¿qué de todo lo que constituye la más sana parte, ó que tal creemos, del patrimonio espiritual de la humanidad?



También en esto son legítimas las conjeturas: es indudable. Y sin lanzarse á ellas, que no es ese mi objeto, sugiere, en verdad, muy interesantes y atractivas sugerencias, favorables al progreso moral, el hecho de la lentitud tremenda de la evolución cósmica, y, dentro de ella, de la evolución vital, y, más especialmente, de la evolución espiritual. Cuando se considera esto, ya no sorprende que la humanidad haya tardado tanto tiempo en llegar á la idea cristiana, y menos sorprende todavía que, después de diez y nueve siglos y pico de cristianismo, apenas haya penetrado éste en la conciencia íntima de una minoría, muy corta, de seres escogidos.

En efecto: si como observa Harnack (1)—y ya lo había advertido Tolstoy,—la esencia del cristianismo es «observar la ley de amor»; si lo que pide Cristo es que «el amor sea una disposición constante del alma», que ese es el reino de Dios sobre la tierra, ¿cuán lejos no estamos todavía, en todas las esferas del vivir y del sentir humanos, de ese ideal proclamado hace cerca de dos mil años? ¿Cuán lejos no están de él, sobre todo, aquellas mismas instituciones, creadas al parecer para hacerlo efectivo?

Si resumiéramos este desenvolvimiento moral, y recogiéramos, además, los mil atisbos que doquier se producen respecto de la marcha futura de la humanidad, como ente espiritual, relacionándolo luego todo con la marcha natural de ésta hacia la integración de las razas, preconizada en la utopía de M. Ward, presto alcanzaría esta integración proporciones que el sabio y prudente autor no ha pensado darle, pero que no dejarían de ser dignas de consideración y estudio.

\*  
\* \*

Mas ¿cómo razona su utopía M. Ward?

A partir del principio de la comunidad de leyes generales

---

(1) *La Esencia del Cristianismo*, págs. 116-117. Edic. ital.  
E. M.—Diciembre 1903.

de la evolución social y de la evolución orgánica. En el fondo, hay un poco de hegelianismo en la concepción del insigne sociólogo: la diferenciación, que es lo opuesto de la integración, es, sin embargo, el supuesto de ésta, y ésta el complemento evolutivo de aquélla. El hombre es un producto natural de la evolución cósmica: como diría Ratzel, es un detalle geográfico. Ha surgido á su tiempo, cuando se produjeron determinadas condiciones en un punto dado de la tierra, y luego se ha dispersado por ella, formando las razas diferenciadas y heterogéneas, y dominando poco á poco el planeta, merced á sus caracteres particulares, obra de la evolución también.

«El carácter fundamental que distingue al hombre de todas las demás especies de animales, es el mayor desenvolvimiento del cerebro, y por consiguiente, un aumento de facultades mentales de todas clases» (1), especialmente de estas dos: la memoria—que explica tanto de su vida social—y la invención, por medio de la cual el hombre ha podido romper todas las fronteras faunales, que limitan las demás especies, y extenderse por doquier, creando núcleos que poco á poco habían de ser razas distintas.

«El carácter omnívoro que poseen todas las razas primitivas, les aseguró el alimento, aun antes de la invención de las artes por las cuales el hombre ha reducido á su servicio el reino vegetal y el animal» (2). La invención de aquéllas venció la oposición de los medios, y libre el hombre de éstos, pudo comenzar su «carrera de expansión universal, que acabó por abarcar todo el planeta» (3).

Ese período de expansión y de conquista del globo, de oposición y de lucha por el medio, «puede llamarse período de *diferenciación social*» (de creación de la lengua y de las costumbres); pero ese período se agota, produciendo, por la misma

---

(1) Pág. 6.

(2) Pág. 3.

(3) Idem.

prolongación última, el segundo capítulo de la historia humana: el de la *integración social*, que se inicia ya con las primeras manifestaciones de integración de las razas. No hace mucho el número de razas humanas era, por decirlo así, infinito. Esas razas eran absolutamente distintas, desde el punto de vista sociológico, y muchas de ellas eran entre sí enteramente diferentes, desde el punto de vista etnológico. Sólo se parecían en el respecto biológico. Todas eran razas humanas. En un cierto estado, á saber, en el de la mayor diferenciación, el número de razas era mucho mayor que ahora, y mayor que en ningún estado subsiguiente. Esta reducción en el número de las razas humanas es el resultado de la integración social» (1).

La utopia de M. Ward es bien clara: la acción de la integración social continuará, y del propio modo que ha reducido el número de las razas, producirá al fin la desaparición de éstas y la formación última de una raza única universal.

Apoyándose en las consideraciones verdaderamente originales é interesantes del eminente antropólogo M. W. H. Holmes (2), afirma aquél con resolución la integración de la raza humana. «Sea cual fuere, escribe, el estado actual de las cosas, y á pesar de los grandes obstáculos opuestos á la mezcla de las razas, resulta claro, para cuantos hayan meditado sobre el gran porvenir del hombre, que la integración de la raza continuará hasta que todas las razas de hombres se hayan fundido en una sola. No porque las razas inferiores absorban á las superiores, ni que éstas hayan de ser rebajadas al nivel de aquéllas. Las razas dominantes dominarán siempre el producto, sea cual fuere, pero los elementos menos fuertes entrarán en él como modificadores. Representan cualidades que, en proporción moderada, irán á mejorar y á enriquecer el conjunto. La gran raza del mundo, unida y final, se asemejará á una fotografía compuesta, en la cual ciertas faces salientes

---

(1) Ward, ob. cit., págs. 10-11.

(2) Pág. 21.

dominarán el grupo, pero en el cual se distingue el influjo neutralizador de las fisonomías, caracterizadas por cualidades morales refinadas, que reflejan el alma más bien que el intelecto. Esta raza humana perfeccionada, pues, realizará entonces todo *lo que hay de grande y de bueno en el hombre*» (1). (Subrayo yo).

\*  
\* \*

No faltan las objeciones contra esta utopía de la integración de la raza. La principal es la del tiempo. Pero M. Ward se adelanta á toda observación, notando que el hombre es de ayer; que los trabajos del hombre constituyen un instante en la edad de la tierra; que el hombre, en fin, no es más «que un punto en la superficie del océano del tiempo, cuando éste se mide por la geología» (2).

Por lo demás, el período de integración social acaba de comenzar, y habrá de acelerarse más y más, con el aumento de población: «las razas se mezclarán más y más, y cuanto más se mezclen, más habrán de mezclarse» (3). Pero, á pesar de esto, se necesitará mucho tiempo—relativo—para realizar la integración de la raza. ¿Dispondrá de él el hombre? Figúrenos un millón de años: ¿los durará la tierra en condiciones de habitabilidad?

«Se nos dice que la ciencia anuncia la decadencia del planeta; que el sol pierde su calor; que las condiciones de la existencia orgánica están condenadas á empeorar; que lenta, pero seguramente, la tierra se hará incapaz para sostener la vida, y que el hombre... acabará por ser imbécil... y al fin, la tierra, fría, será una estrella muerta, como nuestra luna» (4).

La visión poética de Leconte de Lisle parece confirmarse por la ciencia...

---

(1) Págs. 20-21.

(2) Pág. 30.

(3) Pág. 31.

(4) Pág. 35.

M. Ward nos consuela diciéndonos que «todo eso es probablemente cierto»; pero que examinado desde nuestro punto de vista, no tiene un gran interés práctico, porque vamos para arriba y habrá tiempo para todo. «No hay razón alguna para pensar que el período durante el cual las condiciones de existencia vital se conservarán tan favorables como ahora lo son, y como lo han sido desde el comienzo del tiempo terciario, haya de ser menos largo que aquel durante el cual esas condiciones han durado ya. Este período, según las estimaciones de la persona más digna de confianza, no será menor de tres millones de años. Por lo tanto, todas las especulaciones sobre la decadencia final del planeta, aunque científicamente justas, son puramente teóricas y no tienen ningún valor práctico».

La lógica de los decadentistas es falsa; el mundo apenas ha empezado á ir para arriba, y tendrá tiempo para hacer muchas cosas; ¡quién sabe! Quizás llegue el hombre á realizar en la tierra esas maravillosas obras que todos han podido figurarse en la superficie del planeta Marte, según el mapa que de las mismas se ha publicado, y las cuales, como advierte Schiaparelli, y recuerda M. Ward, indican la acción de seres inteligentes.

Ni por un momento quiero poner nada de eso en duda. Nadie puede imaginar lo que será la tierra cuando tenga los años que se atribuyen á Marte, y el hombre haya dominado las fuerzas todas de la naturaleza. Pero, aunque M. Ward nos consuela mucho con poner tan lejos, tan fuera de la acción del interés práctico, el porvenir más distante de la tierra fría, del hombre imbecil, no puede desconocerse que la cuestión del porvenir de la humanidad queda en pie para el filósofo.

Si sólo del interés práctico se tratase, poco puede importarnos lo que pasará dentro de un millón de años. En cambio, no puede menos de atraernos el misterio del destino de la humanidad. ¿Es que este esfuerzo que suponen la diferenciación y la integración sociales, acabarán en nada, se agotarán al fin con el enfriamiento terrestre? La labor del pensamiento y

de la cultura, ¿serán momentos fugaces y sin *ulterior* efecto en la evolución indefinida de los mundos? Esa raza única y homogénea, ¿agotará todo el sér humano, sin que quede nada de su acción, como no sea la huella triste de su trabajo material sobre la corteza de un astro muerto?

Ciertamente, M. Ward no ha querido ponerse el problema en esos términos tan amplios; no ha querido lanzarse á las regiones de la metafísica: su utopía es modesta en su alcance, no obstante las apariencias... pero, ¿quién duda que la lectura serena y reflexiva de su hermoso opúsculo suscita con fuerza irresistible la cuestión metafísica en toda su plenitud?

Y es que, aunque parezca raro á los espíritus positivistas, que estiman la sociología como una ciencia que se basa sólo en los hechos, tiene ésta una relación interna con la metafísica, mucho más íntima de lo que pudiera creerse.

ADOLFO POSADA

# RECUERDOS DE UN VIAJE POR HUELVA

(1890)

---

## PALOS

De mañana era, una deliciosa de Noviembre, — que en la provincia de Huelva es todavía caluroso otoño, — cuando, después de haber recorrido la importante ciudad de Moguer y de haber contemplado con deleite sus no numerosas bien que interesantes reliquias monumentales, tomaba el camino descuidado de Palos de la Frontera, con el ansia vivísima de reconocer aquellos lugares que tantas memorias de grandeza atesoran y que de modo tan directo hablan al alma. En la administración del coche que hace el servicio desde la estación de San Juan del Puerto á Moguer, había alquilado un *breack*, característico carruaje de estas comarcas del Mediodía, y á cosa de las nueve y media ó diez de la mañana cruzaba las animadas calles de la población y me alejaba de ella bajo los rayos de un sol esplendoroso y brillante, que prestaban encanto singularísimo al panorama.

Desde que, con el primer recuerdo, aparece en estos lugares ante nosotros, como evocada por sí propia en nuestro espíritu, la egregia espléndida figura de aquel insigne navegante cuya preconizada fama celebra sin cesar el mundo, y cuyo nombre, un tiempo obscuro y desconocido, eclipsa por su incomparable grandeza las glorias efímeras y percederas, las vanidades y las arrogancias estériles de príncipes y de optí-

mates,—todo lo llena con los resplandores de su controvertida fama y todo está impregnado de ella, desapareciendo en las sombras de lo inuominado cuanto no se ofrezca esclarecido por los vivísimos destellos que de aquella gigantesca figura irradian y se originan. Por esta causa, pues, el blasón de los Puerrocarrero, marqueses de Villanueva, que, con sus quince jaqueles de oro y azur y sus diez y seis escaques de castillos y leones, es hoy el blasón de la antigua villa de Moguer, hecha ciudad por la munificencia de Felipe IV en 1642,—queda con todos sus prestigios desvanecido y borrado ante el nombre de Cristóbal Colón, que suena por vez primera bajo las naves sombrías de la iglesia del *Convento de Santa Clara*, donde la tradición, afanosa de conquistas y de apropiarse algo de la gloria del descubridor del Nuevo Mundo, para sublimar la memoria de Moguer y enaltecer el mérito de aquel monumento, afirma que oró Colón la tarde antes de emprender su inmortal viaje, y el día después de su regreso de América.

Quizás en una y otra ocasión recordase que genovés, como él, fué el almirante mayor de Castilla Egidio Bocanegra, cuyos descendientes poseyeron, con el de la Palma, de que á Egidio había hecho graciosa donación Alfonso XI, el señorío de Moguer, y acaso invocara bajo las bóvedas severas del templo erigido por el famoso almirante D. Alonso Jofre Tenorio, los manes de aquel compatriota que pasando al servicio de Castilla, y contribuyendo con su experiencia y con su esfuerzo á conquistar los laureles que ilustran la memoria del vencedor del Salado, debía en esta tierra, para él extraña, vincular su nombre y su progenie, como hubo de vincularlos también por su parte Cristóbal Colón al servicio de la España.

Quizás en alguno de los leños de su flota, ya aparejada y apercebida, llegaría la víspera del día para él más solemne de su existencia al abrigado puerto de Moguer, y donde hoy atracan oscilantes las pequeñas lanchas, los *místicos* y los *laúdes*, que con otras embarcaciones mayores son allí emblema del comercio, atracaría el humilde esquife que conducía á aquel á



quien Dios iba á conceder la más grande de las glorias: la de soldar sin duda los eslabones de la humanal cadena, rotos acaso en el comienzo de las edades.

Seis kilómetros por junto dista de Moguer la villa de Palos, y á la verdad que el trayecto no puede ser más pintoresco ni animado. Desde las pequeñas eminencias por donde trepa y de donde desciende á intervalos el carruaje, tendida muelle y regaladamente descúbrese la ciudad de los Puertocarrero en medio de su fértil vega, dibujando en el límpido azul del cielo su blanco caserío, sobre el cual descuella, erguida y esbelta, con cierto orgullo, la torre de la iglesia parroquial de *Santa María de la Granada*. Viñedos y pinares, con otras especies arbóreas, allí tan frecuentes, esmaltan la alegre campiña hasta llegar al término de Palos, que confina por Septentrión y por Levante con el de Moguer, apareciendo á poco la cañada donde se levanta aquella población, en la que algunos han sospechado estuviese la antigua *Olontigi*, y donde con mayor fundamento afirman otros estuvo la *Palus Etrephae* de los romanos, conforme al tan manoseado testimonio de Festo Rufo Avieno, quien, con efecto, cual es sabido, escribe:

...*Multa propter est Palus*  
*Etrephae dicta: quin et Iberi civitas*  
*Stetisse fertur hic locis prisca die,*  
*Quae proeliorum absumpta tempestatibus,*  
*Famam, atque nomen sola reliquit cepisse.*

Y aunque son muchas ciertamente las lagunas y los esteros que por aquella parte existen, y entre los cuales son de notar el denominado *Domingo Rubio* y la laguna de los Carrizales, que desagua en el Tinto, no siendo inverosímil, en consecuencia, que á ellas hiciera alusión Avieno, — quizás se refiriese al «mismo lugar de Palos, que oy retiene su antiguo nombre de *Palus*, que es laguna», según presume el docto cantor de las *Ruinas de Itálica*, y afirman después de él la mayor parte de los escritores. Colocado sobre el que lleva título de *Canal de*



*Palos*, y donde el Tinto adquiere ya cerca de medio cuarto de legua de extensión, como disponiéndose á entrar dignamente en el Océano, famoso es su puerto, desde el cual partió, el memorable y ya conmemorado 3 de Agosto de 1492, la primera expedición en demanda de las Indias occidentales. Parece que allí por todas partes debe vivir el recuerdo del glorioso genovés, y que á cada paso han de mostrarse las huellas del ilustre navegante y las de «aquellos verdaderos Argonautas, que por inmensos y no surcados mares, venciendo, no fabulosos ni encarecidos peligros, sino increíbles por grandes, descubrieron y costearon el Nuevo Mundo, llamado indebidamente América por Américo Vespucio, á quien no le costó nada», según la frase de Rodrigo Caro; pero lejos de ser así, y defraudando las esperanzas del viajero, fuera del nombre dado en la villa á la larga calle principal, que es denominada *de Colón*, en balde es ya toda investigación encaminada en nuestros días á descubrir el más pequeño rastro de aquel trascendental acontecimiento, como no existe cosa que no revele, por contrario modo, el aniquilamiento á que, con la prócer Niebla, es llegado este lugar, de tanta nombradía fuera y dentro de España.

En los comienzos de la xvii.<sup>a</sup> centuria, cuando aún llegaban á los muelles del Guadalquivir, en la opulenta Sevilla, cargados de tesoros inapreciables los galeones españoles; cuando por esto mismo la plétora del numerario empezaba á secar las naturales fuentes de riqueza de la Península, y la sed del oro sangraba con asoladora frecuencia nuestros campos y nuestros talleres,—la población de Palos había de tal suerte decrecido, que ni aun «cien vezinos» en ella figuraban, según Caro, cuando quizás en tiempo de Colón, cual se asegura, tenía 1.900; y aunque, conforme á lo que arroja el censo de 1877, ha triplicado aquel número, pues se registra el de 332 con 1.250 habitantes,—con doloroso olvido de su grandeza histórica yace abandonada y en mortal atonía, arrastrando anémica existencia, que no han robustecido ni cambiado las reformas proyectadas y en parte ejecutadas con motivo del pasado Centena-

rio, y que contrasta al primer golpe de vista con la saludable de Moguer, su cabeza de partido.

Inútil es que, partiendo de supuestos ya convencidos de erróneos, se afanen los escritores locales, amantes de su provincia, en la estéril tarea de enaltecer aquella humilde villa, ponderando la importancia que no tuvo ni pudo tener durante los días de la dominación romana, haciéndola bajo el nombre de Olontigi, «residencia de algunos Gobernadores romanos que la eligieron por ser entonces el mejor puesto de esta zona»; inútil también que para presentarla como población de categoría dentro del distrito, en los tiempos de la dominación musulímica, se la compare con Niebla, afirmando, sin testimonios que en sana crítica cohonesten y justifiquen el aserto, que «fué notable, además, por haber tenido un gran vecindario y una multitud de familias nobles» después de la Reconquista, entre quienes hubo de repartir la ciudad Alfonso *el Sabio*.

¿A qué buscar la razón de su empobrecimiento y de su insignificancia, ambas antiguas y ostensibles, en el hecho no acreditado suficientemente por probanza alguna, de que las nobles familias «de Pardo de Quirós, Auñón (fundadora del Monasterio de la Luz), Prieto de Guevara, Guzmán, Henestrosa, Zúñiga, Maldonado, Quesada, Cueva, Núñez de Vargas, Soto-Mayor, Manrique de Lara, Estrada, Campo-Mayor, Pinzón, Fernández y otras muchas» abandonaron «todas el pueblo algún tiempo después de la Reconquista para irse á Jerez de los Caballeros, entonces de la Sierra, y á otros puntos, huyendo de la dominación de los señores á quienes se otorgaba la ciudad por servicios á la patria ó por el favoritismo»?

Cierto que Palos fué de señorío particular, y que en el siglo xv, juntamente con Villalba del Alcor, que había sido de Caballeros Templarios, figuraba en los estados de D. Diego López de Estúñiga, conde de Miranda, quien, por escritura otorgada en Roa á 5 de Marzo de 1473, hacía á su mujer, doña María Sandoval, donación «é cession, é traspasación, que es dicha entre vivos», de una y otra villa, con su jurisdicción

«cevil y criminal, alto é baxo mero mixto imperio», para sí y sus herederos, y con su fortaleza, hoy ya completamente desaparecida; pero la verdad es que Palos ni fué ni pudo ser en la época romana sino mísero pueblo de afanosos pescadores; y si hubiese sido por aventura, cual se propone, «el mejor puesto de esta zona», entonces, ni Plinio, ni Festo Rufo Avieno, ni Pomponio Mela, así como tampoco Tolomeo ni Estrabón, lo hubieran dejado de mencionar con elogio, cual no habría dejado de subsistir con igual condición y análogo carácter en la edad visigoda y en la musulmana, y cual lo proclamarían por elocuente é irrefutable modo las ruinas de los unos y de los otros tiempos, que depondrían victoriosas á favor de aquella pretendida población, á través de tantas vicisitudes perpetuada.

En cambio, los geógrafos de la antigüedad, y Estrabón entre ellos, hablan de la increíble pujanza con que las crecientes del Océano invadían el país de los Turdetanos, convirtiendo en puertos ciudades hoy alejadas del litoral, testimonio comprobado por los residuos marinos que con facilidad son en Niebla descubiertos, y por los cuales se explica no ya sólo la extensión de las marismas y la frecuencia de los esteros, sino la condición del terreno mismo, que es allí en su mayor parte arenoso, con escasas vetas de tierra arcillosa y poco compacta; de suerte que, mientras el término es abundante en pastos, el arbolado es verdaderamente insignificante, y la producción de cereales y viñedo bien exigua. En tales circunstancias, y no en otras, es en donde hay que buscar, y habrán de ser halladas, de seguro, las causas de la pobreza de aquella población, no sólo en nuestros tiempos, sino en aquellos otros históricos invocados por los escritores locales, viniendo á acreditarlo así, por terminante modo, uno de los monumentos de mayor renombre en la provincia, y cuya fama nace tanto de la del inmortal Colón, como de la de Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena.

Árido, de escasa producción el suelo, que en el interior de

aquel que fué distrito occidental de la Bética brinda con toda suerte de producciones, Palos no fué sino el *Palus Etrephae* de que habla Festo Rufo Avieno; y su población, consagrada por entero á las arriesgadas y poco lucrativas faenas marítimas, escasa fué también siempre, y compuesta no más que de humildes pescadores, alejados, en aquella especie de desierto, del comercio y comunicación terrestres. Así, pues, no nos afanemos en buscar restos de las edades que fueron en la historia primitiva de las razas y de los pueblos que en la sucesión de los tiempos señorearon este rico confín de la TARTHÉSIDE, como tampoco habremos de afanarnos en perseguir los rastros que en pos de sí dejaron Colón y sus compañeros: contentémonos con lo que existe, y no pidamos hoy más de lo que Palos puede ofrecernos, á pesar de su resonancia y de su nombradía accidentales.

Una hora, poco más ó menos, habría tardado el *breack* en llegar á la villa y en penetrar por la larga empedrada calle principal, desierta y triste. Perdida la memoria de aquellas capillas dedicadas á *Santa Brígida*, á *Nuestra Señora de la Guía* y á *San Sebastián*, que en otro tiempo dignificaron respectivamente los extremos oriental, septentrional y meridional de Palos, en el comienzo de la mencionada calle, y como haciendo cabeza de la villa, se levanta, situada á la derecha, la única y famosa y pequeña iglesia de *San Jorge*, en la cual, á despecho de su pequeñez, cupo la personalidad augusta del gran descubridor del Nuevo Mundo, á quien tantas glorias y desventuras debe por ello España.

De largo pasó por delante de ella el carruaje, para detenerse ante mísero tenducho, en el cual, y en híbrida mixtura, y no en abundancia ni mucho menos, se vendía de todo. La pobreza del establecimiento hacíase manifiesta en la completa vacuidad de los estantes, un tiempo pintados de blanco, y ennegrecidos á la sazón por sabe Dios cuántas generaciones de moscas, que allí habían procreado sin intermitencia; el principal comercio que en la tienda debía hacerse era el de confi-

turas, por lo cual de confitería la dió título el mayoral; y apeándome del vehículo, y pues eran ya dadas las once, apresuráme á disponer el almuerzo, para cuando regresase de la visita que á la parroquial iglesia de *San Jorge* proyectaba. Confiado en que no habría de faltar el sustento, como no me faltó nunca en ninguna de mis expediciones á través de algunas regiones de nuestra España, ni cuidé ni pensé en traer conmigo el *conducho*, suponiendo que en Palos no había de faltar cosa que echar á perder, por insignificante que fuera.

Hubo, sin embargo, de hacer que subiese de punto mi admiración, como produjo en mi ánimo singular sorpresa, el saber que ni huevos siquiera había en aquel comercio, ni aun en la villa, según dijo el confitero, hombre de cetrino color, cenceño y no bien encarado.

—Veremos—añadió—si encuentro algo de lomo adobado.

—Bueno—contesté, conformándome con la promesa, y fiando en ella.—Pues dentro de una hora, lo más, estaré de vuelta.

Y con esto, llevando en una mano la cámara fotográfica, y en la otra el quitasol, volví pies atrás en dirección de la iglesia, animoso y esperanzado con la de hallar en aquel religioso edificio cosa que sirviera de compensación á la escasez del almuerzo, de que tenía gran necesidad, después del madrugón y del viaje.

Un muchacho, desarrapado y negruzco, se brindó complaciente á avisar al señor cura, para que me franquease el templo; y mientras, descalzo, corría aquél en demanda del párroco, deteníame delante del monumento, procediendo á su examen.

Informe hoy, á causa de las protuberancias que desfiguran la iglesia, cuando desde el camino se ofrece á las miradas del viajero por la parte del ábside, ni despierta en su conjunto interés, ni aun provocaría movimiento alguno, por desdeñoso que fuera, á pesar de su alegre campanario, de facetado y piramidal casquete ó chapitel, exornado de ajedrezadas labores de

azulejo; á pesar de la notable reja que allí ostenta, y aun de la configuración del mismo ábside, cuya construcción de ladrillo, como casi todas las de la provincia, revela su ojival pro- genie. Diciéndolo están, con efecto, no ya, como en el de la iglesia del *Convento de Santa Clara*, en Moguer, las graciosas apuntadas fenestras, ni los laboreados canecillos, cosas ambas de que carece, sino los fuertes estribos que apoyan la fábrica, dándole apariencia de militar edificio, según al fin lo proclama, avanzando en un cuerpo sobre la línea de fachada, la puerta que se abre en el costado de la Epístola, é inmediata á la cuadrada torre de ladrillo, que se adelanta por su parte á la portada referida, excediendo, con sus dos únicas alturas, del perímetro general del monumento.

Obra ya de la xv.<sup>a</sup> centuria, hállase dicha puerta construída en piedra; es sobria y severa, y fuera de los canecillos que fingen soportar la moldurada cornisa con que cierra el cuerpo de construcción que la constituye, no se enriquece con labor alguna que anime y mueva la severidad del conjunto y la sobriedad de este miembro principal del edificio. De cortas dimensiones, y proporcionado en consecuencia al reducido vecindario de la villa, viene á aislarle con relación á ella por la parte meridional, á que corresponden los pies de la iglesia, arenoso montecillo inculto y estéril, que se dilata por el costado occidental, y en cuya cima estuvo la fortaleza de que hablaba el conde de Miranda, y defendió la población un tiempo, bien que no resulte ostensible vestigio alguno de construcción semejante. Y allí, en aquella fachada lateral de ocaso, coincidiendo probablemente con la portada oriental, de que queda hecha referencia, obscurecida, abandonada y próxima ya á desaparecer en ruinas dolorosas, se ostentaba á la sazón, como uno de los más interesantes monumentos de la provincia toda, tapiada puerta, conocida entre los naturales por el nombre regocijado de *Puerta de los Novios*, cuya restauración no sé si se ha verificado.

Legítimo representante es tal entrada de aquel estilo sín-

gular y privativo de la Península Pirenaica, llamado á caracterizarla por tanto, y que ofreciéndose como natural consecuencia de la reconquista cristiana, había de extender su imperio más allá de los límites fijados á la Edad Media, viéndose en otros estilos y fundiéndose con ellos vistosamente. Labrada en ladrillo, con aquella no discutible maestría que heredaron de los muslimes los artífices mudejares sus autores, nada hay más bello en su conjunto, como no hay nada que la exceda tampoco, dentro de su género, por lo que á los detalles respecta. Gallarda, proporcionada, esbelta primitivamente, y cuando los desprendimientos del cerro donde existió el castillo no ocultaban parte de la fábrica—como la ocultaban cuando nosotros visitamos la villa,—avanza sobre el cuerpo de fachada, también en un solo cuerpo independiente, á semejanza de lo que ocurre con la portada contrapuesta, y en la actualidad la única practicable, apareciendo inmediata á la capilla del crucero de la iglesia, con la cual forma ángulo entrante. Acaso despojada del volado cornisón que hubo de servirle como de término y corona, y que debía resguardarla de las inclemencias del tiempo, muéstrase á menor altura que la del muro á que está adosada, y donde se abría, reemplazado después de la restauración de que el templo ha sido objeto no ha muchos años, sin duda, por humilde tejadillo de rojizas tejas, el cornisón indicado, que hubo de completar el monumento, según demandan su naturaleza y sus proporciones mismas.

Partiendo de un zócalo general y resaltado, del que no quedan vestigios, puede considerarse repartida la decoración de esta interesantísima portada en tres zonas diferentes y principales, con relación á su altura, y todas ellas convenientemente unidas entre sí, y dando fisonomía propia al monumento. La primera y más inferior, que no es en realidad sino continuación de la segunda, hállase en los distintos planos de aquél, compuesta á cada parte de hasta tres cilíndricos baquetones ó fuertes juncos, perfectamente labrados, sobre los cuales se extiende saliente y moldurada imposta, ya destruída



en el lado de la derecha, con los que armonizan otros dos colocados á los extremos del cuerpo de la portada, levantándose en pos, con disposición idéntica, bien que menor altura, la segunda zona, á que da término otra imposta de menos vuelo, pero también formada de molduras. Arranca de allí la tercera zona, donde, con arreglo á las exigencias de la época y del estilo predominante, voltean apuntados en tres distintos planos, otros tantos arcos ojivos y concéntricos, formados por la prolongación de los baquetones, roto en la clave el más interior, y en perfecto estado de integridad los restantes; exornado el superior en su periferia, que es ondulada, por vistosa guarnición que, á modo de flocadura, resalta sobre la archivolta—destaca gracioso sobre el resto de la construcción y sobre los paños de la misma en que se abre, ofreciendo en éstos, así como en las enjutas, por las cuales se extiende la decoración de uno á otro lado, muy delicada labor de resalto, simulando estrellas de cuatro puntas desemejantes, que al mismo tiempo que recuerda las elegantes trazas de las yeserías que esmaltan los aposentos de la Alhambra y del Alcázar del rey don Pedro en Sevilla, traen á la memoria irresistible la de los paneles ornamentales con igual disposición y con el mismo oficio empleados en las portadas y en las arcadas del estilo ojival, puro y sin mezcla de mudejarismo.

Dicha decoración, de que también hicieron uso frecuente los alârifés mahometanos, según revela no escaso número de monumentos pertenecientes, ya á la era de la decadencia del grande arte del Califato cordobés, como sucede respecto de la Aljafería de Zaragoza, ya al período de la dominación almohade, cual con la Giralda acreditan otras varias fábricas existentes de aquellos tiempos, — tiene por base fingida arquería, que en esta *Puerta de los Novios* de la *Iglesia de San Jorge*, en Palos, aparece en la parte correspondiente á la enjuta de la derecha soportada por pareadas columnillas de relieve, mientras en la enjuta del otro lado se presenta con una sola columna, y de mayor luz, por consiguiente, los arquillos. De la pro-

longación y enlace de las líneas que forman dichas arquerías, cual en orden distinto ocurre con las arcadas que dan ingreso á la *Capilla del Mihrab* en la *Mezquita-Aljama* cordobesa—resulta la peregrina decoración de esta portada, que no parece en consecuencia sino abierta sobre finísimo encaje, recogiendo finalmente el conjunto á modo de *arrabaâ* y en plano superior, colocado en la misma línea de la periferia del arco mayor ya referido, ancho listel que nace sobre la imposta de la segunda zona, como recogen el todo y hubieron de sustentar el cornisón desaparecido, los cilíndricos baquetones de los extremos.

Con ser tan grande el que tiene, como representante de la abatida grey mudejar, ya en el siglo xv, en que hubo de ser erigido este monumento genuinamente español, y sin semejante fuera de la Península,—no consiste solamente su mérito en la naturaleza de los exornos que le avaloran, y en la destreza con que supieron los alârifes fundir las tradiciones del arte cristiano y el muslime, para que resultase y prevaleciese, como resulta y prevalece, la unidad superior artística; no tampoco en la bella acertada combinación de los matices del ladrillo, colocado en fajas de dos en dos, alternativamente rojos y amarillentos, contribuyendo por su parte á la belleza y singularidad del conjunto,—sino también, y por modo muy principal, en la maestría de la construcción, donde aparecen los ladrillos limpiamente recortados y con no menor arte colocados en la fábrica, siguiendo el movimiento de las archivoltas, á manera de dovelas, sin que se advierta ni desnivel, ni desproporción, ni diferencia alguna en el espesor de los ladrillos, respecto de aquellos otros que se tienden en hiladas horizontales por el monumento. La acción del tiempo, los efectos de la intemperie y otras causas, han hecho que en muchas partes, perdida la mezcla que traba los ladrillos, aparezcan éstos, especialmente en las archivoltas, como arpados exornos, cual si de intento así primitivamente los hubiesen colocado los constructores, quedando al descubierto por lo demás las juntas en toda la fábrica, lo cual contribuye á dar mayor carácter á

esta portada, que habrá de perecer en breve, y mientras no sea preservada de la ignorancia y del atrevimiento de los muchachos que á aquel lugar retirado concurren, quienes, al verla tapiada é inservible para el templo, la estiman como cosa baladí y sin importancia.

Gozaba con la contemplación de esta verdadera joya del tan sin fundamento contradicho *estilo mudejar*, y aun la tenía enfocada para reproducirla por la fotografía, á despecho de hallarse sumida en sombra, y de las irregulares disposiciones del terreno,—cuando sonriente y cariñoso apareció el señor cura párroco, portador de las llaves de la iglesia. Joven, afectuoso é ilustrado, después de los saludos de ordenanza, preguntéle curioso acerca de la significación ó razón del apelativo de *Puerta de los Novios*, con que era aquélla designada; y deferente á la pregunta, tuvo á bien manifestarme que era llamada así, según era tradición en Palos, porque por ella penetraban en otro tiempo los novios cuando iban á santificar su amor por medio del sacramento del matrimonio, y salían por la otra después de haber el sacerdote unido en la tierra sus voluntades y sus cuerpos.

¡Cuántas parejas felices habrían penetrado por aquella tapiada puerta, y cuántos ojos llenos de esperanzas y de deseos se habrían fijado en los bellos adornos que ostenta, sin comprenderlos! Pensando iba en ello, mientras al lado del buen párroco daba la vuelta para entrar en el templo, y cuando, franqueada la entrada, disponíame á entrar por ella. No sin emoción crucé el dintel de aquel ingreso que, cerrado por un panderete, se ha convertido en cuadrada y vulgar puerta, penetrando al fin en la santa casa, en la cual, aunque restaurada en nuestros tiempos y antes de la ocasión celebrada del Centenario, y encalada toda ella al estilo y usanza de la tierra, parece todavía que, bajo su artesonada mudejar techumbre de alfarje — restaurada también con buen acuerdo, — vibra el acento de aquel Comisario de los católicos monarcas, quien, desde el púlpito, reemplazado después por el existente, daba

lectura en tan sagrado recinto á la real pragmática en que la egregia Isabel I autorizaba el reclutamiento de gentes para la inmortal empresa que, ejecutoriando la grandeza de alma de los soberanos de Aragón y de Castilla, ejecutoriaba al par la del intrépido navegante, quien debía en aquel año de 1492, en que era rescatada Granada del señorío islamita, y en que eran lanzados sin piedad de sus hogares los judíos, completar la obra realizada por Isabel y por Fernando, descubriendo para España, nuevas, desconocidas y riquísimas, las Indias occidentales.

Parecía que en aquellas naves solitarias, desornadas completamente, multitud de marineros,—la que consentía el templo,— con el rostro curtido por el aire del mar y atezado por el sol, la ropilla de diversos matices desordenada y más ó menos completa, se agitaba y conmovía emocionada al ver delante de sus ojos desplegado aquel risueño panorama con que, en medio de desconocidos riesgos, brindaba á sus ambiciones y á sus esperanzas el mundo soñado por Colón y prometido á España como recompensa de la magnanimidad de sus príncipes; y aun creía oír las exclamaciones de júbilo ó de temor, de entusiasmo ó de menosprecio, con que en su ignorancia ó en su avaricia, en su confianza y en su nobleza, acogía aquella humilde gente las palabras del regio Comisario, sin percatarse de que quizás en el más obscuro rincón del religioso edificio, acompañado de su hijo, el inmortal Colón presenciaba semejante espectáculo, y escuchaba las frases y los comentarios de los conmovidos concurrentes.

Delante de aquel cuadro, prólogo de tantas grandezas y de tantas desventuras para la patria, y al cual debe Palos todo su renombre, desaparece el edificio; y ni se advierte la rebajada curva de los arcos torales, apoyados en haces de junquillos, con resaltada imposta de cardinas tendida después por los muros á igual altura, preludiando ya las influencias del Renacimiento, ni se pára mientes en los cascos de las bóvedas del crucero, ni despierta la atención el descentrado ingreso de

medio punto de las capillas laterales en el crucero referido, ni tampoco el lindo y característico púlpito de hierro que, con acuar ya la mano de la xvii.<sup>a</sup> centuria á que pertenece, es digno de estimación, no obstante, como lo es la fábrica del templo.

Blanqueado todo él, no ofrece sus muros agobiados bajo la pesadumbre y la balumba de macizos churriguerescos retablos que impiden el paso y quitan á veces la devoción con barrocas imágenes descompuestas, encarnadas é indumentadas de cualquier modo, con el hacinamiento de exvotos de cera, y cuadros que representan piadosamente discutibles milagros y prodigios, obrados por la fe en su mayor parte. Limpio, aseado y bien pavimentado, con sus tres naves regulares y airosas, si no excita, ni mucho menos, la admiración de los viajeros, es lo cierto que, á la templada luz que penetra por los ventanales del coro, no carece de interés de cierto género el edificio, ni arguye en realidad, á despecho de sus exiguas dimensiones, la pobreza del pueblo, ofreciéndose en su sencillez con cierta coquetería de buen gusto.

Verdad es que ni sus retablos ni sus imágenes, inclusa la del patrono, tienen importancia, por más de que no deje de ser estimable como pintura la tabla que figura en el altar del lado de la Epístola en el crucero; pero en cambio, y merced, sin duda, á los esfuerzos del señor párroco, se muestra con tal atractivo, y es tal la impresión que en el ánimo produce la contemplación de aquel sagrado recinto, donde oró Colón en momentos para él solemnes,—que no sin pena se abandona la santa casa, donde la voluntad de Dios consiente sea recordada la imagen del inmortal genovés, para mayor ensalzamiento suyo. Empotrados en los machones sobre los cuales voltea el arco de medio punto que da acceso á la capilla lateral del Evangelio, sin que allí nadie los estime, ni en ellos pare mientes, embargado el espíritu, de cierto, por las memorias esplendorosas de otros días,—reclaman, sin embargo, la atención del visitante monumentos dignos de ella, sobre todo en la época

actual, en que tan subido prestigio alcanzan las producciones de la cerámica, con profusión singular prodigadas en los templos de Andalucía y en los del reino de Valencia, bien que con expresión y carácter muy distintos en los unos y en los otros, como resultado natural de la diversidad de caracteres que entre sí aparta á los andaluces de los valencianos.

Los monumentos á que hacemos referencia, y sobre los cuales pesan el olvido, el desdén y el menosprecio, son dos hermosos cuadros de azulejos, ambos de la misma época, de igual estilo y casi de la misma mano, en los que se halla la imagen de dos mártires, llamado *San Cereal* el de la derecha, y *San Jetulo* el del opuesto lado, según declaran los letreros colocados en la parte superior de cada cuadro. Uno y otro aparecen coloridos sobre amarillo fondo, y sin exageraciones ni abusos censurables, proporcionados y de aceptable dibujo, resaltan, por decirlo así, sobre la guarnición florida que sirve de marco al conjunto, resultando verdaderamente estimables y dignos de figurar en sitio más ostensible, ya que por no aparecer en los santorales modernos los nombres de aquellos elegidos del Señor, que padecieron y murieron por la fe cristiana, no sea posible su colocación en otros tantos retablos. No son, á lo que entiendo, merecedores, ni mucho menos, de olvido en la historia de la pintura de azulejos; y aunque español el nombre de Ríos que se lee á la cabeza de la primera línea del libro que tiene abierto *San Cereal* entre las manos, la manera de hacer, la expresión, el acento y todo, en fin, en las figuras proclama, de acuerdo en esto con la sospecha á que induce el idioma en que se hallan escritas las líneas del libro memorado, que debió de haber aprendido el pintor en Italia su arte y que de allí vino, á no dudar, en la xvii.<sup>a</sup> centuria, á que los referidos cuadros corresponden.

Cerca era ya de la una de la tarde, cuando abandonaba el templo de *San Jorge*: al grupo que formábamos el señor cura párroco, el desarrapado muchacho que se había hecho cargo de la máquina fotográfica, y yo, habíase agregado, con otros,

en particular un hombre alto, seco, fuerte aún, tostado por el sol y el aire, mitad señorito mitad campesino, quien con aire de superior suficiencia nos miraba, y escuchaba sonriendo los diálogos entablados con el señor cura, y en quien había hasta entonces fijado la atención apenas. Al cerrar el sacerdote la puerta del templo y despedirnos,

—Si no encuentra usted qué comer — me dijo, — véngase á mi casa, y aunque poco, algo habrá allí que echar á perder.

—Gracias, señor cura — contesté. — Tengo encargado ya el almuerzo.

Saludámonos de nuevo, y, en compañía de aquel desconocido, seguí la larga calle que *de Colón* se apellida, deteniéndome delante de la casa señalada con el número 24, la cual conserva indicaciones exteriores muy bastantes para acreditar que allí debió de existir en el siglo xvi la casa señorial de alguno de los habitantes de Palos, sin que sea hoy dable saber quién pudo ser en los días de Carlos de Gante, ó mejor, en los de Felipe II, el mayorazgo de aquel que fué palacio; quizás fuera alguno de los compañeros de Colón, ó alguno de los marineros que en las sucesivas expediciones marcharon á las Indias occidentales, y que, enriquecido allí, labraría de nuevo, á su regreso, la morada en que pasó su infancia, para hacer ostensible alarde de sus tesoros... ¡Quién sabe ni quién es capaz de saber los secretos que oculta el tiempo!

Entretanto, mi acompañante me había complacientemente informado, y sin que nadie se lo preguntara, que era teniente retirado de artillería, circunstancia que hubo de chocarme, por no compadecerse con su rudeza, y que hubo de tener natural explicación cuando supe que procedía de aquellos tenientes del cuerpo, creados por el general Córdoba cuando la disolución del mismo, en ocasión de triste memoria. Así llegamos á la *Confitería*, esperanzado yo, no con la de suculentos manjares, sino con la de modesto guiso de adobo, que mis desfallecidas fuerzas restaurase; pero, ¡júzguese de mi sorpresa cuando el confitero, con la indiferencia mayor del mundo, me

anunciaba que no había encontrado en toda la villa nada para preparar el almuerzo!

Mi indignación fué grande, y hubo de aumentar, no sólo al ver que el mayoral salía limpiándose la boca y mascullando los restos finales de su almuerzo, sino al oír á mi acompañante, el primer teniente de artillería, brindarme, por todo alimento, ¡con un racimo de uvas!

Un panecillo correoso fué lo único con lo que me fué dado acallar por el pronto las imperiosas exigencias del estómago, y así marché bajo la acción del sol, que era ardiente, con dirección al puerto, aquel puerto que tan abastado y repleto me figuraba por todas partes de recuerdos, que tan distinto aseguran ha quedado después de las fiestas del Centenario de como hube de encontrarle entonces, y tan desemejante, al parecer, de aquel otro al cual, por accidente, debe Palos, según es notorio y repetimos, su fama y su renombre. No era en Noviembre de 1890 ni sombra siquiera ya de lo que había sido, al decir de los escritores locales; pues «como si abiertas las anchurosas fauces del abismo le hubiera éste sepultado en sus entrañas; como si alguna revolución geológica hubiérale de alto abajo aniquilado todo», ni trazas tenía á la sazón de puerto ni de nada. Y, sin embargo, allí esperaba espectáculo á la vez grandioso y triste: grandioso, por los recuerdos que se agolpan poderosos á la imaginación, llenándola por completo; y triste al mismo tiempo, así por el estado vergonzoso en que se hallaba, cual dijimos, como porque allí, en aquel paraje, debieron haber ya los hombres levantado monumento imperecedero á la gloria del descubridor de América.

Tomando cuerpo, y volviendo á la vida, aun á pesar nuestro, creen todavía los ojos contemplar el cuadro que ofrecería el puerto de Palos aquel día 3 de Agosto de 1492: sobre las movibles ondas, que venían silenciosas á estrellarse contra la arena, balanceábanse como orgullosas de su destino tres solas embarcaciones, cuyos aparejos dibujaban pintorescamente sobre el azul del cielo iluminado por los resplandores de un sol



ardiente. Allí, en el fondo, á la derecha, avergonzada de su pequeñez, aparecía Huelva, con los restos de sus fortificaciones, lo humilde y desigual de su caserío y lo arrogante del castillo con que dominaban la población sus señores los duques de Medinasidonia; al frente, con varias alturas y dimensiones, sucedíanse anchos esteros, en cuyas aguas cabrilleaba el sol con reflejos de oro, y á la izquierda, pasada la punta en que se alzaba solitario el santo retiro de los Recoletos franciscanos y más allá de la *Torre de la Umbría*, que con la de la *Arenilla* fué mandada construir en 1577,—bajo una atmósfera templada por las frescas brisas, espaciábase imponente el Océano, como convidando á los intrépidos navegantes.

Entre aquellas tres embarcaciones, colocadas casi en fila, distinguíase á la cabeza la capitana, mayor que las otras, ostentando sobre el castillo de popa el estandarte real de Castilla: llevaba el nombre de la Santísima Virgen patrona de España, y habiendo salido de los astilleros de Santoña, según unos, de los de Galicia según otros, parecía inquieta y como impaciente por soltar las amarras que la tenían sujeta; á su lado, de más pequeñas dimensiones, y con no menor impaciencia, puesta la proa al mar, como la *Santa María*, estaba la nao armada á sus expensas por el valiente marino Martín Alonso Pinzón, vecino de Palos, y bautizada por el nombre de su capitán y dueño con el de la *Pinta*; más allá, tímida y recelosa y con igual aparejo, seguía la *Santa Clara*, apellidada la *Niña*, por ser Francisco Niño, vecino de Moguer, su piloto, y cuyo mando estaba confiado á Vicente Yáñez Pinzón, hermano de Martín Alonso y dueño de la nao, á quien había decidido éste á tomar parte en la empresa.

Llenando el canal, multitud de cárabos y de lanchas, olvidadas por aquel día las faenas de la pesca, discurrían guiadas por hábiles remeros por entre las tres gallardas naos, y en la playa, revuelta y confusa, abigarrada muchedumbre poblaba el aire con lamentos y con gritos, y se agitaba sin cesar con febriles movimientos. No faltaba motivo á aquella gente para

tales demostraciones, pues forzados iban, en expiación de desconocida falta y por orden de la Corona, la mayor parte de los individuos que suministró la comunidad marítima de Palos; y aunque partía con ellos Martín Alonso Pinzón, hombre experto en las cosas de mar, y de gran prestigio entre los marineros de aquel pueblo; aunque la tripulación tenía recibidas cuatro pagas por adelantado,—el temor, la zozobra, la inquietud invencible, y toda suerte de preocupaciones, aparecían retratados en el rudo semblante de aquellos hombres, que iban á confiar al acaso su existencia, engolfándose por mares totalmente desconocidos y jamás surcados.

En grupos informes, las madres, las mujeres y los hijos, entregados á la desesperación y al duelo más profundos, cercaban derramando abundoso llanto á los marineros, agobiándoles bajo el peso de sus caricias y de sus lamentaciones, y acrecentando en su espíritu la vacilación y la duda que les estremecían. Para aquellas sencillas gentes, era el mar el término natural de la tierra: no había más allá, y bien manifiesta estaba la voluntad divina de mantener oculto á los humanos lo que pudiera existir fuera del mundo conocido, cuando como barrera infranqueable la mano de Dios había tendido en torno de la tierra aquella inmensa sábana de agua, que la envolvía, y debía tener su origen en los mismos cielos.

Cual si marchasen al suplicio, despedíanse de sus maridos con las más tiernas muestras de desconsuelo las acongojadas esposas que ya se juzgaban viudas, no acertando á desprenderse, sin embargo, de los brazos que les tendían aquellos rudos marineros, por cuyas tostadas mejillas se deslizaban en silencio las lágrimas ardientes que se agolpaban á sus ojos; y mientras á cada paso se reproducía con iguales caracteres la escena,—lleno de fe y de entusiasmo, acallando quizás en lo más íntimo de su alma la sombra de una duda tenaz que á intervalos le oprimía, Martín Alonso Pinzón recorría los grupos, animando á los unos, consolando á los otros, y derramando con generoso espíritu esperanzas por todas partes, al mismo tiempo que,

puesta la fe en Dios, y no seguro de sí propio, inclinado sobre el filarete de su nao, sombrío y grave, Colón presenciaba aquel espectáculo conmovedor, sobrecogido á veces por íntimas alegrías que entenebrecían en breve las inquietudes de lo desconocido!

Después, cuando en demanda de la barra, y embarcada la tripulación, desplegaron sus blancas velas al aire las tres embarcaciones,—grito atronador y unánime hendía el espacio; y el dolor se deshacía en llantos sin medida, que parecían no tener término entre la muchedumbre que veía partir, á su juicio para siempre, á aquellos seres tan queridos, á quienes esperaba la muerte como única recompensa en el revuelto seno de los mares. Poníanse en movimiento las pescadoras lanchas; y siguiendo la estela de las tres naos, acompañábanlas cuanto les era posible los más intrépidos, á fin de darles la última despedida, como si por tal medio la separación hubiera de ser más breve! ¡Qué desanimación, qué desconsuelo, quedaban como recuerdo á poco á los habitantes de Palos! ¡Qué solitario, como cuando yo hube de verle, quedaba aquel puerto, al cual juzgaban no habían de arribar ya nunca los que eran partidos de aquella suerte y en aquella ocasión, para la villa tan triste!

Recordando iba estas escenas, y las que ofrecería al desembarcar Colón de su primer viaje, cuando me dirigía á la Rábida, abandonando la renombrada Palos, tan grande por aquellas fechas, tan pequeña hoy y tan poco hospitalaria para conmigo, pues no había tenido qué brindar al viajero sino un pedazo de pan y un racimo de uvas por todo alimento!

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

# INDAGACIONES Y CONJETURAS

## SOBRE ALGUNOS TEMAS POÉTICOS PERDIDOS

---

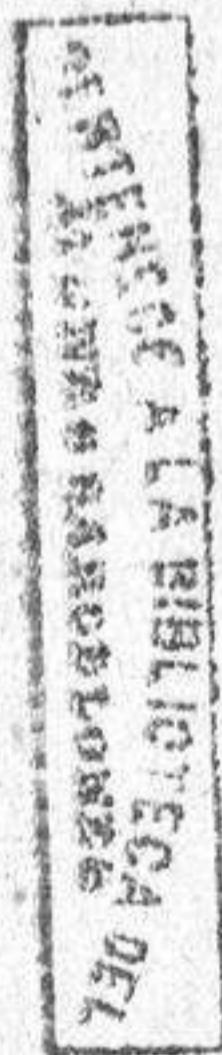
### I

ALVAR FÁÑEZ

No se agotó en los grandes ciclos que hoy conocemos la vitalidad de la epopeya castellana. Otros personajes y sucesos fueron cantados también, y aunque las *gestas* que los celebraban hayan perecido, todavía quedan bastantes rastros en la tradición histórica y en las memorias locales para que podamos afirmar resueltamente su existencia.

Entre los personajes épicos que compartieron la celebridad del Campeador y son inseparables de su gloria, ninguno alcanza la talla de su sobrino Alvar Fáñez Minaya, que ya en tiempo del emperador Alfonso VII era puesto por algunos en cotejo con el mismo Cid, de quien se decía que modestamente había confesado la superioridad de este su compañero de armas y primer lugarteniente. La opinión general, expresada por el autor del poema latino de la conquista de Almería (con ocasión de hablar de un Alvar Rodríguez, nieto de Alvar Fáñez), le concedía resueltamente el segundo lugar, pero dejando entrever que no le había faltado mucho para merecer el primero, como domador de las gentes ismaelíticas, expugnador de las más fuertes plazas y torres, la mejor lanza que brilló á los rayos del sol; tal, en suma, que, de haber vivido en tiempo de Roncesvalles, hubiera salvado de la rota y de la muerte á Roldán, á Oliveros y á todos los paladines francos:

Cognitus et omnibus est avus Alvarux, arx probitatis,  
 Nec minus hostibus extitit impiis urbs bonitatis.  
 Audio sic dici, quod est Alvarus ille Fanici;  
 Hismaelitarum gentes domuit, nec eorum  
 Oppida vel tures potuerunt stare fortes.  
 Fortia frangebatur; sic fortis ille premebat.  
 Tempore Roldani si tertius Alvarus esset  
 Post Oliverum, fateor sine crimine verum (1)  
 Sub juga Francorum fuerat gens Agarenorum,  
 Nec socii chari jacuissent morte perempti;  
 Nullaque sub coelo melior fuit hasta sereno.  
 Ipse Rodericus mio Cid semper vocatus,  
 De quo cantatur, quod ab hostibus haud superatus,  
 Qui domuit Mauros, Comites quoque domuit nostros,  
 Hunc extollebat, se laude minore ferebat;  
 Sed fateor virum, quod tollet nulla dierum,  
 Mio Cidi primus fuit, Alvarus atque secundus (2).



Con razón indica Dozy que las palabras *cognitus et omnibus est Alvarus* prueban que los hechos y gestas de Alvar Fáñez eran cantados, puesto que el pueblo no leía las crónicas latinas. Además, todo el pasaje tiene ambiente épico y parece tejido con reminiscencias de cantares, siendo de notar la mención de los héroes carolingios, y la decisiva frase *de quo cantatur* aplicada al Cid, por lo mismo que en ninguno de los poemas que hoy tenemos consta la calificación que se le atribuye respecto de Alvar Fáñez.

La historia real y positiva de este valeroso caballero, aunque conocida de un modo imperfecto por los documentos diplomáticos y por las crónicas, sin que haya ninguna que ofrezca relación seguida de sus hechos, justifica su popularidad, que no nació, como otras veces, de un injustificado capricho de los juglares, sino de grandes y heroicas hazañas, coronadas por una muerte trágica. La poesía popular, por lo menos la que ha llegado á nosotros, identificó demasiado su existencia con la del Cid: la historia le presenta obrando con

(1) Prefiero la corrección *verum* apuntada por Milá y otros al *rerum* del texto de Flórez.

(2) *España Sagrada*, t. XXI, pág. 405.

mucha más independencia y en distintos campos; pero es singular que en la primera fecha conocida de su vida aparezca ya asociado á uno de los actos más importantes de la juventud de Rodrigo. Alvar Fáñez fué en 1074 uno de los confirmantes de la *carta de arras* del Cid y doña Jimena, y precisamente por esta carta sabemos el parentesco que los ligaba. En 17 de Noviembre de 1076 figura también entre los confirmantes del *Fuero* de Sepúlveda, y en 1085, después de la conquista de Toledo, Alfonso VI le envía como embajador al rey Almotamid, de Sevilla. Cuando el destronado rey de Toledo, AlcaDIR, apoyado por los castellanos, se apoderó del reino de Valencia, Alvar Fáñez mandaba la hueste cristiana, que hizo abrir, con el terror de su nombre, las puertas de la ciudad, y se acantonó en Ruzafa, donde recibía diariamente seiscientos *dineros* de acostamiento, para satisfacer los cuales hubo de imponer Alcadir á sus nuevos súbditos un gran pecho ó tributo sobre la cebada, que le hizo odioso á ricos y pobres, á grandes y pequeños. Así y todo, fué imposible pagar puntualmente á Alvar Fáñez; y como al mismo tiempo se rebelase contra el de Valencia el gobernador de Xátiva, Aben Mansur (el *Abemacor* de la *Crónica general*), poniéndose bajo la protección de Mondhir, príncipe de Lérida, Denia y Tortosa, que había tomado á sueldo una tropa catalana, mandada por Gerardo Alamán, barón de Cervellón, no encontró Alcadir más medio de retener al campeón castellano, que darle «muy buenas heredades en que visquiesse». «E quando vieron los Moros que tal poder avía don Alvar Fáñez, yvanse para él quantos garzones é quantos malfechores havía en la villa. E tornose Valencia como en poder de Christianos: de guisa que fueron todos desesperados de mejorar en su hacienda, é pugnaban de irse de la villa quanto podien: e non preciaban las heredades nada, ca non estava ninguno seguro de su aver, nin de su cuerpo. Entonces fizo Alvar Fáñez una cavalgada á la tierra de Abenhuc, e embió sus algaras a parte de Burriana, e a otras partes: e fueron con él grandes compañías de moros

de aquellos malfechores que se le acogieron e de moros otros *almogavares*, e quebrantaron villas e castiellos: e aduxieron muchos ganados, e vacas, e ovejas, e yeguas, e mucha ropa, e otras cosas de aquellos logares que quebrantaban: e vendiéronlo todo en Valencia» (1).

Así refiere la *Crónica general* (trasunto en esta parte de un texto arábigo, como demostró Dozy) las correrías de los *daguáyir* ó partidarios que seguían en el reino de Valencia la bandera de Alvar Fáñez, feroces mercenarios, sin duda, gente allegadiza, renegada y salteadora, ni cristianos ni musulmanes.

De tales empresas, más lucrativas que honrosas, vino á sacar á Alvar Fáñez la terrible invasión de los almoravides, que le llevó á más nobles, aunque no siempre afortunados, campos de batalla. Cuando Yúsuf ben Texufin, enseñoreado ya de las tierras andaluzas, llegó á Badajoz en su carrera triunfal, Alfonso VI «envió por Alvar Fáñez á Valencia», según dice la *General*, y le tuvo á su lado en la sangrienta *arrancada* ó rota de Zalaca, en 23 de Octubre de 1086. El desastre de los cristianos fué espantoso; pero el rey D. Alonso «mantuvo la batalla fasta la noche, ca tan recio lidiava e tan de corazón, que moro ninguno non se le osava parar delante» (2). Con mala fortuna también, pero sin quiebra de su valor, lidió Alvar Fáñez contra los almoravides en Almodóvar del Río en 1092, y en 1099 cerca de Cuenca (3).

(1) *Crónica general*, texto de Ocampo (Valladolid, 1604), pág. 244. Cf. *Crónica del Cid*, ed. Huber, pág. 142.

(2) *Crónica general*, fol. 248 vto.

(3) Por fiarse en demasía del destartalado libro de Fr. Prudencio de Sandoval, *Cinco Reyes*, y del testimonio acaso fantástico de la *Crónica de Pedro de León*, en que continuamente se apoya, admitió Dozy de buen grado (*Recherches*, primera edición, pág. 595 y sigs.) una supuesta batalla de Salatrices, ganada en 1106 por los almoravides contra Alfonso VI, y en la cual hizo prodigios de valor el susodicho obispo de León, D. Pedro, juntamente con *Alvar Fáñez* y otros próceres. Me parece evidente que la tal batalla, de la cual no se encuentra mención en otra parte (dado que el texto árabe del *Kitabo'l iktifá*, citado por Dozy, se refiere á la rota de

En la grande invasión de Alí ben Yúsuf (1110), Alvar Fáñez se cubrió de gloria defendiendo á Toledo contra un ejército de cien mil hombres, que embistieron por Alcántara y San Servando, con formidable aparato de máquinas de guerra. Un mes duró el sitio, según el *Cartás*; ocho días los asaltos, rechazados siempre por los toledanos, que, haciendo por fin

Uclés, acaecida en 1108), no es otra que la batalla de Zalaca, con la cual conviene en todas sus circunstancias, puesto que fué dada en un lugar cerca de Badajoz «que dezien en arábigo *Sellaque* e en lenguaje castellano *Satalias*» (según la *Crónica general*), nombre que fácilmente pudo corromperse en *Salatrices*, y á ella asistió Alvar Fáñez, llamado por el rey, que estaba en el cerco de Zaragoza, y se combatió hasta la noche, y el ejército vencido se retiró á Coria. Todo esto que había pasado en *Satalias* en 1086, pasó punto por punto en *Salatrices* veinte años después, si hubiéramos de creer á Sandoval. ¿Cómo admitir tan inverosímil coincidencia, sin más autoridad que la de esa Crónica de Pedro de León, inútilmente buscada por tantos investigadores, y que acaso sea un mito bibliográfico? ¿Cómo prestar tampoco fe ciega á todo lo que Sandoval añade, y Dozy repite, sobre la cobardía de García Ordóñez y sus sobrinos los condes de Carrión en la batalla, y sobre las hazañas del mismo obispo Pedro de León, que salió de la lid con el roquete salpicado de sangre sobre las armas, y á quien el rey dirigió aquellas famosas palabras: «Gracias á Dios que los clérigos hacen lo que habían de hacer los caballeros, y los caballeros se han vuelto clérigos por los míos pecados»? ¿No será todo ello una torpe y tardía falsificación, que nadie ha de achacar, ciertamente, al respetable obispo de Pamplona (puesto que ya en tiempo de Pero Mexía andaba de mano en mano una Crónica de Alfonso VI atribuída á Pedro de León), pero que él aceptó con cándida buena fe, más disculpable en un compilador del siglo xvii que en un hipercrítico como Dozy? Me he detenido tanto en esta nota, para mostrar que Dozy, el cual tan fieramente maltrata á sus predecesores, tampoco deja de pagar algún tributo á la flaqueza humana, admitiendo hechos dudosos ó mal comprobados, como esta batalla de *Salatrices*, nacida probablemente de un error cronológico de Sandoval, autor muy benemérito de nuestra historia, pero que debe leerse con cautela. Dozy no la tuvo, y dió por buenas todas sus referencias á Pedro de León, intercalándolas como noticias fidedignas en su biografía del Cid. Un historiador tan crédulo como Sandoval, que en esta misma *Crónica de los cinco Reyes* acepta todas las patrañas de la *Historia de Avila* del Padre Ariz, no era para seguido á ciegas por un crítico como Dozy. Él mismo hubo de conocerlo, pero no confesó su error, limitándose á borrar en las ediciones sucesivas de las *Recherches* todo lo referente á Alvar Fáñez.



una vigorosa salida, derrotaron completamente á los almoravides, quemando todas sus máquinas é ingenios. Allí levantó el sitio, y después de una breve campaña en que se apoderó de Talavera y Madrid, pero fué rechazado de Guadalajara, abandonó definitivamente Castilla la Nueva, retirándose á Córdoba y embarcándose poco después para Ceuta.

Alvar Fáñez, más poderoso cada vez, tanto que un autor árabe le apellidaba *rey de los cristianos*, continuó su carrera de triunfos, apoderándose de Cuenca en 1111. Y aunque en la nueva invasión almoravide de 1113, dirigida por Mazdalí, fué desbaratado en una sorpresa nocturna, con pérdida de seiscientos caballeros, no por eso lograron los musulimes penetrar en Toledo, aun después de la muerte de su heroico gobernador, acaecida en 1114, y, desgraciadamente, no á manos de infieles, sino de cristianos. Sobre el modo y circunstancias de esta muerte hay gran obscuridad y divergencia en los autores. Dicen los *Anales Toledanos Primeros* que en la era 1152 los de Segovia, después de la Octava de Pascua mayor, mataron á Alvar Fáñez. Pero un cronista árabe, citado por Dozy, supone que murió en la guerra entre castellanos y aragoneses, defendiendo los derechos de Alfonso VII contra su padrastro el Batallador (1).

Tal nos parece, aunque imperfectamente conocido, el Alvar Fáñez histórico, que fué, en concepto de Dozy, el mayor capitán español durante el reinado de Alfonso VI y la minoridad de su nieto Alfonso VII. Ningún otro se encuentra mencionado con tanta frecuencia en las historias árabes, cuyos autores, al registrar su muerte, condenan su alma á las llamas eternas, mostrando en el mismo furor de sus imprecaciones el terror que les causaba.

Aun siendo muy grande la intervención de Alvar Fáñez

---

(1) Las principales referencias históricas concernientes á Alvar Fáñez se hallan recopiladas por Dozy en la primera edición de sus *Recherches* (no en las siguientes), págs. 444, 451, 467, 469, 478, 480, 590, 593-604.

en el *Poema del Cid* y en las crónicas de este héroe, no resulta proporcionada á su importancia histórica ni al rastro que, como veremos, ha dejado en las tradiciones no cantadas. Indudablemente el *strenuus dux Christianorum*, de la Crónica de Alfonso VII, el *príncipe de los Cristianos*, según frase del autor del *Cartás*, fué sacrificado en demasía por los juglares á la gloria del Campeador, haciéndole entrar en la órbita de su acción guerrera, acaso con poco fundamento, puesto que Alvar Fáñez tuvo la suya propia en campos muy diversos: fué el héroe popular de Castilla la Nueva, el conquistador de Cuenca, el grande adalid de la Alcarria, el defensor indomable de Toledo; y aun en el reino de Valencia, de cuyos destinos se hizo árbitro por algún tiempo, penetró años antes que el Cid. Un fenómeno de atracción, muchas veces observado en la poesía épica, hizo entrar el raudal menor en el mayor, borró lo que era propio y peculiar del héroe menos favorecido por la voz de las musas, y convirtió á Alvar Fáñez, aunque la historia no lo dijese, en el *diestro brazo* y la *fardida lanza* del Cid. Brilla, pues, en el *Poema*, con luz más reflejada que propia, pero todavía es el primero en la hueste del Cid, el primero por el esfuerzo de su brazo y por la prudencia de su consejo. Desde las primeras líneas del *Poema* se encuentra su nombre:

¡Albricia, Albarfanez, ca echados somos de tierra!

(V. 14.)

El es quien exhorta y consuela al Cid en los desfallecimientos de que no está libre la naturaleza más heroica. Oigámosle en la sublime despedida de Cardeña, que inevitablemente recuerda la de Héctor y Andrómaca:

La oracion fecha, la misa acabada la an,  
Salieron de la eglesia, ya quieren cavalgar,  
El Çid á doña Ximena yva la abraçar,  
Doña Ximena al Çid la mano'l va besar,  
Lorando de los oios, que non sabe que se far.  
E a las niñas tornó las acatar:

«Á Dios vos acomiendo, fijas et á la mujier et al padre spirital.  
 Agora nos partimos, Dios sabe el aiuntar».  
 Lorando de los oios, que non viestes atal,  
 Asis parten vnos dotros commo la uña de la carne.  
 Myo Çid con los sos vasallos pensó de cavalgar,  
 Á todos esperando la cabeça tornando va.  
 Á tan grand sabor fabló Minaya Albar-fanez;  
 «Çid, do son vuestros esfuerços? en buen hora nasquiestes de madre;  
 Aun todos estos duelos en gozo se tornarán,  
 Dios que nos dió las almas, conseio nos dará».

(V. 366-382.)

Su generoso desinterés iguala á su bondad. Después de la victoria sobre los moros de Castejón, renuncia en favor del rey el quinto del botín, que le ofrece el Campeador:

Saliolos reçibir con esta su mesnada,  
 Los braços abiertos reçibe a Minaya:  
 «Venides, Albarfanez, una fardida lanza!  
 .....  
 Dovos la quinta, si la quisierades, Minaya».  
 —«Mucho vos lo gradesco, Campeador contado,  
 Daquesta quinta parte que me avedes mandado,  
 Pagarse ia della Alfonso el Castellano...  
 A Dios lo prometo, a aquel que está en alto,  
 Fata que yo me pague sobre mio buen caballo  
 Lidiando con moros en el campo,  
 Que enpleye la lança e al espada meta mano,  
 E por el cobdo ayuso la sangre destelando,  
 Ante Ruy Diaz el lidiador contado,  
 Non prendré de vos quanto vale un dinero malo».

(V. 487-502.)

Cuando el Cid, cercado en Alcocer por gran muchedumbre de moros que quieren rendirle por hambre y sed, convoca á sus capitanes para deliberar si conviene romper el cerco arrancando contra el enemigo, la voz de Minaya es la primera y la única que suena en el consejo, y el Cid se conforma con su brioso parecer:

Primero fabló Minaya, un cavallero de prestar:  
 «De Castiella la gentil exidos somos acá,  
 Si con moros non lidiaremos no nos darán del pan.

Bien somos nos seycientos, algunos ay de mas,  
 En el nombre del Criador, que non pase por ál:  
 Vayamos los ferir en aquel dia de cras».  
 Dixo el Campeador: «a mi guisa fablastes».

(V. 672-677.)

Trábase la lid, y son de Alvar Fáñez los mejores golpes, salvo, por supuesto, los que descarga Rodrigo, el *bien barbado*, el de la *cofia fronzida* y el *almofar acuestas*:

A Minaya Albarfanez bien l'anda el cavallo,  
 Daquestos moros mató treynta e quatro:  
 Espada taiador, sangriento trae el braço,  
 Por el cobdo ayuso la sangre destellando.

(V. 778-781.)

Como el autor del *Poema* no se distingue sólo por la fuerza, sino por cierta delicadeza viril y profundamente humana, que es un prodigio en tiempos tan ásperos, comunica esta misma cualidad á sus héroes, y muy especialmente á Alvar Fáñez y á Félez Muñoz. Este aparece más candoroso y tierno en el encuentro del Robledal de Corpes, hasta *partirsele las telas de dentro del corazón*. Alvar Fáñez es más severo y duro, como cuadra á la mayor intensidad de su carácter épico; pero, ¡qué rasgos de noble y respetuosa cortesanía en sus relaciones con doña Ximena y sus hijas, á quienes acompaña desde Cardena á Valencia!

Minaya a doña Ximena e a su fijas que ha,  
 E a las otras dueñas que las sirven delant,  
 El bueno de Minaya pensolas de adobar  
 De los meiores guarnimientos que en Burgos pudo fallar,  
 Palafrés e mulas que non parescan mal.

(V. 1423-1429.)

El heroísmo de la amistad, el culto de los afectos domésticos, la inagotable generosidad de su alma, llevan á Alvar Fáñez hasta el punto de ocultar al Cid la cobardía de sus yernos en la lid contra el rey Búcar, para no atribular el alma de su amigo y caudillo con tan tristes nuevas; es más, les atribuye hazañas imaginarias:

E vuestros yernos aqui son ensayados,  
Fartos de lidiar con moros en el campo.

(V. 2460-61.)

Sería preciso transcribir la mayor parte del *Poema*, si hubiésemos de dar razón de todos los pasajes en que figura Alvar Fáñez, que es, no el Aquiles, pero sí el Diomedes de la Iliada castellana. Pero con ser tan importante este papel, ¿no hemos de creer que Alvar Fáñez fué, además, héroe de cantares épicos independientes de los del Cid? Resueltamente creo que tuvo su ciclo aparte, y que todavía quedan algunos vestigios de él. La *Crónica general* nos refiere con pormenores épicos, que indican la presencia de un cantar de gesta, cómo Alvar Fáñez fué enviado por el rey D. Sancho II de Castilla á desafiar en Santarem á su hermano D. García, rey de Galicia, y cómo se alabó en burlas de haber jugado las armas y el caballo, y cómo libró luego al rey de manos de seis caballeros de D. García que se habían apoderado de su persona. Esta hazaña se atribuyó después al Cid, y en la *General* se apuntan ambas versiones, lo cual prueba que desde el principio hubo confusión entre las aventuras de ambos caballeros, acabando la leyenda del Cid por absorber á la de Alvar Fáñez. Extractaremos este curioso relato, en que muy pocos han fijado la atención hasta ahora:

«El Rey don Sancho allegó entonces muy gran hueste de Castellanos, e de Leoneses, e de Asturianos, e de Navarros, e de Vizcaynos, e de Extremadanos, e ovo muchos caballeros Aragoneses para yr sobre su hermano el Rey don García: de si llamó a Alvar Fáñez, un cavallero muy bueno, que era sobrino del Cid Ruiz Diaz, e dixol assi: «yd e dezid a mi hermano el Rey don García que me dé toda Galizia, sinon que lo embio á desafiar. E Alvar Fáñez, como quier que le pesase por él yr con tales nuevas, ovo de facer mandamiento de su señor: E pues que fue antel Rey don García, dixol: «el Rey don Sancho vuestro hermano vos embia dezir que le dedes toda Galizia, e sinon que vos embia desafiar». Quando esto oyó el Rey

don García, pesól mucho de coraçon, e fue muy cuytado por ello, dixo: «Señor Iesu Christo, miémbresete el preyto e la jura que fezimos al Rey don Ferrando nuestro padre, que quien passasse su mandamiento, nin fuesse contra su hermano, que fuesse traydor por ello, e que oviese la ira de Dios e la suya: e malos mis peccados yo soy el primero que lo passé e tollí a mi hermana su heredamiento.» Desi llamó á Alvar Fañez e dixol: «yd e dezid a mi hermano don Sancho, que le ruego yo como hermano, que non quiera passar el mandamiento de su padre: e si lo non quisiere fazer, que yo defenderme he dél quanto podiere». E Alvar Fañez despidiose luego del Rey don García e fuese su via: e el Rey don García llamó entonces un cavallero Asturiano a quien dezien Ruy Ximenez, e mandole que fuesse á su hermano el Rey don Alfonso: e que le dixesse como lo avie desafiado su hermano el Rey don Sancho, e que quería tollerle su tierra, e que le rogava como a hermano que le passasse, e que le non dexasse passar por su reino: e el cavallero fuese para el Rey don Alfonso, e contól todo el fecho, asi como su señor le mandara: e el rey don Alfonso repusol assi: «yd e decid a mi hermano, que nin le ayudaré nin le estorvaré, e si se podiere defender que me plazerá»: e el cavallero tornose con esta respuesta al Rey don García, e dixol: «Señor conviene que vos amparedes lo mejor que vos podieredes, que non tenedes ayuda ninguna en vuestro hermano».

»El Rey don García era ome muy fuerte de coraçon, e quando oyó lo que su hermano le embió dezir, quiso sacar su hueste contra él: e avie un su consejero por quien se guiava e con quien departie todos sus fechos e sus poridades: e este era contrarioso contra todos los ricos omes de la tierra. Los ricos omes veyendo el grand daño que les venie por consejo de aquel ome, rogaron al Rey don García, e pidieronle merced que le quitasse de si, e el rey non lo quiso fazer: e quando ellos vieron el mal e el dano que por ellos venie, matarongelo delante: e el Rey don García fue muy sañudo e ovo ende gran pesar, e tovose por muy deshonorado porque gelo mataron assi, e fue

mucho irado contra ellos, e apremiolos muy afincadamente mas que non fazie ante: e amenazávalos que nunca averien su gracia nin su amor: e ellos veyendo las amenazas e las deshoras que les fazie, quitávanse quanto mas podien de su señor».

Refiere luego la rápida y triunfante invasión de D. Sancho en Galicia, y cómo D. García juntó, para resistirle, muy gran hueste en Villafranca (sin duda la del Vierzo) y desbarató la vanguardia del rey de Castilla, mandada por los condes de Lara, de Monzon y de Cabra. «E fue el torneo entre ellos muy grande, de guisa que morieron y bien trezientos cavalleros del rey don Sancho: e alli se yva compliendo lo que dixera Arias Gonzalo, que se matarien unos contra otros los hermanos, e parientes con parientes. Quando el rey don Sancho sopó el daño que avien preso los condes, cavalgó con quanto poder avie, e vino acorrerlos, mas el Rey don García quando los vio venir non se atrevió de esperarlos e fuese, e el rey don Sancho fue empues dél en alcance fasta en Portugal.

»El Rey don García dixo entonces a todos sus vasallos e a sus amigos assi: «Amigos, non avemos ya tierra a do fuyamos a mi hermano el Rey don Sancho, salgamos lidiar con ellos, ó los vençamos, o morramos y todos, ca mas vale morir que sufrir este estragamiento en nuestra tierra. De si apartó a los Portugaleses a su parte, e a los Gallegos a la suya, e dixoles: «Portugaleses amigos, vos sodes nobres cavalleros: e ha menester que todo el mal prez que avedes que lo quitedes, e que finque en vos el bueno, ca vos avedes muchos señores buenos entre vos, e fazedlo muy bien a vuestra honra, e si yo con bien saliere de aqui, yo faré en guisa que entendades que he a coraçon de fazer algo», e ellos dixeron que lo fazien de agrado, e que le ayudarien quanto pudiessen e que non fincarie por ellos: e tornose entonces a los Gallegos, e dixoles assi: «Amigos, vos sodes muy buenos cavalleros e leales, e nunca fallamos que por vos fuese señor desamparado en campo, métome en vuestras manos, ca sé que me consejaredes quanto mejor sopierdes, e que me ayudaredes otrosi lealmente: e ya vos

vedes como nos trae el Rey don Sancho acogidos, e yo non sé ál que fagamos, sinon lidiar con él, ó vencer ó morir: pero si vos ál entendedes, faré quanto me consejardes». Entonces le dixerón los Gallegos, que le ayudarien quanto pudiessen bien e lealmente, e que farien quanto él mandasse, e que aquello que les él dezie, que lo tienien por mejor. *Pero dize assi aqui el Arzobispo don Rodrigo*, que ovieron acuerdo de yr pedir ayuda a los moros, e que se fuesse el Rey don García con trezientos cavalleros, e que dixo a los moros que fiziessen hueste contra su hermano el Rey don Sancho, e que él les farie dar el reyno de Leon, e aun el suyo mismo. E los moros le dixerón assi: «Quando tu eras Rey e tenies la tierra en poder non podiste defender tu reyno, agora cómo lo daries a nos, pues que lo has perdido?» Pero con esto dieronle muchos dones e honraronle, desi embiaronle, e él vino para Portugal, e ganó muchos castiellos de los que avie perdidos, e muchos otros logares de los que tienien aun en su poder ganados los moros».

Hasta aquí el autor de la *Crónica* va interpolando, según su costumbre, los fragmentos del cantar en el breve capítulo del arzobispo D. Rodrigo, que para nada menciona á Alvar Fáñez ni al asturiano Ruy Ximénez, y habla sólo de la muerte del infiel consejero de D. García (1) y de la petición de auxilio rechazada por los agarenos. Tampoco hace mérito del combate de Villafranca, y de su texto parece inferirse que D. García perdió el reino en una sola batalla, la de Santarem, donde cayó prisionero de su hermano, que le encerró en el castillo de Luna (2). Todo lo que la *General* añade á estas secas noti-

(1) Habebat autem quendam vernulam causa familiaris secreti plus debito sibi carum, cuius delationibus contra milites et Barones aures credulos adhibebat, et licet saepius supplicassent ut a se praedictum vernulam removeret, discessum eius nullatenus voluit sustinere. Et ipsi reputantes dedecus et iacturam, quia eius delationibus laedebantur, delatorem in eius praesentia occiderunt. (*De rebus Hispaniae*, lib. VI, cap. XVII.)

(2) Cui occurrens Rex Sancius frater eius in loco qui Sancta Irenaea dicitur, ambo fraternas acies ordinarunt, et inito praelio victus Gartias, regno perduto, captivatur, et apud Lunam vinculis et custodiae mancipatur.



cias es de origen indudablemente poético, y nadie lo negará después de leído el trozo que sigue:

«Luego que el Rey don Sancho sopo que su hermano el Rey don García era venido de tierra de moros, fue contra él con gran hueste: e el Rey don García era entonces en Santarem, e el Rey don Sancho començó de comba tirle muy de rezio la villa, e los moradores salieron a ellos a barreras, e lidiaron toda una noche unos con otros que nunca quedaron. E otro dia de mañana salió el Rey don García al campo e paró sus hazes, e el Rey don Sancho las suyas, e ovo la delantera de la hueste del Rey don Sancho el conde don García; e el conde de Monçon yva en la costanera: e el conde don Nuño en la otra: e don Fruela de Asturias yva en la zaga con el Rey: e don Diego (¿Ordóñez?) llevaba la seña del Rey don Sancho. E venien assi los de la una parte como los de la otra muy avivados para lidiar. E el Rey don García estava esforçando los suyos e diziendoles: «Vassallos e amigos, vos vedes el gran tuerto que mi hermano el Rey don Sancho me faze en quererme toller la tierra que mi padre me dió, e ruego vos que vos pese e que me ayudedes, ca vos sabedes que desde yo fue Rey que quanto ove todo vos lo di e lo parti con vusco, aver e caballos e armas, e guardé vos para tal sazón como ésta». E ellos dixeron: «Señor, partistelo muy bien e fezistes con nos mucho dalgo, ser vos ha muy bien galardonado si nos pudiesemos». E estando ya las hazes partidas para lidiar una cerca de otra bien, el caballero que avemos dicho, que dicen *Alvar Fañez*, paróse antel Rey don Sancho, e dixol a grandes voces: «Señor, yo jugué el cavallo e las armas que tenie, e si la vuestra merced fuesse que me vos diessedes un cavallo e unas armas, yo vos serie oy en esta batalla tan bueno como seys cavalleros, e sinon que me tomedes por traydor». El conde don García dixo al Rey: «Señor, dad lo que uos pide». E el Rey don Sancho dixo que le plazie: e mandól luego dar cavallo e armas. Despues de esto començóse la batalla del un cabo e del otro, e morieron y muchos cavalleros e mucha de la otra

gente de ambas las partes: e morió y de la parte del rey un cavallero muypreciado que avie nombre don Gonçalo Siñid: pero al cabo fueron mal trechos los castellanos, e fue ferido el conde don Nuño e preso el conde don García, e derribado del cavallo el Rey don Sancho, e prisol su hermano el Rey don García, e diol a guardar a seis cavalleros: e fue en ello de mal acuerdo, e como de mala ventura: e fue en alcance de los que fuyen: e el Rey don Sancho dixo aquellos seys cavalleros: «Varones, dexadme yr e saldré de todo vuestro Reyno, que nunca jamas vos faré mal nin daño ninguno, e partiré con vosco quanto oviere»; e ellos dixeronle que non lo farien por ninguna cosa, mas que lo ternien guardado sin otro mal ninguno que le fiziessen fasta que viniessen el Rey don García. E ellos estando en esto llegó *Alvar Fañez*, el cavallero a quien el Rey diera el cavallo e las armas entrante la batalla, e dió voces contra aquellos cavalleros, e dixoles: «Dexad, traydores, al Rey don Sancho». Esto diziendo, fue ferir en ellos muy de rezio, e derribó luego los dos dellos e venció los otros e ganó los cavallos de aquellos dos cavalleros: e el uno dió al Rey don Sancho; e el otro retovo para si: *pero dize en otro lugar la estoria, quel Cid fue este que librara*: e fuesse con su señor a una mata do estavase pieça de sus cavalleros; e comenzó a dezir a sus cavalleros a muy grandes voces: «ahé vos aqui el Rey don Sancho vuestro señor, e venga se vos en miente del buen prez que Castellanos ovistes siempre e non lo querades perder». E dexi allegaronse alli bien quatrocientos cavalleros al Rey don Sancho de aquellos que yvan vencidos: e ellos estando alli vieron al Cid venir con trezientos cavalleros, ca non se acertava en la primera batalla, *e nos avemos aqui a dezir la una razon e la otra en este fecho, pues que la estoria lo departe assi*. E el rey don Sancho quando sopo que era Ruydiaz el mio Cid, plogol mucho con él, e dixo: «Agora descendamos al llano, ca pues quel Cid es venido creed que vencer los hemos», e fue a él, e recibiol muy bien, e dixol: «Bien seades venido, mio Cid el bienaventurado, ca nunca

vassallo acorrió a señor a meior sazon que vos agora a mí». E dixol el Cid: «Bien creed, señor, que vos cobraredes e venceredes el campo, o yo morré». E ellos fablando en esto, llegó el Rey don García del alcance en que era ydo, e venie muy alegre cantando, departiendo en como avie vencido al Rey don Sancho su hermano, e quél tenie presso. E él veniendo assi llegó mandado de como era el Rey don Sancho suelto, e que lo tollerán por fuerça a aquellos seys cavalleros a quien lo diera en guarda, e que querie lidiar con él otra vez. Quando esto oyó el Rey don García, pessól muy de coraçon, mas non pudo y ál fazer. Dexi començose la batalla muy mas fuerte que la primera vez, e lidiavan muy de recio de la una parte e de la otra, mas al cabo desampararon los portogaleses al Rey don García e fugieron: e mataron al Infante don Pedro, que era amo del Rey don García, e trezientos cavalleros con él. E priso Ruydiaz mio Cid al Rey don García, e diol al su señor el Rey don Sancho: e el Rey mandól echar en fierros, e llevo a Luna, un castiello muy fuerte, e alli fue en aquella prission e en aquellos fierros diez e nueve dias» (1).

El cuadro no puede ser más épico. La viveza del relato, la frecuencia del diálogo, el detalle de los nombres propios y de las peripecias del combate, la nota cómica del juego en que había perdido Alvar Fáñez las armas y el caballo, todo, en suma, hasta los vestigios de asonancias, indican que este largo pasaje es fragmento *prosificado* de algún *cantar de gesta*, enlazado acaso con el de la partición de los reinos ó con el del cerco de Zamora. No puedo cotejar en este momento el texto primitivo de la *General*, porque el códice del siglo décimo-cuarto, que yo poseo, no alcanza más que hasta el reinado de D. Fernando el Magno; ignoro, por tanto, si en aquel texto se encuentra, como en el de Ocampo, la distinción entre las dos versiones que atribuían una misma hazaña á Alvar Fáñez y al Cid; pero no dudo que la primera es la más antigua, no

(1) *Crónica general*, 4.<sup>a</sup> parte, fols. 207 á 210.

sólo porque se ajusta mejor á los antecedentes de la narración, en que el Cid no figura hasta entonces para nada, sino porque la estrella épica de Alvar Fáñez fué palideciendo á medida que la del Cid se levantaba sobre el horizonte. Pero se ha de notar que en la Crónica del héroe burgalés, sacada como es notorio de una de las refundiciones de la *General*, aparecen las dos variantes fundidas ya y no meramente yuxtapuestas, repartiéndose equitativamente el lauro entre Alvar Fáñez y el Cid, y atribuyendo al primero palabras que la *General* impresa pone en boca del segundo (1).

Otras anécdotas se contaron de Alvar Fáñez, y es memorable entre ellas por su carácter doméstico y su tendencia doctrinal el *enxemplo* 27º de *El Conde Lucanor*, donde narra con tanta gracia D. Juan Manuel la discreta elección que aquel caballero hizo de la menor de las hijas del conde D. Pedro An-súrez para casarse con ella, después de haber probado ingeniosamente el carácter y entendimiento de las tres; y cómo doña Vascuñana, que tal era el nombre de su mujer, fué dechado de perfectas casadas, sumisas al parecer y voluntad de su marido, hasta el punto de aceptar de buen grado, y hacer creer á los demás, cuanto á Alvar Fáñez se le ocurría en burlas, ora que las vacas eran yeguas, ora que las aguas del río corrían al revés. Este cuento, como todos los de su género, tendrá ori-

(1) E ellos, estando en esto, llegó don Alvar Fáñez Minaya á quien el Rey diera el cavallo e las armas entrando la batalla. E dixo contra aquellos cavalleros á grandes voces: «¡Dexad mio señor!» e diciendo esto fuélos ferir muy bravamente, e derribó los dos dellos, e venció los otros: e ganó los dos cavallos, e dió el uno al Rey, e tomó el otro para si, e fuesse con su señor a una mata do estava pieça de unos cavalleros, e dixo: «Ahe vos aqui nuestro señor, el Rey don Sancho, e vengavos en mente el buen prez que los Castellanos ovistes siempre, e non lo querades perder oy en este día!» de si allegaronse bien quatrocientos cavalleros de los que yvan vencidos. E ellos estando en esto, vieron venir al Cid Ruydiaz, con trezientos cavalleros, e conosciéron la su seña verde: ca non llegó él a la primera batalla. E el rey don Sancho quando sopó que era el Cid, plógole mucho con él, e dixo: «¡Agora descendamos nos al llano, pues viene el de buena ventura!» (*Crónica del Cid*, ed. Huber, pág. 52.)

genes más ó menos remotos (1), y se habrá atribuído á otros personajes antes que al yerno del conde Ansúrez; pero el carácter burlador y humorístico que se le presta parece una nota tradicional que concuerda con la anécdota de Santarem.

Pero todavía más que las referencias escritas, que al cabo son pocas y dispersas, nos convencen de la popularidad de Alvar Fáñez los rastros que ha dejado en la tradición oral de Castilla la Nueva, principal teatro de sus empresas. Si por las escrituras sabemos que fué alcaide en Toledo y Peñafiel y señor de Zorita y Santaver; si los *Anales Toledanos* le atribuyen la primera conquista de Cuenca, que muy pronto volvió á caer en poder de los infieles, otras proezas suyas, que acaso fueron cantadas, no constan en los libros, sino en la viva voz del pueblo y en el archivo incorruptible de la nomenclatura geográfica. Oigamos sobre esto al Sr. D. Juan Catalina García, docto y elegante ilustrador de las antigüedades de la Alcarria (2):

---

(1) En el cap. VI del libro indio de *Calila é Dymna*, mandado traducir del árabe por Alfonso el Sabio siendo infante, se halla un apólogo que tiene remota semejanza con éste:

« *Del religioso á quien robaron el gamo.* »

» Dicen que un religioso compró un gamo para facer sacrificio con él, é levándolo en pos de sí, con una cuerda, viéronle tres homes engañosos, é consejáronse cómo lo engañasen. E fuéronse al camino por do él había de ir, é paróse el uno delante dél, é díxole: « ¡Oh tú, religioso! ¿qué can es este que traes contigo? ¿Quiéreslo vender? » Et el ome bueno non respondió. Et atravesó el otro que le dixo: « Bien ves que este, aunque trae hábito de religioso, que non es assi, pues trae can detrás ». Et despues encontróse con el otro que le dixo: « ¿Quieres vender ese tu can, ca nunca tan hermoso can vi? » Et quando el religioso oyó aquello que todos le decían, non dudó sinon que era can, et dixo en su corazon: « Por aventura aquel que me le vendió me encantó ó me engañó ». Et entonces soltó el gamo, e tomáronsele los engañadores, degolláronlo, e comiéronlo ». (Ed. de Gayangos, pág. 50.)

Lo que hicieron los burladores por engañar al religioso budista, lo hizo Alvar Fáñez para probar á doña Vascañana.

(2) *La Alcarria en los dos primeros siglos de su reconquista.* (Discurso de recepción leído ante la Real Academia de la Historia en 27 de Mayo de 1894.)

«Las tradiciones alcarreñas han conservado el recuerdo de este valeroso capitán. La más importante es la de que ganó á Guadalajara... Cincuenta y nueve años después de muerto Alvar Fáñez, Alfonso VIII hizo graciosa donación á D. Cerebruno, arzobispo de Toledo, de un baño en aquella ciudad, situado «circa portam de Albaro Fanez», nombre que hasta hoy conserva aquella entrada, y que acaso recibió en vida del caudillo, y por alguna circunstancia muy relacionada con él, como pudo ser la conquista (1). Causa extrañeza que de este importante suceso no se conserve testimonio coetáneo...

»Mas cualquiera que sea la opinión sobre esto, importa ahora decir que en los siglos pasados no estaba perdida en la Alcarria la memoria de Alvar Fáñez y sus gloriosas conquistas. Las célebres relaciones que por orden de Felipe II dieron muchos pueblos de España en el último tercio del gran siglo, han conservado aquellos recuerdos con menguada fidelidad, porque la tradición siempre tiene contornos vagos é indecisos. La relación de Guadalajara, aunque mezclando el dato con los nombres fabulosos del moro Bramante, del rey Galafre y del infante Carlos de Francia, atribuye la reconquista de la ciudad á Alvar Fáñez Minaya, cuya imagen, añade, constituye el principal blasón de nuestro escudo. Las de Hueva, Horche, Tendilla, Mondéjar, Fuentelaencina, Moratilla y Romanones se dan la misma gloria, sazonzando algunas su relato con circunstancias y pormenores curiosos. Todavía se señalan sitios que tuvieron el nombre del conquistador afortunado, como el cerro de *Alvaráñez*, entre Romanones, Tendilla y Armuña, lugar donde quedan vestigios de fortaleza y donde se encontraban antes armas y utensilios (2). En Alcocer existe una

---

(1) *Liber privilegiorum* de la iglesia toledana (Archivo Histórico Nacional), fol. 45. Dada en Madrid en 3 de Abril de 1173 (nota del Sr. Catalina García, lo mismo que las tres siguientes).

(2) Relación de la villa de Romanones, según la que se hallaban en dicho sitio muchas armas de guerra «como azadones de moriscos y hierros de lanza y otras cosas». Francisco de Torres, en su inédita *Historia de*

puerta llamada de Alvar Fáñez, y más allá, en tierra conquesa, permanece una villa de su nombre y la creencia de que en Uclés y en el siglo xvi se halló el sepulcro del guerrero (1). Tan firmes son estas tradiciones en la Alcarria, que en el siglo último un historiador local, docto y no mal crítico, el mercenario Fr. Juan de Talamanco, se atrevió á consignar en su *Historia de Horche* el día exacto en que Alvar Fáñez, saliendo de las sombras y alumbrado por la estrella de su fortuna, se apoderó por sorpresa de aquel pueblo y después, por escalada, de Guadalajara. No es extraño, pues, que los alcarreños guarden la memoria del valeroso castellano».

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

---

*Guadalajara*, asegura que entre Armuña y Romanones hay un alto cerro y en su cumbre una piedra á manera de pesebre, siendo opinión común que sirvió de tal al caballo de *Alvar Fáñez*, cuyo nombre lleva el cerro.

(1) La relación de Uclés en 1575 dice, refiriéndose al convento: «Hay un arco de piedra blanca, que es aguamanil de Religiosos, y cuando se descubrió, estaba en él enterrado un hombre, dispuesto con dos espadas, una en cada lado, que parecía enterramiento antiguo y principal. Era este cuerpo de *Alvar Fáñez*, que fué muy gran guerrero. Tiene la una espada de estas el conde de Chinchón, que la compró de un cuñado del comendador Torremocha: es muy buena, costóle cien reales». La relación no dice cuándo se hizo el hallazgo ni en qué se fundó el dicho de que el cadáver era el de Alvar Fáñez. Más autoridad, aunque todavía necesita comprobación, tiene el parecer de que fué enterrado en Cardena.

# LECTURAS AMERICANAS

---

**REVISTAS:** *Revista Positiva*.—La sociología abstracta y su aplicación á algunos problemas fundamentales de Méjico.—La teoría organicista.—La población que trabaja y la que no trabaja.—La escuela y el taller.—El indio americano.—Cómo civilizarlo.—*España*.—La regeneración española y el pesimismo.—Opinión de Zulueta.—Maestros españoles.—Aguado, Salmerón, Giner de los Ríos y González Garbín.—*Archivos de Psiquiatría y Criminología*.—Los caudillos criminales en Sud-América.—João Francisco.—El Terror en Río Grande.—*Revista del Foro*.—D. Nicolás Azcárate.—*La Instrucción Primaria*.—La enseñanza mercantil en Cuba desde 1835.—Memento bibliográfico: Libros recibidos.

La *Revista Positiva* (de Méjico) publica, en su número 33 (13 de Agosto último), un interesante artículo de D. Carlos Pereyra, sobre *La sociología abstracta y su aplicación á algunos problemas fundamentales de Méjico*, en el cual comenta el opúsculo del licenciado D. Jenaro Raigosa, titulado *La población*.

El Sr. Raigosa es *organicista*, y tiene en sus doctrinas una plena confianza científica.

«De las cincuenta y cinco páginas de que consta su folleto, las primeras veintiséis, ó sea algo más de la mitad de la obra, están consagradas á la exposición elocuente de las derrotas sufridas en las últimas décadas del siglo XIX por los sistemas de explicación de los problemas sociales fundados en «la intuición personal, en las inspiraciones emocionales y en las doctrinas autoritarias», que forman la gran masa de superstición del pasado, y á fundar la teoría madre del organismo so-



cial en los maravillosos resultados de la embriología, que «sorprendiendo el rhizoma humano, la amiba unicelular en su primer contacto con el ovo materno, nos hace pasar en revista fotográfica, como en cinematógrafo, toda la historia de las transformaciones sucesivas de la especie, desde el protoplasma original hasta el hombre completo, compendiando los millares de siglos del desenvolvimiento de la raza en los doscientos setenta días de la vida claustral.»

El Sr. Pereyra hace notar que, á pesar de todo, Raigosa tiene cierta desconfianza en punto á los resultados actuales de la sociología, fundándose en «la fluidez del terreno en que se construye... debido á la fecha reciente de los sedimentos depositados sobre la antigua cuenca, apenas evacuada, y no del todo, por el mar de preocupaciones que la impregnó durante siglos»; y Pereyra pregunta si realmente procede la fluidez de esa causa ó de «deficiencias de los datos aportados por la ciencia positiva». Se puede creer en la sociología, amarla y tener juntamente prudentísimas reservas en punto á sus afirmaciones actuales, ó á parte de ellas. Pereyra cree que «el primer acto de independencia de la sociología en la última faz de su rápida integración, ha sido, al mismo tiempo que protestar contra aquella servidumbre en que vivió algunos años bajo la ruda y exclusiva disciplina fisiológica, afirmar que la sociedad, objeto de sus investigaciones, no es un organismo, sino un super-organismo, un todo dotado de vida, sujeto á leyes de un desarrollo interno, como los organismos, pero no á las mismas leyes; pues de ser así, faltaría el elemento propio de una ciencia especial autónoma, y tendría que reconocerse innecesaria en la enciclopedia científica. Alguien, y alguien cuya importancia no puede rebajarse, dice: «La sociología, ó será organicista ó no será»; agregando que los «fenómenos sociales son una mera prolongación de los fenómenos biológicos, sin solución de continuidad».

Pero hay varios modos de entender la palabra organicismo y de aplicarla en sociología. Pereyra se esfuerza en pro-

bar que el organicismo de Raigosa no es hijo del concepto general que hace del organismo «una idea aplicable á todos los órdenes de la realidad objetiva y subjetiva», sino que en él es una idea «exclusiva, intolerantemente biológica». Y añade por su parte:

«En el primer sentido, sí puede afirmarse que la sociología ó es organicista ó no tiene existencia; en el segundo, no puede negarse que hay un principio de contradicción y de esterilidad. Organismo es la ciencia, y no corresponde esa idea á un concepto inferido por rigurosa analogía de hechos biológicos; organismo es la sociedad, como la define el norteamericano Vincent, esto es, como «un gran organismo psíquico.» Si, por una parte, una de las tendencias más visibles de la sociología la lleva á afirmar la independencia de que se habla arriba, no es menos característica de la actividad mental contemporánea otra tendencia que hace de la ciencia social una interpretación subjetiva, y no sólo objetiva, de los fenómenos á cuyo estudio se consagra. De esta suerte, á la vez que se diferencia la sociología, tanto de la biología como de la psicología, busca en ésta también, y no sólo en aquélla, los fundamentos de su existencia autónoma».

El autor desarrolla esta idea con el apoyo de numerosas citas que prueban su erudición sociológica; pero no vamos á seguirle en esta cuestión general, prefiriendo acudir desde luego á la parte de su artículo que directamente se refiere á Méjico.

Según los datos que Raigosa expone en diferentes cuadros, la población de Méjico, que es de 12.491.573 habitantes, cuenta sólo con 3.883.684 dedicados á industrias, comercio y agricultura; y uniendo á éstos los empleados públicos, los criados, los estudiantes y los ocupados en el ramo de diversiones públicas, resulta un total de 5.506.229 personas que *trabajan*, frente á 6.985.344 que *no trabajan*. De estos seis millones y pico, rebaja los niños de cero á ocho años (3.177.741), los incapacitados (inválidos y mayores de sesenta años, 426.914) y

los que, si bien no trabajan, «tienen ocupación preparatoria para trabajar», ó sea los niños de nueve á catorce años que asisten á la escuela (604.513). Haciendo estas rebajas, quedan 2.776.176 personas «adultas con capacidad para trabajar y que no tienen ocupación». Es de notar que estas cifras han sido impugnadas ya por el ingeniero de minas D. Leopoldo Salazar S., en razón á que Raigosa no computa más que los vecinos y no los transeuntes, y á que los agrupa arbitrariamente por ocupaciones. Pero volvamos á la tesis de Raigosa, quien deduce de sus cifras que «ó el censo es un gran error, ó las condiciones vitales del país son anormales». Él se inclina á creer que lo cierto es lo segundo.

«En efecto—dice,—á pesar de las deducciones hechas en el cuadro último á la enorme cifra de personas no ocupadas, es notorio que tales deducciones (las de inválidos, menores de ocho años, etc.) *son simplemente explicativas del hecho de no trabajar* por razón de edad ó de incapacidad; pero no alteran el hecho mismo de que en un país de doce millones y medio de habitantes, cinco y medio millones trabajen para vivir y siete millones vivan sin trabajar. Lo normal parece ser, y es en efecto, que exceptuando los niños de cero á diez años cumplidos y los inválidos, el resto de la población adulta apareciera inscrita en los registros del trabajo. Así, deberíamos tener 8.207.000 personas ocupadas, contra 4.284.000 exentas; en vez de solamente 5.506.000 elementos activos, contra 4.209.000 inhábiles y 2.776.000 ociosos ó vagabundos. Luego las condiciones del país, bajo este punto de vista, son anormales.»

Contesta á ello Pereyra que no ve por qué se han de exceptuar precisamente hasta los diez años, ni cómo es posible llamar adultos á los menores de catorce; aparte de que creer que el período escolar acaba á los diez años es oponerse á la mayoría de los publicistas, para quienes «una nación es más vigorosa, más feliz, más rica, cuando la población infantil retarda su ingreso al taller y su salida de la escuela». El autor apoya esta razonable opinión en consideraciones que creemos

muy útil reproducir, dado el afán que en España tienen los padres de que los hijos abandonen la escuela pronto.

«El período de la vida humana comprendido entre el nacimiento y el momento de la emancipación económica, en que el individuo adquiere la facultad de auto-sustentación, se va alargando á medida que la sociedad se perfecciona y que aumenta la herencia moral é intelectual de las generaciones nuevas. Cuando el niño entra desde temprano á desempeñar las funciones absorbentes que le impone la necesidad de conservarse por sí mismo, pierde la sociedad las fuerzas plásticas de la aurora mental, gracias á las cuales reciben con fruto sus miembros aquella herencia, que es cada día más rica y compleja. Así, pues, lo que se gana en resultados materiales á la corta, se pierde á la larga en civilización. El profesor M. V. O'Shea, de la Universidad de Wisconsin, que trata este asunto de una manera satisfactoria, lo resume en las siguientes líneas: «Cuando el espíritu y el cuerpo se organizan para dar cumplimiento á los fines requeridos para la conservación de la propia existencia, las energías de todo el sér tienden á auxiliar esas actividades, dificultándose excesivamente la adquisición de modos de acción diferentes y más altos. El individuo puede adquirir la aptitud necesaria para desempeñar estas labores sencillas, pero pierde los medios para aspirar á una condición mejor y á una situación más complicada. El pilluelo del arroyo, de vida tan simple cuanto precaria, aprende las artes de que se sustenta no bien deja las andaderas, pero no puede elevarse. Mientras que el alumno de la escuela tiene un gran porvenir, aquel desdichado pronto se detiene en su marcha progresiva, porque las condiciones le obligan á resolver prematuramente los problemas prácticos de la vida, y pasa su corta existencia recorriendo el círculo de ideas, sentimientos y voliciones apropiados á su medio más ó menos primitivo. Si durante los próximos veinticinco años todos los niños de América recibieran la preparación de los beduínos de Clark Street, de Chicago, nuestra civilización retrogradaría á una semibar-

barie. Quiero fijar el principio de que la estabilidad y el avance constante de la raza requiere un continuo aumento de la edad plástica, de suerte que cada nueva generación pueda asimilarse los resultados de las anteriores. Hemos superado al indio en el desarrollo de la cultura, porque los niños guardan la condición adquisitiva durante un período mayor, y porque nuestras costumbres y leyes son afortunadamente propicias á la protección de los elementos sociales inmaturos». Pero hay algo más elocuente que la voz de la ciencia, y es el grito de todo corazón humanitario contra la voracidad del industrialismo, que se traga no sólo las facultades adquisitivas, sino las ya mermadas fuerzas fisiológicas de los infelices vástagos que las clases laboriosas arrojan á las fábricas y talleres, en donde envejecen antes de la pubertad, degenerados de cuerpo y alma por la más abyecta de las esclavitudes. ¿Qué más? Aun los mismos jefes de ciertas industrias comienzan á ver claro, y, si no por humanidad por egoísmo, han llegado á la conclusión que traduzco del artículo «Southern-Mill Communities», publicado en el *American Journal of Sociology*, de Marzo de este año: «La delicadísima maquinaria, movida á gran velocidad, demanda más inteligencia é intensidad de atención para llegar á los mejores resultados que lo que puede dar de sí la niñez descuidada y sin instrucción. La pérdida directa que procede de esta causa, importa una gran suma anualmente, lo que se puede apreciar mejor á medida que el trabajo adulto de una región es más hábil y satisfactorio, y no faltan jefes de industria textil, suficientemente capaces para comprender que esa pérdida, bien examinada, no se compensa con la economía de salario que se realiza empleando á niños».

Introduciendo las modificaciones que la opinión de Pereyra trae consigo, en las cifras de Raigosa, resultaría que de la población que no trabaja (en el sentido del trabajo *no escolar*), habría que deducir en realidad 5.269.078 habitantes, lo cual reduciría á 1.716.266 el número de personas adultas «con capacidad de trabajo y que no tienen ocupación». Todavía cree

Pereyra que ese 1.716.266 puede rebajarse, por figurar en él individuos no adultos, ó mujeres de las que ordinariamente, en todos los países, no trabajan en aquel sentido, pero sí en otros sumamente necesarios en la vida familiar y social.

« Pero el hecho de trabajar — añade Pereyra — por sí solo nada significa, y con razón procura el Sr. Raigosa investigar la aplicación que dan á sus actividades los elementos laboriosos del país. Y en esta investigación no deben entrar sólo consideraciones sobre la agrupación de las cifras en ciertas categorías, correspondientes á funciones económicas y sociales, sino, como ya se ha dicho, sobre la eficacia del trabajo desempeñado. Si un millón de operarios produce bajo ciertas condiciones lo que en otras pueden hacer cien mil, ó si bajo las mismas condiciones hay operarios tres ó cuatro veces más capaces que otros, la cifra en que conste el número de individuos activos de una sociedad no puede revelar por sí sola una realidad profunda de los hechos estudiados. El Sr. Raigosa, acaso por no ser ése el objeto de su estudio, deja á un lado la productividad del trabajo, y concentra su atención en la agrupación de los elementos activos.»

Pereyra impugna también la cifra de los dedicados á labores domésticas (criados) que presenta Raigosa. Éste, en efecto, llega á considerar que son elementos *activos* del país las personas ocupadas en las diversiones públicas (acróbatas, toreros, taberneros, destiladores de alcohol, coheteros, etc.), y que, en cambio, son parasitarios las cocineras, lavanderas, etc. Rectificaciones análogas hace en punto á los mineros, trabajadores del campo y otros que no están considerados por Raigosa en el lugar que les corresponde como elementos activos y útiles. « Si no es — dice — población útil la de los peones de campo — y más que útil, necesaria para el sostenimiento de la vida social, ya que no para su adelanto, el que, por otra parte, no impide como un obstáculo, — si es una carga, ¿por qué se le paga un salario, por qué no se la expulsa de la tierra que cultiva, por qué cuando pasa la frontera del Norte decuplica su jornal?

»Si un cataclismo, si una epidemia como las que aniquilaron á la raza indígena cuando entró en contacto con el mundo europeo, hiciera desaparecer mañana á los dos millones y medio de peones de campo que, como un grillete, embarazan la marcha de la nación, ¿en dónde están los sajones, teutones, lombardos, negros ó latinos, que vendrían por 18 ó 50 centavos de jornal medio á trabajar los campos de Méjico? Quien crea que suprimiendo al indígena vendría el europeo, se engaña. Hay un error estereotipado en los espíritus, y es el de creer que la inmigración no acude á nuestras costas ni pasa nuestras fronteras por el bajo salario, y que el salario se mantiene bajo porque los brazos del peón mejicano son débilmente productores. El jornal es bajo, y no pasa de ciertos límites aun en lugares del país y en ciertas épocas del año en que la demanda de brazos es excesiva, porque el trabajo es poco productivo; y el trabajo es poco productivo, no por las condiciones del operario, sino por las condiciones de explotación, esto es, por la calidad de las tierras y los procedimientos de cultivo, inferiores una y otros á los de países cuyos salarios son más elevados.»

Cita luego Pereyra el siguiente párrafo de Raigosa:

«Si pasamos rápida revista á nuestra situación presente, veremos que la Banca, el alto comercio, la gran industria, las vías férreas, las mejoras, la propiedad territorial más productiva, el crédito público federal y local... todo lo que significa movimiento y vida, todo lo que acusa prosperidad y crecimiento, en su mayoría, en su inmensa mayoría, no pertenece á mejicanos; no pertenece á elementos activos que se funden en la masa nacional naturalizándose, desleyéndose, incorporándose á ella en totalidad, sino á elementos activos colocados encima, como estratificaciones distintamente individuales; á elementos del género parasitario y frecuentemente transitorio que explotan la vena mientras produce...»

Y lo comenta diciendo: «El problema es serio, apremiante; pero creo que, si ha de resolverse, necesario será despojarlo

de ese ropaje analógico que lo enreda, complicándolo con cuestiones extrañas. No comprendo qué servicio pueden prestar al sociólogo ó estadista esos *elementos parasitarios* que son á la vez *células activas* de un organismo. En descifrar estos enigmas fisiológico-sociales, y en conciliar términos inconciliables acaso, se pierde el tiempo que debería consagrarse á la resolución del problema mismo».

El autor termina declarando que sus objeciones no significan que él tenga á Méjico por un edén, ni que rechace todas las notas pesimistas de Raigosa. Lo único que no acepta son sus procedimientos y sus prejuicios.

Relación íntima con el asunto que acabamos de examinar tiene la conferencia sobre *El indio*, dada por H. Prowe en *La Juventud Médica*, de Guatemala, y que publica *Revista Positiva* en su número 34.

«El indio — dice el autor — parece á primera vista muy independiente, y realmente lo es hacia nuestra civilización, que él no necesita y desprecia — á menudo con razón. — Pero el indio no sabe ser individuo. Toda su historia y su modo de ser de hoy demuestran un instinto social fuerte. El indio quiere vivir, viajar y trabajar en compañía, no tiene previsión y necesita de un superior que piense por él y le impida derrochar lo suyo en un día. Posee en alto grado la virtud social de obedecer á este superior, si le inspira confianza. Además, la «costumbre» es aceptada como una cosa sagrada, sin reserva ni crítica, por el mismo que, en alto grado práctico, no es cautivado por frases altisonantes é innovaciones; las ve con desconfianza escéptica y les opone su resistencia pasiva.

»Si el progreso se entiende como la realización de los ideales jacobinos, libertad individual limitada é instrucción á la fuerza, los indios, realmente, son una rémora del progreso; pero si creemos, con Taine y otros sabios, que la enseñanza no ha de ser obligatoria, sino simplemente ha de estar al alcance



de todos, y que la cultura se debe casi siempre á una casta superior que domina y explota á todos aquellos desinclinados al trabajo intelectual, entonces veremos á los indios más iguales á la clase baja de otros países. Sólo que en otra parte el proletario enérgico é inteligente puede salir de su casta, y aquí, en Guatemala, no. Todavía, á pesar de tantos mestizos, la raza india, subyugada y esclavizada, se mantiene apartada con cierto odio contra la clase dominante. La ley según la cual son ciudadanos con derechos, no llega á sus oídos, ó los encuentra en una defensiva suspicaz. Los pocos esfuerzos hechos en pro de los proyectos de «civilización», como por ejemplo, aquel del libro erudito que escribió el licenciado A. Batters Jáuregui á este respecto, tienden á quitarles sus idiomas, trajes y costumbres particulares. Los han conservado durante siglos; han deshecho el plan que, como el doctor Sapper supone, tenía Cortés, de hacer de la lengua azteca el idioma universal; ni los nombres aztecas oficiales de lugares grandes y ríos que quedaron desde entonces, los han aceptado. A los tlascaltecas traídos por la conquista, les han impuesto su idioma quiché. Cada tentativa de nivelar la población india y ladina me parece infructuosa. Al contrario, las particularidades indias son casi todas dignas de conservarse, por estar conforme á sus necesidades.»

Dos caminos hay, á juicio de Ponce, para comunicar á los indios los ideales é intereses de los blancos: el cruzamiento de razas y la reconstitución, entre ellos, de la clase, nunca del todo extinguida, de los «principales», ganándose á éstos como aliados é intermediarios.

«Siempre será necesario, como dijo muy bien el licenciado R. Contreras, hacer todos los esfuerzos de enseñanza para con ellos en los idiomas indios. Doy fe, que no es difícil aprender, por ejemplo, el quiché, idioma bien desarrollado, de admirable finura y exuberante riqueza. Habiendo penetrado en uno de ellos, es tan fácil de aprender los demás como sería para un español adueñarse del portugués. Los maestros, médicos y cu-

ras que deseen ser misioneros de evangelios modernos y anticuados entre los indios, deben saber la «lengua».

El autor cree que hay en las costumbres de los indios muchos elementos de cultura muy apreciables, y cita varios hechos interesantes, verbigracia:

«El uso antiguo prescribe que el cordón umbilical del recién nacido sea cortado con una navaja (de obsidiana) «que no hubiese servido» (Jiménez) muchos siglos antes de nuestros mandatos de asepsis. El fuego humeante del hogar se mantenía en medio del rancho en oposición tenaz, al modo de los castellanos, y protegía contra los anofeles inoculadores del plasmodio y del mosquito, que transmite la conjuntivitis tracomatosa. El «amac», con sus ranchos dispersos, preservaba contra la propagación de epidemias parásitas intestinales, hasta que los conquistadores ordenaron la construcción antihigiénica del «tinamit» y las «reducciones». El traje es más práctico y mucho más bello que el horroroso de los latinos. Sus leyendas cosmogónicas son á menudo grandiosas y llenas de poesía, y una suerte feliz, así como el trabajo de los venerados clérigos Jiménez y Brasseur, nos ha conservado de los quichés trozos de literatura que, mejor traducidos y comentados, sorprenderán aun al mundo docto. Sus jeroglíficos sobre los monolitos de Copán, Quiriguá, etc., y en los códigos de Dresden, de París y del Vaticano, comenzaron á ser descifrados por Goodman en California», cuyos trabajos se publicarán pronto en una obra monumental titulada *Biología Central Americana*. Los cálculos que los indios emplearon para su distinción de dos años, uno solar y otro cronológico, de cuatrocientos días, y la formación de ciclos superiores, probaron un talento matemático notable.

Lo que debe cuidarse, al popularizar nuestra cultura entre los indios, es no transmitirles más que «los hechos científicos bien averiguados», dejando aparte las hipótesis. Se escogerán para «principales» los más dispuestos á perfeccionarse por la cultura. El antiguo sistema de dignidades hereditarias cree el autor que es, en este sentido, superior á la «selección» natural,

en la que sube siempre el más exento de escrúpulos y consideraciones. «En la sociedad feudal—dice, no sin cierto fondo de razón,—el propietario sabía que nobleza obliga; el rico de hoy conoce solamente derechos.»

También se procurará corregir la «selección» natural producida por enfermedades mortíferas, teniendo en cuenta que las epidemias y endemias no suelen, por lo común, matar al débil, sino al ignorante.

«En Guatemala se complica el problema de extirpar la ignorancia popular... con el hecho innegable de que las zonas más fértiles y productivas del país son más enfermizas que las alturas medio estériles. Los varios ensayos legales é ilegales de hacer bajar la población india de las regiones áridas á las malasanas, han tropezado con el miedo fundado del indio de enfermarse pronto.

»Las «encomiendas» se referían á las familias que habitaban el terreno regalado al conquistador. Los «repartimientos», desde 1625 autorizados, y prohibidos en cambio frecuentemente, se hacían de los mozos vecinos de la finca que carecía de brazos. Pero los «mandamientos» de los Altos á la Costa tienen un lado higiénico, que el legislador no ha considerado. Muchos infelices se curan incompletamente antes de regresar á su pueblo, ó su afección malárica aparece hasta entonces. La prescripción legal que el patrón cure á los mozos, resulta aún más ineficaz de lo que es siempre. Sin embargo, razones de higiene hablarían en favor del traslado definitivo de los indios de las mesas á la «boca-costa» si el peligro de la malaria pudiera eliminarse por un buen cuidado médico; la milpa y el frijolar dan más rendimiento, los plátanos abundan, y, por consiguiente, la alimentación es mejor; el agua no falta y el aseo gana; varias epidemias suelen ser más benignas en la costa. El único modo de resolver la cuestión más urgente que agita hoy á los agricultores, de procurarse trabajadores, será de ofrecer á aquellos que bajen de las alturas, todas las comodidades y todos los alicientes que propuse yo, de balde en Cho-

colá, incluídas largas licencias para ir á su pueblo y asistencia médica. De este modo llamarán los colonos á sus familias y amigos, ó, si fuese necesario el traslado algo forzado, éste formará parte de otro bien, que á los indios solamente se podrá hacer «por mal» y á la fuerza».

Los últimos números recibidos de la *España* (Buenos Aires) contienen, como es natural, numerosos artículos sobre la Delegación comercial española, llegada hace poco; pero este asunto, por su gran importancia, ha de ser, seguramente, tratado especialmente aquí, y nos abstenemos de desflorarlo ahora.

En los núms. 12 y 13 de la citada revista, el Sr. Atienza y Medrano plantea valientemente el problema de la regeneración española, dirigiéndose, ante todo, á los pesimistas. Su punto de partida es el hecho de la regeneración alemana á comienzos del siglo XIX, precisamente cuando el país se hallaba en un estado grande de postración. Y pregunta:

«¿Cómo, siendo tal el estado de aquella nación, y habiendo soportado sin resistencia, después de la batalla de Jena, la entrada triunfal de Napoleón en Berlín en Octubre de 1806, ha podido levantarse, reaccionar, ilustrarse, enriquecerse y constituir uno de los más grandes poderes de la tierra en el espacio apenas de medio siglo?»

La contestación á esa pregunta se la dió, pocos días después, el Sr. Zulueta, con el discurso pronunciado en la Asociación Patriótica Española. En él trazó de mano maestra el delegado catalán «el proceso de la evolución ascendente realizada por Alemania é Inglaterra: por aquélla, mediante la cooperación del esfuerzo colectivo; por ésta, en virtud principalmente de la acción individual, simbolizada en Robinsón Crusoe; por ambas, merced á la perseverancia, á la continuidad, á la disciplina de la primera de las potencias humanas: merced al esfuerzo de la voluntad. ¿Qué cabría añadir á aquel brillante cuadro de líneas tan vigorosas y de colorido tan intenso, trazado por la mano firme de nuestro amado compatriota?»

»Una sola cosa, que el Sr. Zulueta no dijo, porque no podía decirlo todo en una improvisación, forjada al calor de los entusiasmos que en aquellos momentos caldeaban el ambiente; ó también acaso porque su espíritu se inclina más á poner la fe en la virtud de los medios prácticos y experimentales que en el poder inspirador del impulso inicial; y esa sola cosa es que el verdadero iniciador de la resurrección germánica fué el filósofo Juan Fichte, con sus discursos á la nación alemana, leídos en el curso de 1807 á 1808, en la Academia de Berlín. De allí arranca el renacimiento de Alemania, y allí comienza la obra de su regeneración política, social, militar y económica.

»No fueron los pesimistas los que salvaron al pueblo alemán; fueron Schleiermacher, Richter, Arndt, y Fichte sobre todos; fueron los visionarios. Los apáticos, los indiferentes, el rebaño, no hizo más que seguir á los egregios pastores».

En España hay bastantes que piensan como el Sr. Atienza; y no otra ha sido la tesis de la traducción prologada y anotada de los *Discursos* de Fichte, que hizo el Sr. Altamirano (1), y del libro de *Psicología del pueblo español*, del mismo autor, algunos de cuyos capítulos también vieron la luz en LA ESPAÑA MODERNA.

Sobre este mismo asunto, publica *España* (núm. 14) una notable carta del Sr. Zulueta, cuyos principales párrafos creemos conveniente reproducir.

«En España—dice—todo lo que sea manifestación de lo que puede hacer el individuo solo, acusa todavía la potencialidad de la raza. Tenemos personalidades cuyos méritos reconocen los extranjeros, á pesar de la prevención que existe contra todo lo español.

»Si aparecen un sabio, un artista, un industrial, que se elevan quince codos sobre el nivel de las eminencias científicas europeas, claro es que pueden existir millares de hombres

---

(1) LA ESPAÑA MODERNA. Un volumen, 5 pesetas.

cultos y preparados en su especialidad, que estén á la altura del promedio de los extranjeros. Y la verdad es que existen. Lo que hay es que no sabemos presentar *la mercancía*: les falta el ambiente favorable para su florecimiento; necesitamos que haya *empresarios* que hagan valer sus méritos, que encuentren mercado para sus obras, sus manufacturas, sus libros. Viven ignorados de sus mismos compatriotas; sufren privaciones y mueren pobres, para escarmiento de los que seguirían sus huellas si no vieran la triste suerte reservada á los *delanteros* del trabajo, precisamente á los que, por el mérito propio y por el bien que hacen á la colectividad de que forman parte, son dignos de la gloria y de la fortuna.

»En España marramos por todo lo que depende de la educación, por todo aquello que á la larga va formando lo que Blunschli llamaba cualidades *de raza*, es decir, las cualidades que son comunes á una colectividad, sea ésta una familia, una estirpe, una región, una nacionalidad, una raza propiamente dicha, ó simplemente un partido, una comunidad sujeta á los cánones severos de una disciplina.

»Se ha dicho entre nosotros, como expresión de la sabiduría popular, «buenos canónigos y mal cabildo». ¿Cómo se explica este contrasentido? Porque en la aritmética social tampoco se pueden sumar más que cantidades homogéneas, y en toda reunión de españoles que se propongan un fin común falta siempre una de las dos cosas: ó bien la virtud de que ante un hombre superior se conviertan los demás en ceros y hagan valer la unidad anulándose, como se observa entre los alemanes; ó bien que cada uno tenga una preparación suficiente, esté dotado de un conjunto de aptitudes comunes que permitan una cooperación voluntaria al fin social, como se observa entre los anglosajones.

»De que los españoles somos capaces de una y otra disciplina, de la que impone la cooperación á los fines colectivos por la obediencia, ó de la que se logra por espontánea manifestación de la voluntad, no cabe duda ninguna, si anotamos

lo que hemos hecho en lo pasado, y si tenemos en consideración que ambas disciplinas son hijas de la voluntad, ya sea de una voluntad que logre imponerse, ya sea de un conjunto de voluntades que por modo espontáneo se coordinen convergiendo á un solo objetivo. En la educación está el secreto de todo.

El Sr. Zulueta termina declarando que tiene grandes esperanzas en el porvenir si ponemos los medios que están á nuestro alcance y que sólo nosotros podemos usar con éxito.

En el núm. 15, el ya citado Sr. Atienza dedica un entusiasta artículo á su maestro de griego, el profesor D. Antonio González Garbín.

«He tenido—dice—muchos profesores; *maestros*, muy pocos, solamente cuatro.—Mi maestro de primeras letras, D. Pantaleón Martín Aguado, era un espíritu superior, que sin poseer gran preparación científica, ni haber alcanzado á penetrarse del sentido reformador de la Pedagogía moderna, poseía intuiciones geniales de educador, distinción natural, bondad ingénita y dulzuras paternales. A su excepcional poder sugestivo, reforzado por la enseñanza práctica de su ejemplo, debemos los que fuimos sus discípulos el primer sano impulso que recibimos en la escuela. ¡Cómo no venerar su memoria!

»Tuvieron luego parte principal en la obra de mi educación: mi maestro de griego, D. Antonio González Garbín; D. Nicolás Salmerón y Alonso y D. Francisco Giner de los Ríos. De cuánto bien soy deudor al primero, ya lo diré después, puesto que á él están dedicadas estas reminiscencias de la vida estudiantil. A Salmerón le debo la disciplina intelectual, mucha ó poca, que haya llegado á poseer para regir mi entendimiento, y el haber aprendido á estimar á los hombres, no por lo que saben, sino por la fidelidad con que traducen en sus acciones las ideas que profesan. Giner de los Ríos es el modelo más acabado que he conocido de abnegación heroica, llevada hasta el sacrificio; nada de cuanto posee le pertenece: su

tiempo, su saber, sus bienes de fortuna, bien escasos por cierto, su vida entera, es de sus discípulos, de sus amigos, de todo el mundo. Mentiría si dijese que he logrado copiar ni en mínima parte tan excelsas virtudes; pero sí puedo y debo decir que su imagen no se aparta jamás de mi espíritu, y que su existencia es un dechado de perfección ideal, á que no han hecho aún cumplida justicia las lenguas de la fama, siempre vicingleras para adular á los poderosos, siempre torpes y remisas para proclamar á los grandes bienhechores de la humanidad, que viven ocultos y como avergonzados al apacible reparo de su recatada modestia.»

Refiriendo ya especialmente al Sr. Garbín, escribe: «He aludido anteriormente á su prodigioso arte para enseñar. Todavía esto es decir muy poco. Su clase era para nosotros el más deleitoso de los juegos. Las declinaciones griegas, la conjugación de los verbos sobre todo, tan complicada, tan difícil, con sus tres voces, con su gran número de modos y de tiempos, con aquella riqueza de desinencias é inflexiones que habrían abrumado la memoria del estudiante dotado de más poderosa retentiva, eran cosas que aprendíamos de viva voz, sin necesidad de libro de texto, con las explicaciones de aquel maestro incomparable, salpicadas de rasgos de ingenio y de felices ocurrencias, que excitaban el interés y mantenían despierta la atención».

Cita luego numerosos casos que vienen en demostración de que el Sr. Garbín no es un conferenciante que explica una asignatura, sino un educador que sabe atender á todas las direcciones espirituales de los alumnos, y utilizarlas en beneficio de su mejor formación intelectual.

El número correspondiente á Junio de los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, al cual ya nos hemos referido en las *Lecturas* del mes último, contiene un curiosísimo estudio de Florencio Sánchez, sobre *Los caudillos criminales en Sud-América*.

«Como único recuerdo doloroso de las últimas reyertas par-



tidistas de la vecina tierra—empieza diciendo,—ha subsistido el de los degüellos, incendios, saqueos y depredaciones de todo género, cometidas en las fronteras ríograndenses. Si se tratara de un simple desborde de la delincuencia común, lógico en circunstancias tan propicias á la impunidad, sólo quedaría esperar que la justicia ordinaria aplicara su sanción á los hechos; pero ellos tienen un significado excepcional, pues son, en efecto, de hábitos regresivos que florecen todavía por aquellas regiones, y que conviene poner en claro, analizar y juzgar, en homenaje á la cultura de esta América, que tanto obscurecen y agravian.

»Los diarios han esbozado algunas crónicas de la vida fronteriza, perfilando á través de relatos espantosos la silueta de un personaje, señor de vidas y haciendas en Río Grande, Joao Francisco, que á fuerza de aparecer malvado y sanguinario, va tomando en la imaginación popular los contornos de algunos de nuestros señores feudales de la Edad Media argentina. Joao Francisco, que en la realidad se excede á su reputación, es una simple resultante del ambiente en que actúa; encarna los sentimientos, las pasiones y las modalidades del medio. Trasplantado á Buenos Aires ó á la última provincia argentina, á lo sumo llegaría á ser un interesante ejemplar de delincuente; en la frontera ríograndense es señor feudal.

»Quien estas líneas escribe ha vivido mucho tiempo en aquellas regiones, ha frecuentado sus hombres y observado las costumbres; de modo que se considera habilitado para abordar el tema verazmente, aunque más no sea, desenvolviéndolo en la forma á su juicio menos monótona: la forma episódica y anecdótica.»

El escenario de Joao Francisco es la parte Sur de Río Grande (Brasil), comprendida entre Santa Ana do Livramento y Uruguayana, región atrasadísima, sin medios fáciles de comunicación, esencialmente pecuaria, y en donde el contrabando y el abigeato son ocupaciones normales. No hay en él escuelas, y en la capital sólo existe una iglesia medio en rui-

nas, servida por un párroco que más bautiza que dice misas, y que viste de paisano.

Siempre que se realiza un asesinato ó un asalto á una granja, ya se sabe: «Fué la gente de Joao Francisco»; y lo curioso es que, cuando el comentario toma aspecto de censura, su fórmula es simplemente ésta:

— ¡Para qué degollar á ese pobre diablo!... *Si hubiera sido jefe ó caudillo, menos mal.*

El degüello es el procedimiento normal.

«En las disputas no se oye jamás decir: «lo mataré á usted» ó «te romperé el alma», sino «cuando lo agarre lo degüello», y creemos que hasta el acreedor manda mensajes así: «Si no me paga lo degüello»; pues más de una vez hemos oído recados de esta especie: «Dígale á Fulano que se deje de jeringarme la paciencia con el pleito, porque el día menos pensado lo mando degollar».

»El intendente de policía de Santa Ana nos contaba que cada vez que se cometía un crimen y el criminal era reducido á prisión, desfilaban por su oficina docenas de personas pidiéndole que le prestara el preso un ratito, ¡para degollarlo!

»Por supuesto, que pocos casos como éste se han dado. Los criminales, si la fechoría es muy gorda y saben que se les conoce, huyen á tierra oriental; si no, se quedan tan tranquilos ó van á presentarse voluntarios al regimiento de Joao Francisco; pero por grande que sea el delito, habiendo sido las víctimas gentes desafectas á éste, gozan de completa impunidad y hasta de privilegios.

»Los únicos individuos que suelen ir á la cárcel son los contrarios á la situación, y por poco tiempo, desde que no tardan en ser ajusticiados ó «escaparse», como se dice, por el habitual procedimiento del degüello».

El resultado de esto es que la zona dominada por Joao Francisco va quedando desierta. Casi no queda más gente que la de su regimiento.

Las tropas brasileñas que guarnecen los tres puntos ó vi-

llas del feudo de Joao Francisco—Livramento, Cuareim y Uruguayana—permanecen neutrales y pasivas ante tanto desmán, «por respeto—dice el autor—á la autonomía provincial».

Joao Francisco suele apelar á las levas para reclutar gente con que surtir su regimiento ó molestar á los contrarios. La recluta se hace en los garitos, en los cafés, en la vía pública. En cierta ocasión, sabedor que el segundo jefe de un regimiento de tropas regulares asistía á un garito, ordenó una leva, y el coronel fué comprendido en ella, hasta que, al pasar por frente á su cuartel, se hizo reconocer y fué libertado.

La revolución de 1893 fué en Río Grande sanguinaria y bárbara. Joao Francisco campó por sus respetos sobre una zona de más de seiscientas leguas durante los tres años de la guerra. Él fué quien derrotó la partida del almirante Saldanha, compuesta de 300 hombres, entre los que estaba el bravo comandante de caballería Chico Rivero.

El hecho ocurrió como sigue:

«Ordenó á sus hombres, unos seiscientos, que avanzaran hasta las trincheras, montados, al trote y haciendo fuego. Aquello era descabellado. Los marineros de Saldanha diezmaban impunemente á semejantes locos, pero el avance seguía. De repente los clarines de Saldanha echan diana; el enemigo, que había llegado á unos cincuenta metros de las trincheras, volvía grupas en evidente desmoralización. Chico Rivero se lanza entonces con su caballería á consumir la derrota.

»—¡Vuelta cara y sable en mano!—bramaron los oficiales de Joao Francisco. Y á los pocos segundos se produjo el infernal entrevero sobre el campamento mismo de Saldanha.

»Joao Francisco había previsto, con la intuición del avezado á la guerra gaucha, la salida del impetuoso jefe de lanceros. Su táctica era provocarlo y batirlo después, aprovechando los momentos en que el enemigo no podía hacer fuego, para caer como tromba sobre el campo fortificado.

»—¡No quedó ni uno!—nos decía el mayor Tambeiro, nuestro cicerone en una excursión reciente al sitio del suce-

so. El mayor Tambeiro fué el matador glorioso de Saldanha.»

«Joao Francisco tuvo la tétrica voluptuosidad de mantener su gente acampada sobre el mismo campamento de Saldanha todo el tiempo que los miasmas lo permitieron. Lo hacía con el fin de familiarizar la tropa con el espectáculo de la muerte; y de tal manera logró su objeto, que en esos días la milicada se entretuvo en desollar cadáveres para trenzar con piel humana manecas y presillas del apero, prendas muy estimables por aquellas regiones, que se exhiben como testimonios de valor, y que algunos supersticiosos conservan como amuletos contra las balas!»

Joao Francisco no es un tipo físicamente repulsivo. He aquí su retrato, según el autor:

«Imaginaos al coronel Riccheri, no, á cualquier otro militar nuestro, tan arrogante pero más esbelto, que use como él barba y perilla renegridas, aunque más discretamente proporcionadas; que vista uniformes modernos con mundano desempacho; ni muy alto ni muy bajo, de gesto apacible, graduado por la expresión sonriente, un tanto aduladora, de los labios; nariz correctamente perfilada, ojos muy negros, curioseando á través de unas pestañas que se dirían crayonadas por un Moussión cualquiera; afeminadlo un poco más, suponiéndole manos pequeñas, suaves, devotamente cuidadas, y en la tez pigmentaciones de mujeril sonrojo, y, toque más ó menos, tendréis al caudillo en pinta.

»Completan estas exterioridades la más correcta desenvoltura de modales, la fuerza y pulcritud de la dicción, amoldada la voz á las blanduras del idioma portugués, tan melodioso.»

Preguntado cierta vez cuáles eran sus creencias religiosas, contestó:

—¿Mis creencias? Soy positivista; pertenezco á la religión de la humanidad (!!!).

El autor se pregunta al fin de su estudio qué clase de hombre es ése. «¿Es un voluptuoso, un refinado cultor de la muerte, simplemente? Estamos sin información á este respecto. Nada

hemos podido adivinarle. Quizá... lo último; quizá un caso de misticismo político; quizá—todo cabe en el terreno de las conjeturas—se trate de un megalómano acariciando en sus ensueños la idea de un futuro imperio sobre los hombres y las cosas de su tierra, cuya realización espera como un predestinado; quizá, y ganas nos dan de optar por ello, no sea nada más que un gran vándalo con aspiraciones reducidas á una simple preponderancia de pago.»

La *Revista del Foro* (Habana) publica, en su número de 31 Enero (1903), la biografía del jurisconsulto cubano D. Nicolás Azcárate y Escobedo, nacido en la Habana en 21 de Julio de 1828, y educado en España, donde figuró entre los progresistas con D. Domingo Delmonte y su grupo. Falleció en 1.º de Julio de 1894.

«En la tribuna forense fué una gran figura é intervino en asuntos judiciales de grandísima importancia. Defendió á Miguel Embil, acusado de desacato al capitán general D. José de la Concha, y á José Manuel Mestre, que como juez interino lo había absuelto, y al cual se procesó por desacato al fiscal en un incidente de la ruidosa causa. Defendió también á D. José Pío Díaz, cuyo proceso, que en la vista duró treinta días y treinta y uno en la revista, fué el más célebre de entonces, y en el que sobrevino un incidente con el fiscal por haber éste proferido palabras ofensivas á la clase de abogados, que Azcárate logró hacer retirar, por lo que le mereció las más calurosas felicitaciones del decano, D. José Antonio Cintra. Defendió también al negro José Laffite en un caso curioso de Medicina legal; á una esclava que dió muerte á sus tres hijos y en vano trató de suicidarse, enloquecida á consecuencia de haberse pactado la venta del mayor de aquéllos; al esclavo J. Echemendía, que, injustamente golpeado por su amo, y después de recibir golpes con un manatí en el cuerpo y en la cara, dejó muerto á su verdugo, atravesándolo con un cuchillo de trabajo; defensa ésta en la que hizo Azcárate resaltar la convicción generosa de su alma y la fe viva y ardiente del aboli-

cionista, que más tarde había de poner aún más de manifiesto en el cargo de síndico defensor de esclavos, que desempeñó con entereza y humanidad.

»Basta para enaltecer su nombre como jurisconsulto la *Revista de Jurisprudencia*, que fundó y sostuvo—1856-1868—con los distinguidos letrados José Manuel Mestre, José Ignacio Rodríguez y Francisco Fesser. Sería casi imposible mencionar los trabajos que sobre todas las ramas del Derecho publicó Azcárate en esa *Revista*. Toda ella está cuajada de interesantes estudios que demuestran una inteligencia enciclopédica privilegiada.»

En 1866 fué nombrado vocal de la Junta de Información, y se trasladó á España, donde se distinguió por sus opiniones liberales, pero enteramente leales á España.

«En 1868, al estallar la revolución de Yara, fundó y dirigió en Madrid los periódicos *La Constitución* y *La Voz del Siglo*, inspirado éste por Rivero, en que procuró el inmediato establecimiento en Cuba de las reformas que desde tres años antes él y sus compañeros habían reclamado, y mientras éstos se dispersaban desengañados, había continuado, por su parte, defendiendo y solicitando.

»En 12 de Enero de 1875, por quebrantos en su fortuna, quiso volver á Cuba; pero no pudo lograr su deseo, porque los voluntarios obtuvieron un decreto del general Valmaseda y lo obligaron á seguir el viaje; y en aquella situación no retornó á España: aceptó el destierro, y se detuvo en Méjico hasta el fin de la guerra. En este país, en unión de Antenor Lezcano, redactó el periódico *El Eco de Ambos Mundos* en 1876; y cuando desapareció este periódico por la caída de Lerdo, escribió en *La Colonia Española*.

»Firmada la paz del Zanjón en 1878, regresó Azcárate á Cuba, siendo de los primeros cubanos á quienes el general Martínez Campos llamó, nombrándolo miembro del Consejo de Administración.»

*La Instrucción Primaria*, de la Habana, inserta en su nú-

mero de 10 de Julio interesantes *Apuntaciones para la historia de la enseñanza mercantil en Cuba*, escritas por D. Tomás F. Rodríguez.

El primer impulso procedió, en 1835, de la Sociedad Económica de Amigos del País. En 1837, D. Joaquín Maseras solicitó establecer una Academia práctica mercantil, subvencionada por la Sociedad; pero no llegó á establecerse. Por fin, se creó una en 1838, dirigida por el profesor alemán Jacobo Kruger.

«Eran tan satisfactorios los resultados obtenidos por la Academia que dirigía Kruger, á quien venía auxiliando su hijo, D. Víctor, desde 1843, en que enfermó de la vista aquél, que en 1849 se proyectó el establecimiento de un curso superior para dedicarlo al estudio de los «tratados estipulados con las naciones extranjeras, los aranceles generales y la Geografía comercial», proyecto que no se llevó á la práctica por la escasez de fondos en que se veía entonces la Sociedad para sostener ese gasto.

»El Sr. Kruger dió á conocer sus dotes de inteligencia y el caudal de conocimientos que poseía para el desempeño de estas asignaturas que se le confiaron, con las publicaciones siguientes: en 1835, de su obra *Aritmética práctica ó mercantil*; en 1836, de la segunda parte de la misma, dedicada al conde de Villanueva; y en 1838, de su tratado de *Aritmética teórica, ó sea explicación de la base del cálculo adoptado en el tratado práctico ó mercantil*, con dos Apéndices. En el segundo de éstos da razón Kruger del método nuevamente introducido para la enseñanza de la Aritmética, y salió á luz en 1838. Este Apéndice fué editado en la Imprenta Literaria, y los otros trabajos en la de Palmer.

En 1855 se instaló ordenadamente la *Escuela general preparatoria de la Habana*, para los estudios de Agricultura, Mecánica, Comercio, Arquitectura, Veterinaria, etc. En la parte de Comercio se estudiaba Aritmética, Algebra, Teneduría de libros, Aritmética mercantil é idiomas francés é inglés.

En Santiago de Cuba se instaló otra escuela análoga.

Fué el general Concha, como es sabido, uno de los gobernadores superiores más dispuestos á favorecer la instrucción pública durante el período de su mando; y animado de idénticos propósitos, quiso, á su paso por el Ministerio de Ultramar, continuar la obra que había iniciado en esta isla, sometiendo á la aprobación del Gobierno Supremo el plan de estudios que tenía preparado á ese objeto. Remitido el proyecto al Consejo de Estado, éste lo devolvió con informe favorable, y el 15 de Julio de 1863 se promulgó el Real decreto que abría nuevos horizontes á la cultura y bienestar de la juventud cubana.

»Por este plan se llevaban á la enseñanza oficial, entre los otros, los estudios mercantiles, con caracteres de carrera profesional, reconocida por medio de los títulos de perito y profesor mercantil, que expedía el Gobierno superior político.

»Los estudios para el grado de perito mercantil se hacían en los Institutos, y comprendían las asignaturas de Geografía Universal, Aritmética y Álgebra, Geografía y Estadística comercial, Aritmética Mercantil, Ejercicios prácticos de Comercio, Economía Política, Legislación Mercantil é idiomas inglés y francés. Los estudios para obtener el título de profesor mercantil se cursaban en la Escuela Profesional de la Habana, y abrazaban las asignaturas de Historia del Comercio, Materia Mercantil y Derecho Internacional Mercantil. El programa de esta carrera, con muy ligera variación, era el mismo que preceptuaba el Real decreto de 18 de Marzo de 1857, creando en la Metrópoli las Escuelas de Comercio.»

En los colegios privados estas enseñanzas se organizaron en seguida, así como en muchas de las escuelas municipales superiores de la isla.

En 1871, el decreto reaccionario del Gobierno del Conde de Valmaseda suprimió todos los Institutos, menos el de la Habana.

Así siguieron las cosas—no obstante un proyecto de la So-

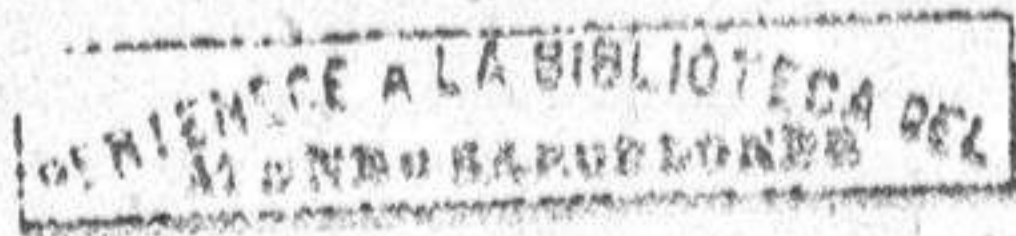


ciudad Económica (1880). de crear una Escuela de Comercio— hasta 1882. En esta fecha, y por Real decreto, se crearon los Institutos de Santiago de Cuba, Puerto Príncipe y Santa Clara, y al año siguiente, por igual disposición, los de Matanzas y Pinar del Río; mas con la creación de tales centros en nada se han beneficiado los estudios de aplicación de que tratamos, y fueron concedidos, como antes, sólo al Instituto de la Habana y á la Escuela Profesional, y quedamos exactamente en la misma situación en que con respecto á este importantísimo particular nos dejó el decreto de 1871 con su reforma.

«Por la orden núm. 171 del Gobierno Interventor, serie de 1900, fué suprimido el título de perito mercantil; se trasladaron al Instituto de la Habana las asignaturas del Profesorado Mercantil, que se cursaban en la Escuela Profesional, y quedó constituída la Escuela de Comercio, adscrita al mencionado Instituto.»

## HISPANUS

MEMENTO.—Publicaciones recibidas: Amado Nervo, *El Éxodo y las flores del camino*.—Dr. Ingegnieros, *La psicopatía en el Arte*.—M. Magallanes Moura, *Facetas* (versos).—E. Piñeyro, *Hombres y glorias de América*.—L. Díaz, *Las sombras de Hellas*.—M. Fernández Juncos, *La lengua castellana*.—*Apuntes históricos del Perú y noticias cronológicas del Cuzco*.—Adrián del Valle, *Cuentos inverosímiles*.—Gabino de J. Vázquez, *El buscapié cervantino*.—M. Blanco Fombona, *Más allá de los horizontes...*—Félix B. Basterra, *El crepúsculo de los gauchos*.—R. Calzada, *Homenaje á la memoria de Giovanni Bovio*.—F. Iglesias Calderón, *Rectificaciones históricas*.—*La traición de Maximiliano y la capilla propiciatoria*.—A. José Uribe, *Anales diplomáticos y consulares de Colombia*.—Tobías Zúñiga Montúfar, *Castelar*.—M. Dionisio, *Cerqueira, La Bolivia et le Brésil*.—Marcial Martínez, *Segunda conferencia internacional americana tenida en Méjico (1901-1902)*.—Manuel de Mendiburu, *Apuntes históricos*.—*Anexos á la Memoria del ministro de Relaciones exteriores y Culto presentada al Congreso ordinario de 1902*. (La Paz.)



## CRÓNICA LITERARIA

---

*La Catedral*, novela, por D. Vicente Blasco Ibáñez.

El título de la nueva novela de Blasco Ibáñez recordará al punto, al lector algo enterado de la literatura francesa contemporánea, el libro de J. K. Huysmans, llamado también *La Catedral*. Pero, aparte de algunos pormenores descriptivos, que en la novela de Blasco Ibáñez son subalternos y en la de Huysmans desempeñan papel más principal, la semejanza no pasa del título, como no vayamos á buscarla en el hecho de que *La Catedral* de Huysmans dista mucho de ser el mejor de sus libros, y la de Blasco Ibáñez es bastante inferior también á otras obras del notable novelista valenciano.

En la obra de Huysmans es muy escaso el elemento novelesco. Pertenece *La Cathedrale* á la serie de novelas en que dicho escritor, después de haber cultivado el género naturalista con bastante fortuna, y de haber penetrado en su libro *La Bas*—que parece señalar el punto culminante de su inspiración—en los misterios de la magia moderna, se propuso historiar las etapas de su conversión, real ó fingida, al catolicismo, atribuyéndoselas á su héroe Durtal. En *La Cathedrale* la fábula novelesca sirve de pretexto para que Huysmans describa la catedral de Chartres y se enfrasque en disertaciones sobre la filosofía de la arquitectura religiosa, y en particular sobre la simbólica y la mística cristianas, aplicadas á los templos que levantó la piedad de los siglos medios. Todo esto lo hace Huysmans con cierta erudición, con claro sentido histó-

rico en ocasiones, y con exuberante y viva fantasía; y hay en esa reconstrucción histórica y psicológica de lo que fueron las catedrales y del ambiente social que se cristalizó en sus fábricas peregrinas, páginas primorosas de hondo pensamiento y atildada forma, pero que de todo tienen menos de relación novelesca, y pertenecen, en rigor, al género de *El genio del Cristianismo*, de Chateaubriand, con cuya tentativa de interpretación estética y simbólica de los dogmas y ceremonias cristianas ofrecen no pocos puntos de semejanza las últimas obras de Huysmans.

*La Catedral* de Blasco Ibáñez es más novela, aunque no lo sea tanto ni con tan robusto objetivismo como otros libros anteriores del mismo autor, tales como *Cañas y barro* ó *Arroz y tartana*. Algo describe el novelista de la catedral de Toledo, en cuyas dependencias coloca la acción de su novela, pero sin meterse en las filosofías de Huysmans, que responden á una disposición de espíritu muy diferente de la de Blasco Ibáñez, el cual deja que salgan á la superficie en esta obra sus preocupaciones y sentimientos de propagandista revolucionario, en vez de encerrarse, como en las mejores de sus novelas anteriores, en la serena neutralidad objetiva de la contemplación artística.

Todo ese elemento descriptivo es secundario en la novela de Blasco Ibáñez; es como el telón de fondo de la acción. En realidad, no nos presenta esta novela la vida de la catedral; pues aunque en algunas escenas asistamos á ceremonias litúrgicas, y en otras se hagan referencias al cabildo, y hasta en algunas aparezca el arzobispo (un arzobispo difunto ya), retratado evidentemente con arreglo á las hablillas y chismes del vulgo, lo que con preferencia pinta Blasco Ibáñez son las dependencias de la iglesia primada en que viven sus servidores y domésticos seculares; entre éstos se desarrolla la acción, y de entre ellos salen las principales figuras novelescas. Así como en *La de Bringas* pinta Pérez Galdós ciertas categorías de la servidumbre palatina, y no la vida del palacio real en los años

anteriores á la revolución de Septiembre, en *La Catedral* no es la catedral misma, sino la servidumbre que vive en sus desvanes, en las Claverías, lo que forma la materia novelesca con que ha elaborado la fábula el autor.

El personaje principal de la obra es un anarquista. El contraste que resulta de poner enfrente de la organización social más conservadora y tradicional, como es la Iglesia, á un representante de la tendencia más revolucionaria en el pensamiento y en la acción, no es una novedad en la literatura contemporánea. En el *París*, de Zola, vemos al anarquista científico Guillermo Froment obsesionado por la idea de destruir la basílica del Sagrado Corazón, pero esta oposición tiene algo de grandioso y de trágico en la novela del escritor francés: revise allí proporciones de duelo entre dos ideas y dos mundos, y el anarquista tiene toda la arrogante osadía de un genio del mal, de un espíritu destructor y rebelde; mientras que en el libro de Blasco Ibáñez su acción es comparable á la labor obscura y ruin del microbio, que va consumiendo los tejidos de un organismo.

Una ojeada al argumento de *La Catedral* aclarará las observaciones que he de hacer acerca de esta novela. El personaje principal, Gabriel Luna, procede de una familia de servidores ó dependientes de la catedral toledana. En sus dependencias nació; allí se deslizaron los juegos de su infancia. Su natural despejo y su afición al estudio impulsaron á sus padres á dedicarle á la carrera eclesiástica. La guerra civil le sacó del Seminario, donde había conseguido distinguirse, y le llevó á las filas del ejército de D. Carlos. Tras la campaña vino la emigración. Renacieron allí las antiguas aficiones del ex seminarista al estudio; pero las nuevas compañías y el nuevo ambiente intelectual y moral que le rodeaba produjeron una completa revolución en su espíritu. El católico y carlista de ayer se vuelve anarquista, y como tal anarquista hace propaganda. Las andanzas de su vida le llevan á Barcelona; es atormentado en Montjuich, y cuando recobra la libertad se ve vigilado y

perseguido constantemente por la policía, que le obliga á cambiar de domicilio apenas se establece en algún lugar, convirtiéndole en una especie de Judío errante moderno.

En esta azarosa existencia, desmaya el ánimo del anarquista, cuya salud física ha sufrido grandes quebrantos en las duras pruebas que le reservó la vida. Apetece el reposo, la oscuridad, desea hundirse en el olvido, y su espíritu se vuelve hacia la antigua catedral en que se deslizaron los alegres días de su infancia. Ve en ella un asilo, un rincón ignorado donde morir, previendo que han de ser breves sus días; y á la catedral vuelve, y allí le acoge amorosamente su hermano, que es un *vara de palo*, una especie de sacristán, uno de los domésticos del templo.

Al principio, Gabriel procura pasar inadvertido, oculta sus ideas, quiere olvidar su pasado reciente de luchas, para retornar á aquel pasado remoto de que le habla la catedral. Pero bien pronto renacen sus aficiones y sus hábitos de proselitismo, y poco á poco empieza á hacer propaganda de sus ideas entre los servidores y dependientes del templo que con él conviven. Al principio, aquellas humildes y sencillas gentes le oyen asombradas y temerosas; luego, se van despertando sus pasiones, comparan la estrechez en que viven con los tesoros que la fe ha acumulado en la catedral, con las joyas ofrecidas por la piedad á las imágenes. Lentamente se van formando pensamientos criminales en aquellos cerebros, y una noche, mientras vigila Gabriel, que ha aceptado el puesto de guardián nocturno de la iglesia para ayudar con el salario á su hermano, penetra en el templo silencioso un grupo de los que han sido sus discípulos, y le incita á consentir el plan que tienen formado de apoderarse de las alhajas de la Virgen. Él se resiste, le hieren; se consuma el robo, le toman por cómplice ó coautor del delito, y la muerte le libra de ser condenado por aquel crimen ejecutado por otras manos, y que es el único fruto que han producido sus predicaciones.

\*  
\* \*

El Sr. Blasco Ibáñez ha seguido en esta novela un procedimiento semejante al que empleó Zola en sus *Evangelios*, y que consiste en intercalar en la acción, ya en discursos, ya en soliloquios de los personajes, largas disertaciones sociológicas. Esta manera, que es evidentemente en Zola una manera de decadencia, da á sus novelas últimas la apariencia de macizas y pesadas construcciones, á cuyas líneas se esfuerzan en vano en prestar ligereza y elegancia la vehemencia del estilo, la calculada simetría que guardan las diferentes partes de la obra y el vigor y elocuencia que adquiere á veces el discurso. Pero con todo, cualquiera que compare alguna de dichas obras con las de la serie de los *Rougon Macquart*, observará cuán grande ventaja llevan estas últimas en movimiento dramático, en el interés de la acción y en todo lo que forma la esencia de la novela.

Algo semejante le ocurre en *La Catedral* al Sr. Blasco Ibáñez, pues esta novela no resiste la comparación con otras del mismo autor, en que todo es viviente evocación objetiva de la realidad, y en que se admira una potente plasticidad en las representaciones. En esta ocasión, el autor de *Cañas y barro* ha abandonado el terreno en que le hacen triunfar sus mejores facultades, para penetrar en otro—el de la controversia sociológica—en que sus medios son evidentemente inferiores á los que reúne como novelista. En esta esfera, creando tipos, tejiendo acciones, comunicando intensa fuerza dramática á los sucesos imaginados, reproduciendo con jugoso y exuberante colorido la realidad exterior, pocos igualan al Sr. Blasco Ibáñez; pero como expositor de teorías sociológicas no se levanta por encima del nivel ordinario. Quizás su estudio de estas materias no ha sido profundo; quizás su espíritu, tan accesible y abierto á las impresiones del arte, no tiene la suficiente profundidad filosófica para mostrar en estos asuntos una potente originalidad; pero sobre todo esto hay que considerar que la novela es historia—historia imaginaria, pero historia al fin—y no filosofía; que su materia son hechos y no doctrinas, y que

por esta índole de la novela, doctrinas y filosofías, cuando se prodigan en sus páginas, aun en el caso de estar expuestas con singular elocuencia, constituyen un peso muerto que retrasa la marcha de la acción y divide y trunca el interés.

Al describir el Sr. Blasco Ibáñez la catedral, al evocar recuerdos históricos de los antiguos arzobispos, harto se ve que el que habla no es un erudito, ni un cultivador asiduo de la historia, y hasta se adivina que todo aquello es una preparación adquirida para ilustrar con tales recuerdos y apreciaciones artísticas la acción de la novela, y que no salen dichas noticias de un sólido estrato de cultura anterior, sino que son elementos adventicios allegados de momento para los fines del libro; pero todavía en esta parte acierta el Sr. Blasco Ibáñez á dar vida y atractivo artístico á lo que dice, y sobre todo á no hacerlo pesado é indigesto. Y es que, á falta de los conocimientos de un especialista y de la familiaridad con la historia y dominio de ella que da el estudio asiduo, posee el novelista valenciano esa adivinación é instinto artístico que descubre en los materiales históricos, aunque sólo los haya examinado por encima, el filón estético que contienen.

Pero donde es menos afortunado, y no sólo menos afortunado, para hablar con verdad, sino desafortunado del todo, es en los discursos que pone en boca del anarquista. Son pecados interminables, vulgares; y no es eso lo peor, sino que algunos de ellos no guardan relación alguna con las situaciones de la novela y son verdaderos ripios que lastran inútilmente la obra con el peso de su palabrería. A este número pertenece la disertación sobre la decadencia de España que pronuncia el anarquista Gabriel, disertación que carece por completo de originalidad y está inspirada en gran parte en lo que escribió el malogrado profesor y publicista Macías Picavea en su libro *El problema nacional*, del cual se reproducen hasta frases enteras, con corta variación, en el de Blasco, resultando en conjunto el discurso del anarquista una sarta de lugares comunes, en la cual, aunque no esté todo reñido con la verdad histórica,

hay una parte considerable de exageración y un evidente exceso de vulgaridad. Otro pegote menos justificado aún es lo que dice el propio anarquista de la salud de un joven monarca, cosa que de ninguna manera viene á cuento en la novela, y que es reproducción algo expurgada de lo que ya escribió el Sr. Blasco Ibáñez en su periódico *El Pueblo*; escrito que fué por cierto muy censurado, y no sin razón, pues las consideraciones sobre la buena ó mala salud de las personas pertenecen á una esfera íntima, personal, inviolable en cierto modo para los extraños, á la que no es lícito ir á buscar armas de oposición ó de crítica.

No son más afortunados otros discursos del mismo personaje, que sólo por la brillantez del estilo se levantan algo sobre el nivel ordinario de los folletos de propaganda anticlerical ó anarquista, y que eran en su mayor parte innecesarios para caracterizar la figura de Gabriel, y son positivamente inútiles y aun perjudiciales para el interés de la acción.

Y es de notar cómo la tesis de todos estos discursos resulta refutada por la conclusión que se desprende espontáneamente de los hechos de la novela. Si el Sr. Blasco Ibáñez se hubiera propuesto ofrecer en su libro un ejemplo de los peligros de la propaganda anarquista, y demostrar que las ideas que ella propala, al caer en cerebros incultos no puede producir más que males, es indudable que habría conseguido su fin completamente. Pues lo que resulta de las predicaciones del anarquista Gabriel es que los sirvientes de la catedral, que las oyen y se dejan convencer por ellas, las toman tan al pie de la letra, que resuelven robar las alhajas de la Virgen. El efecto de aquellos discursos es, sencillamente, un robo, la perdición de varias personas que vivían antes tranquilas, honradas y felices, y la del mismo anarquista, que fué á buscar un asilo en la catedral, y por su afán propagandista no logró la paz propia y perturbó la ajena.

No creo yo que el Sr. Blasco Ibáñez se propusiera hacer ningún género de propaganda anarquista en su novela; pero

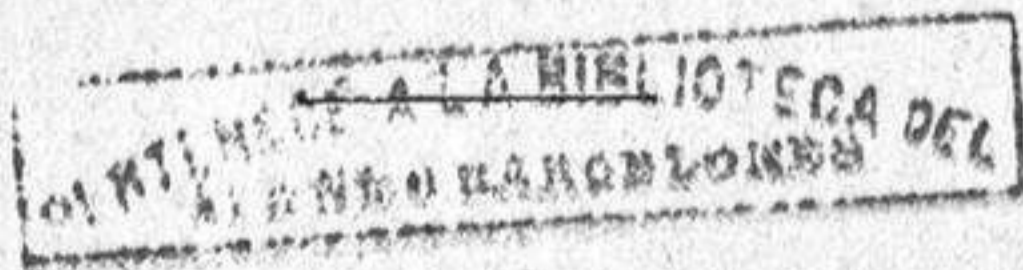


de seguro no se proponía tampoco dar una lección moral contra el anarquismo. El desenlace de su libro hay que atribuirle á que el artista ha vencido al sectario y le ha hecho conducir la acción de esa manera y llegar á un desenlace tan lógico como dramático, sin reparar en cuál era la moraleja que, naturalmente, había de desprenderse de aquel final del argumento.

No sería imparcial este juicio si á las anteriores observaciones no añadiese que hay algunas hermosas páginas en la novela. La vuelta de Sagrario á la casa paterna es una escena sentida y vigorosa; lo es también aquella en que el anarquista y su hermano, el *vara de palo* de la catedral, vuelven á verse tras larga ausencia, y el segundo relata al primero su dolor y su zozobra cuando se enteró de las prisiones de Gabriel en Montjuich. Hay también en la obra algunas descripciones de intenso colorido, pero el conjunto se resiente de aquel exceso de fárrago doctrinal de calidad mediana, á que antes se hace referencia, y es evidente, por otra parte, que el autor no se ha asimilado los tipos que quiere describir en este libro de un modo tan perfecto como los huertanos de Valencia, que figuran como principales personajes en las mejores de sus novelas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

# REVISTA DE REVISTAS



SUMARIO.—PEDIATRÍA: Los caprichos de los niños.—LITERATURA: La poetisa del dolor.—La novela de costumbres provinciales en España.—El renacimiento de la literatura hebraica.—SUPERSTICIONES: Las láminas mágicas de execración.—PSICOLOGÍA COLECTIVA: El problema de la multitud.—OCULTISMO: El pranayama ó la ciencia de la respiración.—ENCICLOPEDIA: El diario íntimo de Tolstoi.—BELLAS ARTES: La estética de Ganguin.—IMPRESIONES Y NOTAS: Cómo se crea el tipo americano.—Una autobiografía lacónica.—Stendhal, plagiaro.—La educación de la mujer.—Fumadores de opio.

## PEDIATRÍA

LOS CAPRICHOS DE LOS NIÑOS.—Los caprichos, que con tanta frecuencia se manifiestan en el niño, no han fijado la atención, como dice Paula Lombroso en la *Nueva Antología*, ni de los psicólogos ni de los pedagogos.

¿Por qué tienen caprichos los niños? Se cree que un capricho es una extravagancia sin causa ni razón, que no vale la pena de estudiarse, y esto es un error. Para nosotros no tendrán causa ni razón; pero la tienen sobrada para el niño, y eso es lo que no se ha estudiado. Hay, si, muchos caprichos de pura malicia y por puro espíritu de tiranía; pero hay otros que tienen su origen en un estado psíquico de misoneísmo ó de irritabilidad especial que requieren ser tratados con tacto y dulzura.

El misoneísmo, el odio á lo nuevo, es característico de los niños en la primera infancia, y se revela en la inercia que opone á las correcciones de su lenguaje, insistiendo en repetir la palabra incorrecta balbuceada en sus primeros ensayos para ha-

blar; el niño á quien se enseña á pedir permiso para entrar en una habitación, lo pide aunque no haya nadie; y el que se acostumbra á soplar su comida caliente, sopla hasta los helados. Este odio á lo nuevo tiene su razón fisiológica, pues un niño no tiene vigor bastante para cambiar á cada momento de orientación y admitir ese constante hacer y deshacer que requiere el desarrollo de la existencia.

Muchos de los caprichos del niño son debidos á su apego á la rutina. Un niño de diez y ocho meses debía estar levantado la noche de Navidad para ver el árbol de Navidad; como estaba acostumbrado á tomar el último biberón en la cama y en camisa, de noche, cuando sintió hambre y se le dió la leche empezó á gritar como un desesperado, y no se calmó hasta que se le puso la camisa de dormir y se le metió en la cama; una niña de cinco años, hospedada en casa de la Lombroso, no quería bañarse ni en el cuarto de baño ni en su alcoba, sino en la alcoba de la madre de Paula, «porque en nuestra casa—decía la niña—mamá se baña en su alcoba». Una vez Lombroso fué llamado en consulta para un niño que cuando entraba en cierta habitación gritaba y lloraba, sin que nadie acertara con la causa; la causa era que habían metido allí una gran cómoda que modificaba la disposición de los muebles; arreglada la habitación como estaba antes, el niño se calmó. Todos estos caprichos son naturales y no deben preocuparnos, como no nos preocupamos de que el niño no sepa andar ó no tenga dientes.

Más graves y más difíciles de curar son los caprichos que parecen accesos de manía. Alfredo Musset rompió un día un espejo magnífico con un taco de billar, sin que su madre se atreviese á reñirle, sabiendo que era víctima de su nerviosidad. Jorge Sand cuenta, entre los caprichos de su hija, el que tuvo un día para salirse con la suya de no pasear á pie: al bajar del coche se encontraron con que se había quitado los zapatos y los había tirado á la calle sin que lo vieran, quedándose descalza.

Paula Lombroso fué testigo de una escena terrible promo-

vida por una niña caprichosa que no quería irse á la cama cuando ya era hora de acostarse; la niña se puso furiosa y decía: «Voy á la cocina, cojo el cuchillo y os mato á todos: mato al padre, á la madre, á los hijos y á las hermanas, y luego os cortaré la cabeza, y os sacaré toda la sangre, y os pondré cabeza abajo, y luego me escaparé á un bosque y me perderé, y no me encontraréis y lloraréis; ¡malos, malos, malos!» Otra niña se empeñaba en que le daban botas diferentes de las de sus hermanos, botas «que se paraban», mientras que las otras no se agarraban nunca al suelo. Estos caprichos son fruto de un malestar crónico ó agudo, que sólo se curan atendiendo al estado general, robusteciendo al niño para restablecer el equilibrio de sus facultades.

Así como con los caprichos que dependen de atraso intelectual ó de un estado excepcional de irritabilidad debemos ser indulgentes, con los que sólo significan imperiosidad y testarudez debemos ser inflexibles. El niño tiene la más fina intuición de nuestra debilidad, y si nota que estamos dispuestos á ceder, empieza por diletantismo á probar nuestra paciencia, y acaba por hacernos víctimas de su tiranía. Una niña de tres años se empeñaba en que su madre la paseara en brazos horas y horas, gritando en cuanto la dejaba un momento; otra de diez y seis meses no permitía á nadie sentarse en su habitación en otra silla que la por ella designada, y para ello obligaba á levantar sin compasión á una anciana de ochenta años de su sillón; esa misma niña había de merendar sentada dentro del aparador y en compañía del gatito de la casa; otra niña de dos años y medio se planta en medio de la calle y quiere saber por qué han escrito una T en el eje de una casa en construcción, y porque no la satisfacen las explicaciones se irrita y patea y no quiere moverse de allí. Nada de esto debe tolerarse. Una buena reprimenda, y á la cama: ese es el mejor remedio.

Hay padres que están reducidos á comer sin servilletas, ni salero, ni platillos, ni copas, porque no saben imponerse á sus hijos; y otros que no pueden ir con ellos de paseo porque todo

se les antoja, mientras que saliendo con la niñera van tranquilos. El daño de esta conducta es gravísimo, y es preciso saber usar de autoridad y de energía para que el capricho del niño, apenas nacido, desaparezca de raíz, sin dejar retoño alguno. Es el modo de lograr tranquilidad y de extirpar en los niños nocivas pasiones, preparándoles un porvenir dichoso.

### LITERATURA

LA POETISA DEL DOLOR.—¿Quién es la «poetisa fatal del dolor», como ella se llama á sí misma? Una infeliz maestra de pueblo, una campesina italiana, Ada Negri, maestra de la escuela de Motta Risconti, en el Tessino, ayer desconocida y hoy reverenciada en Italia como pudiera serlo Leopardi, y admirada en el mundo entero por sus geniales producciones.

Rica y feliz, como dice Mauricio Muret en la *Revue Bleue*, quizá hubiera dejado siempre ocultos los tesoros encerrados en su alma; la desgracia ha sido el estímulo de su genio, y el infortunio ha puesto la lira en sus manos para cantar el dolor. En su existencia desolada, la ventura ha lucido rarísimas veces; y, como ella dice, «ha crecido entre la bruma con una feroz nostalgia de sol en el corazón». Su dolor no se parece, sin embargo, al de Leopardi: el dolor, para Leopardi, era como una fatalidad ineludible, á la que había que resignarse; Leopardi, como Vigny, era un estoico; Ada Negri sufre y llora, pero no se resigna; su dolor no es el dolor del estoico ni el del cristiano, sino un dolor modernista del siglo xx: llora, pero apretando los dientes, renegando y sublevándose como Prometeo encadenado sobre la roca.

Esta escritora presenta el caso rarísimo de un alma femenina sin nada de misticismo. Tiene un ideal, pero es un ideal sin relación con las creencias regulares ni las religiones históricas: el ideal del dolor. Ada Negri ha cantado también el campo; pero sus versos campestres están llenos de lugares co-

munes; en cambio, cuando canta el amor y el odio, suele estar inspiradísima. Su corazón está lleno de los entusiasmos de una criatura primitiva; enemiga de todo disimulo, carece de eso que se llama *gusto*, que es cualidad propia de los neutros y de los tímidos, y la hipocresía de los literatos, que les obliga á buscar atenuaciones de expresión y matices grises á los términos de color brillante; Ada Negri tiene el valor de dejar á un lado el *gusto* para ganar en espontaneidad, en sinceridad y en vigor.

Ada Negri tiene lo que vale más que el gusto, el pudor. En su vida ha debido haber un drama de amor; pero hay tanta oscuridad en los versos relativos á ese episodio, que no es fácil saber á punto fijo en qué ha consistido, aunque se adivina que ha debido haber traición, separación, lágrimas y desgarramientos. Véase esta estrofa dirigida al hombre amado: «No vuelvas jamás; quédate allende los mares, quédate allende los montes; he matado nuestro amor; me torturaba demasiado. Lo he pisoteado, lo he pisoteado, lo he mordido, lo he desgarrado en cien pedazos, lo he aniquilado, y al fin se calla». Es una pasión muerta, pero esos versos apasionados muestran abierta la herida.

Una vez muerto el amor carnal, traidor, mezquino y egoísta, Ada Negri se proclamó la «Musa del nuevo amor», que es la caridad, derramando sobre todos los desgraciados los tesoros de su cariño. En su poesía revolucionaria palpita la energía viril, y las lágrimas que derrama sobre la humanidad queman como fuego. «¡Yo soy la guerra! — exclama; — soy fuerte como la encina, que hace frente al viento.» Hay algo de excesivo en estos alardes de virilidad.

Ada Negri es de origen plebeyo, y de ahí la idea puramente convencional que se ha forjado de la sociedad. Para ella la humanidad está dividida en dos campos: la gente del pueblo, y la que no lo es; la primera adornada de todas las virtudes, y la segunda de todos los vicios. La teoría no es muy exacta, pero no puede ser más clara ni más definida. Cuando

habla del no pueblo, Ada Negri no dice más que vulgaridades, pues ella cree que entre los burgueses el padre sólo piensa en robar y en jugar, la madre en el adulterio, el hijo en las muchachas y la hija en sucios flirteos. En cambio, cuando habla del pueblo, Ada Negri llega al tono heroico y hace vibrar su lira con arranques originales. Su poesía se parece á la *Canción de los golfos*, de Richepin; sólo que en Richepin se ve al poeta que se encariña con su asunto por su valor literario, mientras que en Ada Negri no es el amor de artista, sino el amor del sér humano, el que se despierta. Ada Negri no busca el aspecto pintoresco del obrero, sino su vida misma, cuando trabaja, cuando ayuna, cuando sufre.

Sus verdaderas simpatías están por los que se revuelven y se rebelan. ¡Sois el número, sois la fuerza, sois el derecho!... ¡Basta de sumisión! Ha llegado la hora de la revancha. Y ese es constantemente su lenguaje, estando como obsesionada por la revolución y viendo en el suceso más insignificante el movimiento precursor de la gran revuelta. ¿Con qué piensa sustituir lo existente? No lo sabe bien; pero el caso es destruir lo conocido. ¿Cómo la tragedia actual se ha de convertir en el futuro idilio, todo flores y alas y besos? Ada Negri no se preocupa de informarnos en ese punto, ni tiene tampoco ideas claras en la materia. La sociedad actual la desagrada, y su más ardiente deseo es que reviente cuanto antes, aunque sea por un cataclismo. Ada Negri, que ama con delirio á la humanidad entera y que es capaz de entonar un canto de ternura á los cafres ó á los esquimales, aborrece cordialmente á los burgueses, sin caer en la cuenta de su falta de consecuencia y de lógica.



LA NOVELA DE COSTUMBRES PROVINCIALES EN ESPAÑA.—Tal ha sido el tema elegido por el profesor Pitollet, agregado de la Universidad de París, en su conferencia inaugural del

*Neusprachlicher-Verein* de Hamburgo y Altona, sociedad que cuenta con varios distinguidos hispanófilos. De nuevo el señor Pitollet ha demostrado en la elección de tema las vivas simpatías que por España siente, y por eso damos gustosos la substancia de tan interesante discurso, que prueba el exacto conocimiento que tiene el Sr. Pitollet de la literatura española.

Entre los numerosos novelistas exóticos que han hecho fortuna en Francia desde 1880—dice,—sorprende no ver figurar sino incidentalmente el nombre de un español. Hace una veintena de años, sin embargo, que el extranjero nos suministra más que lo que nosotros mismos le damos, y que todas las literaturas extranjeras derraman en la francesa sus obras y su influjo. Así Inglaterra, con su Jorge Eliot; Rusia, con Dostoievski y Tolstoi; la Escandinavia, con su Ibsen y su Bjørnstjerne Bjørnson; Alemania, con su novelista Sudermann y su dramaturgo Hauptmann, sin hablar del apocalíptico Nietzsche; Italia, con Annunzio y Fogazzaro, á los que ha venido á juntarse Matilde Serao, con sus cuadros de costumbres napolitanas. Otra encarnación del alma inglesa—¡cuán distinta de la que nos ofrece Jorge Eliot!—se nos ha revelado en seguida en el novelista imperialista Rudyard Kipling; y del lado de Rusia, detrás del viejo Tolstoi, ha surgido el joven Gorki, mientras que una boga inaudita, por razones diversas y de desigual valor, difundía por Francia y por el mundo entero las novelas del polaco Sienkiewicz. Y en tanto, apenas si del lado de la letárgica España parecíamos enterarnos del renacimiento de la novela, aprendiendo á conocer, gracias á Renato Bazús, los nombres de Pereda, cuya *Sotileza* merecía los honores de la traducción en la *Revue des Deux Mondes*; de Pérez Galdós y de la Pardo Bazán; hasta *Pequeñeces* era adoptado con el nombre de *Bagatelles* en 1893, y hacía cierto ruido. Sin embargo, puede afirmarse, desde luego, que para el gran público francés, la España moderna y su literatura seguían siendo tan ignoradas como antes. ¿Tan desprovista estaba de interés la literatura española, que no se pudiera descubrir en ella nada de bello, ni de vi-



goroso, ni de moderno, que ofrecer en pasto á nuestra ardiente curiosidad de las cosas exóticas?

No ha sido esa, ciertamente, la razón de esta laguna ó de este olvido; pocas veces ha contado España con tan crecido número de novelistas y de escritores imaginativos como ahora. La escasa notoriedad del otro lado de las fronteras depende únicamente de la causa profunda que en todos tiempos ha constituido á la vez el genio y la inferioridad de toda la literatura traspirenaica; de un grave defecto, que es, á la vez, la más preciosa de todas las cualidades: de que, al revés del espíritu francés, que es ante todo universal, el espíritu español es ante todo particularista. Nada más instructivo en este respecto que comparar una obra de Maupassant con una novela, por ejemplo, de Valera, el más cosmopolita de los novelistas españoles contemporáneos. Como lo ha dicho perfectamente Rod, á propósito de las *Novelas campesinas*, de Luis Capuana, «los aldeanos de Maupassant son aldeanos que, por aldeanos que sean, se parecen á los aldeanos de todos los países». Tómese ahora *Doña Luz* ó *El Comendador Mendoza*, sin hablar de la clásica *Pepita Jiménez*, y se comprenderá la diferencia entre las dos literaturas.

Y es que España conserva todavía en su conjunto, frente á los demás grandes pueblos de Europa, una originalidad que la da notoria superioridad sobre ellos: la originalidad de permanecer estacionaria, de conservar el espíritu local, regionalista, de donde nace forzosamente una literatura de campanario. Así, la novela de costumbres provinciales ha seguido siendo una de las formas más populares de la novela. Desde Estévanez Calderón, Fernán Caballero y Trueba, pasando por Pedro Antonio de Alarcón, hasta Valera, hijo siempre de «la tierra de la sal y de María Santísima»; la Pardo Bazán, apasionada por su *Marineda*; Pereda, emanación de *la montaña*; y los escritores de menor fama (Salvador Rueda y Arturo Reyes, para Andalucía; Picavea, para la tierra de Campos; Polo y Peyrolón, para Aragón; sin hablar de los regionalistas

catalanes, á cuya cabeza brillan Verdaguer y Guimerá), la novela española es esencialmente regionalista.

El ejemplo de Pérez Galdós no prueba nada contra esta aserción: fácil sería citar multitud de pasajes del maestro en que tal ó cual comarca ó ciudad están pintadas con admirable maestría; recuérdese tan sólo *Angel Guerra*, *Fortunata y Jacinta* y *Gloria*. Palacio Valdés es tan naturalista como los anteriores. Parece, en verdad, que los escritores españoles tienen raíces tan profundas en la vieja tierra ibérica, que trasplantarlos sería hacerles perder la vida. No hay, pues, que sorprenderse de que se necesiten estudios especiales y una lenta y minuciosa preparación preliminar para poder gozar plenamente de su lectura. La cultura general no basta de ninguna manera para sentir su encanto; su sabor de terruño es tan pronunciado, que paladares no preparados al efecto no podrían tolerarlos.

Tal es, en concepto de Pitollet, la razón de la poca penetración en el extranjero de las novelas españolas contemporáneas. Ha sido preciso para asegurar el franco éxito logrado en Francia por Blasco Ibáñez, que al lado de la pintura de *la Huerta* de Valencia, el público francés reconociese los procedimientos literarios con los que estaba familiarizado, el gran procedimiento realista á lo Zola, gracias al cual la acción, aunque repleta de materia española y regionalista, se acomodaba por sí misma en las casillas cerebrales de los lectores, entraba en las categorías establecidas y se instalaba en ellas sin violentar el mecanismo corriente; en una palabra, les permitía tropezar consigo mismos al lado de Pimentó, Tonet, Roseta, Tomba, D. Joaquín, y hasta el pobre Marrut, bastardo degenerado del ilustre rocinante, bajo el emparrado de la *barracu* triangular, ó á lo largo de la *acequia*, bordeada de trémulas cañas.

Blasco Ibáñez, á cuya labor literaria consagra Pitollet minucioso análisis, es para el profesor hispanófilo el artista más perfecto de la España contemporánea, estimando que su obra

maestra es *Cañas y barro*. El mayor mérito de Blasco Ibáñez ha sido democratizar definitivamente la obra de arte en su país, educando definitivamente al pueblo español en el sentido del verdadero realismo, sin prejuicio alguno de escuela ni de secta.—¡Historias vulgares!—ha dicho cierta parte de la crítica, con desdeñoso acento. Sí, historias vulgares; pero cuya vulgaridad eleva á *Ana Karenine* ó á *Resurrección* al rango sublime de obras de arte, tan universalmente humanas, que toda sana individualidad—salvo ciertos pontífices, acostumbrados á cortar los pelos á lo largo—comulga en ellas con redentora piedad. ¿Es que ha existido jamás para el verdadero artista nada pequeño, bajo ni mezquino? El gran arte es democrático, y hace tiempo que ha perdido todo prestigio la vetusta convención de la materia noble y el estilo noble.

¡Cuán lejos estamos, con los libros de Blasco, de los tipos de Pereda, de esa humanidad hidalga, eternamente bonachona, de fatigosa honestidad, que el ilustre montañés ha repetido hasta la saciedad en su parcial realismo! ¿Qué son *Cafetera* y *Baquero* al lado de *Langonesa*? Y no es que Blasco Ibáñez haya descendido jamás hasta la ignominia zolesca, ni que su humanidad sea adrede crapulosa, so pretexto de ser verdadera. En este sentido, que, por otra parte, no tiene nada que ver con la moral burguesa, *Cañas y barro* supera, con mucho, á *La Barraca*. El autor ha comprendido perfectamente que ciertos aspectos de la vida pueden quedar en la sombra, sin perjudicar en nada á la verdad general del cuadro, ni aminorar en nada su potencia artística. En lugar de ser brutal, ha preferido resbalar sobre muchos detalles escabrosos, renunciando así á efectos de brocha gorda, que hubieran tentado á un autor menos dueño de sí mismo. Y cada vez más se ha dejado llevar por ese sentimiento divino de la piedad, cuya ausencia tanto se nota en las obras más notables de la literatura española.

¡Pobres seres, más dignos de lástima, en vuestra resignación taciturna, que los demócratas estrepitosos que llenan las

tabernas de Valencia! ¿Qué nos importaba conocer por lo menudo, como hubieran querido los críticos burgueses, enamorados de la *composición impecable*, vuestras fazañas y fechorías de lastimosos animales, cansados y febriles? ¿Qué nos importaba que un plan matemáticamente combinado, como en un problema de ajedrez, nos llevara como por la mano á la necesaria conclusión de vuestra intolerable miseria? Lo que nos importaba era vibrar al unísono del autor, aun á despecho de las reglas académicas, hasta en escenas cuyo lenguaje no estuviese rigurosamente ajustado á las prescripciones de la Gramática de la lengua, pues hay algo más fuerte que todas las reglas y más eficaz que todos los preceptos didácticos: la emoción comunicativa, que ignorarán siempre los pedantes y mandarines, y que da á Blasco Ibáñez, artista ante todo, y de ningún modo, como muchos de sus ilustres contemporáneos, novelista de profesión, un puesto aparte entre todos sus compatriotas. Sus obras—y en esta frase se resume todo el elogio de Blasco Ibáñez—son algo así como Sorolla escrito.

\*  
\* \*

EL RENACIMIENTO DE LA LITERATURA HEBRAICA.—Nahum Sluschz ha publicado un interesante libro sobre el «Renacimiento de la literatura hebraica (1743-1885)», que Ernest-Charles analiza en la *Revue Bleue*, mostrando, ante todo, la divergencia de opiniones entre los dispersos judíos, y la existencia del partido sionista, ganoso de reconstituir la nacionalidad hebraica, y del partido de los quietistas, que aceptan el hecho de la dispersión, sin perjuicio de llorar sobre la Jerusalem perdida, á semejanza de los israelitas establecidos en Egipto, que en tiempo de Moisés se negaban á emanciparse del yugo de los Faraones, ó de los que en tiempo de Assuero se hallaban á gusto, como Esther y Mardoqueo, en tierra extraña. Entre los más ardientes sionistas figura Max-Nordau, quien sonríe desdeñosamente cuando se habla de «partido sionista»,

por entender que los sionistas no son un partido, sino el judaísmo mismo.

Se ha creído largo tiempo en la extinción del hebreo como lengua literaria moderna, y los mismos judíos occidentales, al renunciar al uso de su lengua nacional fuera de la sinagoga, han dado mucho crédito á esta presunción. Y, sin embargo, la literatura hebraica no ha dejado nunca de existir, y en este siglo mismo está caracterizada por dos ideas esenciales: la emancipación intelectual de las masas judías, sumidas en la ignorancia, y la restauración del sentimiento nacional y de la solidaridad judía. El ghetto, que, desde la revolución francesa, ha producido combatientes, políticos, tribunos y poetas, ha dado también á luz muchos hombres de acción, salidos del pueblo y quedados en el pueblo, que hicieron del hebreo un instrumento de propaganda. Gracias á ellos, la lengua de los profetas ha sido llevada á la perfección, y se muestra bastante flexible para traducir todas las ideas modernas. Esos nuevos profetas, que así empalman la tradición bíblica con la literatura de los humildes y de los desheredados, son verdaderos tribunos populares. Todos ellos aspiran á la próxima regeneración del pueblo judío, expresan con ardor su fe y llevan á sus adeptos la firme convicción de que el pueblo de Dios no puede desaparecer nunca. Ahí está la verdadera literatura del pueblo judío, con la que el triunfo del sionismo no es ya una posibilidad, sino una certidumbre.

La literatura hebraica se desarrolla y prospera, como es natural, en Oriente. Dejemos á un lado á Luzzato y Halevy; olvidemos á Wessely y á Franco Daniel Méndez, y prescindamos hasta de Salomón Jehuda Rapoport, que mereció ser llamado padre de la ciencia judaica; de Nahman Krochmal, que demostró la misión espiritual del pueblo judío, y de Samuel David Luzzato. La Lituania, país judío, único puro que todavía lo sea, es el destinado á producir los grandes escritores hebreos contemporáneos.

Abraham Ben Lebensohn (1794-1880), apellidado el padre

de la poesía, profesa exaltado amor á la lengua hebrea; pero entre todos los cultivadores de la lengua bíblica sobresale Abraham Mapu (1808-1867), el creador de la novela hebrea. Mapu ha sido toda su vida el humilde erudito del ghetto, uno de los sucesores de los Ebionim, de los psalmistas y de los profetas. Tímidos, melancólicos, sin deseo por nada de lo que se relaciona con la vida práctica; frecuentemente envilecidos por su propia miseria material y por la miseria intelectual circundante, estos soñadores del ghetto ocultan en la intimidad de su alma esa exaltación moral, ese idealismo invencible, único que puede explicar la vivacidad y persistencia del pueblo-mesías.

Mapu era uno de esos, y maravillado por la obra de los románticos, y sobre todo por las novelas de Eugenio Sué, su autor favorito, escribió *El amor de Sión* hacia 1848, novela histórica en que se traza un capítulo de la vida del pueblo judío en tiempo del profeta Isaías. La época está admirablemente elegida: de un lado, una sociedad decadente con un rey ilustrado al frente, que lucha contra la limitación de su poder en el interior y contra la invasión del extranjero en el exterior; y de otro, los grandes profetas atacando la corrupción de costumbres y mostrando al pueblo el ideal. Mapu hace con su novela, cuya trama es pueril, una obra de alta moralidad y de civilización, revelando su pasado glorioso á toda una población hundida en un ascetismo degenerado ó en un misticismo hostil al presente, y mostrándole, no la Judea de los rabinos, santos y ascetas, sino el país de la naturaleza, de la alegría del vivir, el país de Ruth y del *Cántico de los Cánticos*.

Mapu presenta á sus compatriotas un Isaías poeta y moralista sublime, predicador de los bienes terrestres, de la bondad y de la justicia, opuesto á la doctrina estrecha y á las prácticas minuciosas de los sacerdotes, precursores de los rabinos. La novela predica la vuelta á una vida más natural. Toda la Judea agrícola pasa ante los ojos del lector; la alegría de los

viñadores, el abandono de los pastores, las fiestas populares, están pintadas con todo su brillo; la grandeza moral de Judea aparece en la descripción de todo un pueblo reunido para celebrar la fiesta en la ciudad santa.

La lengua hebraica había encontrado al fin su maestro popular, que reanimaba á la multitud, obligándola á comparar su presente miseria con su pasada grandeza; y Mapu exclamaba: «Yo he profundizado el latín antiguo en su vigor majestuoso, el alemán con su profundo sentido, el francés con el encanto de sus seductoras expresiones, y el ruso en la flor de su juventud; cada una de estas lenguas posee cualidades propias; sólo tú, ¡oh lengua hebraica!, eres incomparable... ¡Qué clara y límpida es tu palabra, á pesar de la ceniza de tus ruinas!»

Otros, como el poeta Judas León Gordón (1830-1892), y más todavía el novelista hispanopolaco Pérez Smolenski (1842-1885), han ayudado á la obra de Mapu. Pérez publicó en 1872 *El pueblo eterno*, base del movimiento de emancipación nacional. Pero ¿dónde ir? Unos optan por América, y otros, como Pérez, prefieren la Palestina, el país del pasado y el sueño del porvenir.

Si hemos de creer á Nahum Sluscz, la literatura hebraica moderna trabaja por el renacimiento del pueblo judío; se fundan revistas y periódicos, y constantemente aparecen libros cuyo público y cuya influencia se desarrollan de día en día; los escritores hebreos están en pleno período de creación literaria, y la fermentación de ideas que afluyen de todas partes es poderosa. La literatura hebraica contemporánea trabaja por el triunfo del sionismo, tal como lo conciben Teodoro Herzl, Max Nordau y Nahum Sluscz. Esta literatura ha llegado á ser en Rusia la tercera, viniendo después de la rusa y de la polaca; y fuera de los países eslavos, gana también terreno poco á poco en todo el Oriente desde Palestina hasta Marruecos. Este renacimiento del hebreo, ¿quiere decir que el sionismo ó el ideal de reconstitución de la nacionalidad judía haya ganado te-

rreno en la misma proporción? En todo caso, el libro de Sluscz es un documento curioso y algo imprevisto en la historia de la literatura y del espíritu universal.

### SUPERSTICIONES

LAS LÁMINAS MÁGICAS DE EXECRACIÓN. — Las llamadas por los latinos *tabellæ devotionis* ó *defixiones*, eran—dice en la *Nuova Antologia* Ersilia Caetani—láminas de plomo, arrolladas á guisa de volúmenes, en las que figuraban determinadas fórmulas mágicas de execración: después de consagradas con ritos maléficos, se escondían en los sepulcros ó en las casas de las personas contra quienes se quería dirigir el encanto, y se creía que de este modo se las entregaba á los dioses infernales. Estas láminas son, sin duda, las que, según Dion y Tácito, se encontraron en las paredes de la casa de Germánico; y á la misma clase pertenecían los maleficios á que se atribuía la locura de Caracalla, y los que producían los extraños olvidos del orador Escribonio Curión, que se olvidaba hasta de lo que iba á tratar en sus discursos forenses.

Estas láminas ó *defixiones* eran de dos especies: unas mágicas, cuyo poder provenía de la consagración y de las fórmulas arcanas que contenían; y otras, de pura imprecación ó deprecación, avalorada por los sacrificios á los manes del difunto en cuya tumba se encerraban; los manes, conjurados al efecto, tenían poder para dañar á los supervivientes, y para ello se les aplacaba con sacrificios, siendo creencia corriente que si no les detenían particulares consideraciones, trataban de matar á los parientes que no celebraban en su honor *solemnia* ó *parentalia*.

La fórmula por medio de la cual se entregaban las almas de los vivos á los manes de los muertos, invita á las potencias subterráneas, ya á torturar ó inhabilitar á la persona designada, y á su posteridad con ella, ya á matarla ó á pervertirla; por virtud de esta fórmula, el alma designada quedaba entre-



gada á las potencias infernales, que sin esto carecerían de poder para obrar sobre ella.

Existen *defixiones* griegas, latinas, óscas, samníticas y hasta etruscas. Una laminita de plomo, plegada en dos y traspasada por un clavo, se encontró en Traelto clavada bajo el cráneo de un esqueleto en su sepulcro; en ella se lee la triple invocación á los númenes infernales, y la enumeración detallada de todas las partes del cuerpo que se les entrega, que es el de una mujer llamada Tica; lo mismo que ésta son otras cuatro laminillas plúmbeas recientemente encontradas cerca de Mentana. Otra, desenterrada en una viña de las cercanías de Roma, hace saber que un tal Sotérico, para salvar á su propia mujer Entígina de los maleficios de la difunta Danae, ofrece á ésta un sacrificio, rogándola lo acepte y lo consuma, rescatando así el alma de su mujer. En un templo, consagrado en Gnido á Demeter, Perséfone y Plutón, se halló una colección de láminas del siglo II antes de Jesucristo, en las que se denuncian á los dioses infernales toda clase de agravios y delitos, conjurándoles para que castiguen á sus autores; son casi todos de mujeres: una se queja de que la han robado una pulsera; otra, de que la han arrebatado el cariño de su esposo; otra, de que la han calumniado; y así sucesivamente.

A la clase de las execraciones corresponden las láminas encontradas en un columbario de la vía Appia, escritas en letras griegas y con extrañas figuras de mágica superstición; todas ellas son de origen gnóstico, y una en latín censura al difunto Víctor para que haga comparecer ante Plutón, gobernador del infierno, al panadero Preseticio. De la misma clase es otra laminilla de plata, hoy en el Louvre, en la que se invoca el «grande y santo nombre del viviente Señor Dios Damnaneo y Adoneo y Jao y Sabaot», apelaciones divinas de origen judaico. San Juan Crisóstomo y los Concilios condenaron varias veces el empleo de amuletos entre los cristianos, como cosa diabólica, impía é idolátrica.

El suelo tunecino es especialmente rico en esta clase de

documentos, pues sólo en un cementerio se han encontrado 40 *devotiones*, con idéntica mezcolanza de supersticiones orientales, egipcias y hebraicas; dos de ellas referentes á los juegos del circo, en las que los cocheros de un bando desean á los del otro toda clase de percances, excitando á los demonios para que hagan que cada uno de los aurigas designados «caiga, vuelque, se destroce y no pueda tener el freno ni sujetar los caballos»; de este género de execraciones se encuentran numerosas variantes.

Son también curiosas las amatorias. En una de ellas se desea á un desdeñoso que muera de amor y de celos por su desdenada Successa; en otra se conjura á Julia Faustila para que vaya al infierno entre los condenados; en otras se desea toda clase de enfermedades y de muertes; en alguna se contenta la demandante con que el designado se vea consumido por el deseo, y no pueda dormir.

Los papiros griegos de Egipto han conservado multitud de recetas para preparar láminas mágicas, recomendando se elijan para depositarlas en los sepulcros de personas fallecidas jóvenes ó de muerte violenta, pues se creía que cada alma tiene predestinado un tiempo fijo de vida, y si ese tiempo se acorta por cualquier motivo, el alma tiene que cumplir su tiempo en la propia sepultura: de ahí que estas almas fueran más asequibles á los conjuros.

También hay amuletos profilácticos contra las maldiciones. Tal es el encontrado en un sepulcro de Cumas, según el cual cierto Barcathes, con otros dos, queriendo librarse de la maléfica influencia de su enemigo Quinto Cava, que conocía la fórmula execratoria, se hicieron con otra fórmula contraria para anular los efectos de aquélla.

En las tumbas de los cristianos no se han hallado, como es natural, láminas execratorias; lo único que á veces se encerraba en ellos era alguna lámina antimágica, contra los temidos maleficios del espíritu infernal, como la que en 1871 se encontró en Trau, en la Dalmacia. La superstición, ya en for-

ma positiva, ya en forma negativa — pues superstición al fin es creer en la posibilidad del maleficio y de los conjuros, — se ha prolongado hasta nuestros mismos días.

## PSICOLOGÍA COLECTIVA

EL PROBLEMA DE LA MULTITUD.—La mayor parte de las tesis revolucionarias en la historia del pensamiento, como sostiene en la *Nuova Antologia* Olivetti, representan la inversión de las recíprocas tesis reaccionarias: así, la crítica de la economía política de Carlos Marx ofrece la transformación dialéctica de las teorías de Ricardo y de la escuela clásica; como el materialismo histórico es un hegelianismo al revés; como la tesis política de Rensi está basada en la feroz crítica analítica de Mosca sobre el juego de los partidos políticos. Pero el ejemplo más típico de estas delectaciones dialécticas del espíritu humano lo hallamos en el estudio del problema de la multitud.

Los recientes estudios sobre la multitud son un ramo vigoroso de la moderna antropología y de la psicología colectiva. Fué un movimiento esencialmente innovador, positivista en cuanto al método, determinista en cuanto al supuesto filosófico y ético que le dió la novísima antropología; así, una escuela que partía de las ciencias físicas terminó en la ética, y mientras negaba la metafísica, hizo revivir las más clásicas disertaciones metafísicas, aunque con espíritu nuevo y honrados propósitos.

La teoría moderna de la multitud consiste esencialmente en considerar á este ente colectivo como producto distinto de los diversos valores asociados, así como se estima en economía política que el trabajo de una colectividad es superior á la suma del trabajo de sus miembros. La multitud, ¿vale más ó vale menos que el individuo aislado? He ahí el problema ético: por un lado, afirman lo primero los admiradores de la multi-

tud ó de la asociación; por otro, sostienen lo segundo los denigradores de las colectividades. En el campo moral, unos sostienen que la virtud colectiva es superior á la individual; y otros, que la multitud está más sujeta que el individuo á ceder á los malos instintos y á las pasiones. En el campo intelectual, aquéllos piensan con el concepto vulgar de que «más ven cuatro ojos que dos»; que en las colectividades, con la división del trabajo, la intensidad del rebusco y la mutua fecundación de las ideas, se obtiene mayor sabiduría; los contrarios opinan que en una reunión sólo prevalecen los instintos y las ideas medias, suprimiéndose toda originalidad y toda energía creadora, y midiéndose á todos por el mismo rasero de la vulgaridad. Aplicadas á la política, los unos están por los Parlamentos y el sufragio universal; los otros reniegan del parlamentarismo con la erudita ironía de Taine ó el soberbio desdén de Nietzsche, y van en derechura al despotismo ilustrado y al cesarismo: esta discrepancia trasciende á las filas mismas de los revolucionarios, donde lucha el socialismo autoritario de Marx contra el anarquismo libertario de Bakunine.

Se equivocaría grandemente el que afirmara, al analizar el efecto, por ejemplo, de la lectura de un libro por un hombre aislado, y el de la lectura pública en un teatro ó en un Parlamento, que la intensidad de la expresión de los sentimientos por cada miembro de la colectividad varíe en razón directa de la extensión de esa colectividad; el efecto tiene un límite, más allá del cual la intensidad decrece. Lo que sí puede establecerse es que «el tono de la emoción colectiva crece con la extensión de la colectividad, mientras ésta no pierda la plena conciencia de sí misma y de la propia emoción». Fuera de esto, es indudable que la imitación ó la sugestión se desenvuelve más rápidamente en la multitud que en el individuo.

La moderna psicología se ha preocupado poco del valor social de la ideación; el hombre aislado no tendría más que impresiones confusas; las ideas quieren en nosotros fijeza por la confrontación perpetua á que las sometemos en nuestro

trato social con nuestros semejantes; no podríamos estar seguros de un color si no oyéramos á todos llamarle del mismo modo. Toda idea, todo conocimiento, es fruto de experiencia social. La frase vulgar de que la multitud *estalló* en aplausos ó en silbidos, encierra una gran verdad psicofísica: en el hombre aislado, el triunfo de una emoción ó de una convicción es fruto de una *combustión*; en la multitud, de una *explosión*.

La emotividad de la multitud, además de ser más rápida, es más intensa. La alegría no lo es, si no se disfruta en compañía; el hombre aislado no se ríe, y todos sabemos lo que aumentan nuestra emoción los aplausos á un actor ó á un orador. La emoción de la multitud es además más duradera, y todos sabemos que la reflexión que nos obliga á rectificar una impresión falsa, apenas existe cuando el individuo forma parte de la multitud; en tales casos, nuestro sentido crítico se embota y nuestra pasionalidad é impulsividad se aumentan; el salvaje y el niño se conmueven fácilmente, pero no reflexionan. La crítica es una sal de conserva cuando los críticos son pocos; es un veneno mortal cuando todo un pueblo sutiliza; la multitud ama y odia, rara vez distingue ni critica.

La multitud no es mejor ni peor que el individuo, porque la multitud no existe; hay multitudes, pero no la multitud; y aquéllas son mejores ó peores que el individuo, según sean ó no disciplinadas y orgánicas, que tengan ó no un alma, ó que sean un compuesto químico ó un pisto. Los psicólogos de la multitud han caído en el mismo error de los criminalistas, que estudiaban el delito y no el delincuente, ó en el de Quetelet, que andaba en busca del *hombre medio*. Si lo hubiese encontrado, ¡qué clase de bicharraco sería!

Partamos de la ética individual. Lo que forma la integridad del hombre es el carácter; el hombre sin carácter no es *uno*, intelectual ni moralmente, sino un conglomerado de notas disformes y contradictorias. Como el hombre, la multitud será buena si es orgánica, mala si es amorfa. La multitud tendrá un alma si tiene un carácter, si está dominada por una idea

moral; el alma colectiva es una verdadera neoformación, un ente que vive en el espacio y á través de los siglos, con fisonomía propia, estética propia y propio ideal; el alma colectiva, en el sentido psicológico y no místico de la palabra, no puede, como el alma individual, ser vista ni tocada; pero lo mismo que la individual, está compuesta de energía psíquica y existe en sus efectos y en su movimiento. Este alma colectiva puede tener la vida de una hora y constituir una asamblea dada, ó vivir veinte siglos y representar la homogeneidad superior alcanzada por un pueblo ó por una especie.

Las multitudes feroces y delincuentes son las ocasionales, en las que no existe un orden espontáneo ni puede formarse; en esas multitudes los más violentos prevalecen, por ser los más fuertes y los dotados de mayor energía sugestiva. Los mayores delitos de las multitudes ocurren en los momentos de crisis morales, durante grandes trastornos, en los períodos revolucionarios; sólo entonces una multitud, compuesta de individuos buenos pero débiles, puede ser arrastrada á la violencia y al crimen por la fuerza de los audaces y decididos.

No puede, pues, resolverse en sí mismo el problema de la multitud. Todo determinado grupo humano será heroico ó vil, mejor ó peor que el individuo mismo, según que tenga ó no carácter y organización; entre los delincuentes no existe asociación espontánea, sino férrea disciplina, impuesta por la fuerza ó tolerada por la necesidad de la lucha contra la ley. Por eso multitud organizada equivale á multitud virtuosa; y aplicar á un grupo orgánico las deducciones sacadas del estudio de multitudes inorgánicas, y por lo tanto malas, ó por lo menos fáciles para la delincuencia, es un sofisma. Nada menos cierto que el manoseado *Senatores boni viri, Senatus autem mala bestia*. El astuto latino dice *boni viri*, pero no *boni cives* ó *boni senatores*; entonces sería cuando se pudiera argüir lógicamente. Una reunión de hombres malos será peor que cada uno de ellos en particular; pero una asociación de buenos dará un producto mejor que el de cualquier asociado.

Los fenómenos de la psicología de la multitud son sólo fenómenos de la psicología de los miembros de la multitud, puramente cuantitativos y no cualitativos. Esta es la única conclusión autorizada por el examen de los hechos; todo lo demás es recreo dialéctico, producto en gran parte del amor á lo extraño y á lo maravilloso, que es todavía tan potente en el fondo de nuestra conciencia, depósito de las religiones primitivas, que con su sentimentalidad histórica sobreviven á su racionalidad, para siempre quebrantada ó destruída.

La ética no tendría una razón práctica de existir si no dictase las leyes de la pedagogía individual ó social; para que exista una buena colectividad hace falta que sean buenos los componentes, y éste es el objeto de la educación individual. Los buenos pueden ser buenos para sí y no para la sociedad: de ahí el ideal social, es decir, un fin ético común que justifique la reunión de cada cual en una colectividad.

## OCULTISMO



EL PRANAYAMA Ó LA CIENCIA DE LA RESPIRACIÓN.—El gran ejercicio del Yoghi, cualquiera que sea su condición, es el dominio del aliento ó el pranayama. Julio Bois nos da á conocer en la *Revue* la interesante doctrina y los maravillosos hechos del pranayama.

El universo entero está compuesto, para los filósofos asiáticos, de dos elementos primordiales, *acaza* y *prana*: el primero representa la materia invisible y sutil, el éter; *prana*, la fuerza, no sólo física, sino nerviosa y mental; todos los seres, al fin de su ciclo, vuelven al invisible *acaza*, del que sólo son formas y apariencias; todas las almas, todas las energías se confundirán en *prana*, de donde proceden; Prana y Acaza, tras una época indefinida de reposo, producirán un nuevo universo, que acabará á su vez para renacer más tarde, y así sucesivamente. El pranayama es el conocimiento de Prana.

Nosotros nos dispersamos en el análisis; los orientales se remontan á lo general, y creen que las entidades resultantes son principios activos, verdaderos seres independientes de los hechos particulares. Cuando el Yoghi es perfecto, domina la naturaleza y deja de ser esclavo de las llamadas leyes naturales, gravitación, atracción, enfermedad ó muerte: de ahí que el ignorante que presencia los actos extraordinarios del Yoghi los juzgue milagrosos.

Ahora bien: ¿cómo llegará ese dominio? Cada hombre lleva en sí mismo una de las manifestaciones más claras de la vida universal, el movimiento respiratorio; el que llega á gobernar su respiración gobernará á Prana en sí mismo y en el Prana de los demás y del universo; todo el misterio estriba en conocer y practicar la ciencia de la respiración. Hay que sentarse cómodamente, manteniendo verticales el pecho, el cuello y la cabeza; al aspirar y espirar se repite la palabra sagrada *aum*, y no hay nada, ni el sueño, que proporcione tanto descanso.

Hay muchos métodos de pranayama. Vivekananda aconseja, después de algunos meses de práctica, respirar lentamente por la nariz izquierda, tapándose la derecha con el pulgar; concentrar el espíritu sobre la corriente nerviosa de la médula espinal, y luego, después de retener el aliento un instante, cerrando completamente la nariz con el pulgar y el índice, echarlo por la nariz derecha; se vuelve á empezar cambiando de nariz, y hay que llegar á aspirar en cuatro segundos, á retener el aliento en 16, y á echarlo en ocho; el ejercicio se repite cuatro veces al día: al salir el sol, al medio día, al crepúsculo y á media noche. Otro método es el siguiente: tapad la nariz derecha con el pulgar de la mano derecha; aspirad lentamente por la nariz izquierda diciendo *aum* siete veces; cerrad completamente la nariz y retened el aliento el espacio de tiempo necesario para repetir catorce veces «*aum, tat, sat*»; espirad en seguida por la nariz derecha repitiendo *aum* siete veces, y aumentad así poco á poco el tiempo de retención, repitiendo cada vez siete veces más «*aum, tat, sat*». En Persia



se opera de otro modo: el yoghi aspira lentamente repitiendo la palabra *nest* hasta que los pulmones están llenos de aire; luego inclina la cabeza sobre el seno derecho repitiendo *hasti*, y exhala; después levanta la cabeza, hace una profunda inspiración repitiendo *magur*, y luego inclina la cabeza del lado izquierdo diciendo *yasdan* y echando el aliento; la fórmula es *nest hasti magur yasdan*, «sólo Dios existe». Al cabo de cinco minutos de ejercicio se cae desvanecido si no se tiene cuidado de graduar la preparación.

A medida que se va uno perfeccionando en el pranayama, se pasa de la transpiración al temblor; luego se erizan los cabellos, el cuerpo queda insensible y comienzan las visiones; llamas azuladas rodean al extático, que penetra en la región de la imaginación, hasta que la luz azulada se ve reemplazada por la luz blanca, más clara y brillante que la luz eléctrica, el alma misma hecha visible.

Para llegar á la hibernación el Yoghi hace veinticuatro incisiones en el freno de la lengua, una cada ocho días; después de cada incisión se tira de la lengua durante siete días, y la humedece con astringentes y sustancias saladas; durante seis meses sólo toma leche, practicando la suspensión de la respiración en su retiro subterráneo y disminuyendo gradualmente su alimento. Al acercarse el invierno vive durante una semana de *ghea* y de leche; luego ayuna completamente dos días, llena de aire su estómago y sus intestinos, se sienta en la postura de Liddbrasana, respira profundamente, llena de aire sus pulmones y se traga la lengua, y cierra la glotis oprimiendo la epiglotis con la lengua vuelta; así suspende la respiración, fijando la mirada entre las dos cejas, y queda dispuesto para «la hibernación». Hay casos de hibernación perfectamente comprobados, de cuya autenticidad no puede dudarse. He aquí, para terminar, la

## TABLA DE LOS MÉTODOS

1. MÉTODOS para subyugar el cuerpo.	2. MÉTODOS para subyugar la inteligencia.	3. MÉTODOS para unir el alma humana á la universal.
1. Yama (purificación). 2. Niyama (devoción). 3. Asana (postura). 4. Pranayama (dominio del aliento). 5. Pratyaharra (obediencia de los sentidos). <span style="font-size: 2em; vertical-align: middle;">}</span> <i>Ejercicios exteriores.</i>	6. Dharana (concentración). 7. Dyana (contemplación). 8. Savikalpa-Samabhi (sueño artificial). <span style="font-size: 2em; vertical-align: middle;">}</span> <i>Ejercicios interiores.</i>	Nirvikalpa Samadhi (estado constante de desvanecimiento).
HATHA YOGHA — Hibernación. Levitación. Suplicios voluntarios. Acrobacia mística. Entierro y exhumación del faquir vivo.	RAJA YOGHA — Transfiguración. Adivinación. Videncia. Profetismo. Éxtasis.	NIRVANA — Divinización. Serenidad perfecta. Inconsciencia suprema. Superconsciencia. Embrutecimiento perfecto.

El pratyaharra, resultado de los ejercicios que le preceden (yama, niyama, asana y pranayama), es un estado en que los sentidos no obedecen á la naturaleza exterior, sino á la interna; en lugar de ser los que transmiten al cerebro las diversas sensaciones, es el cerebro mismo el que ve, oye, toca, huele y gusta lo que quiere y cuando lo quiere; es la anestesia y la catalepsia voluntarias, la alucinación espontánea, el triunfo de las impresiones subjetivas sobre las objetivas; para nosotros, un estado de sueño y de locura; para el Yoghi, la victoria del alma sobre la materia.

## ENCICLOPEDIA

EL DIARIO ÍNTIMO DE TOLSTOI.—La antigua *Revue des Revues* publica varios «Fragmentos inéditos» de Tolstoi, entre los que reproducimos los que siguen:

Todas las formas de nuestra vida son lo que son á causa

de la división de los hombres en amos y esclavos: acróbatas, mozos de café, alcantarilleros, fabricantes de espejos, todas las fábricas; todo eso no ha podido formarse como lo vemos, sino por la división en señores y esclavos. ¡Y queremos la vida fraternal conservando las formas serviles de la vida!

La superstición es como un cáncer: si se empieza la operación, hay que extirparlo todo; si se deja la menor cosa, el cáncer reaparece, y más grave.

Se me han ocurrido multitud de pensamientos sobre la ceguera de los hombres que luchan contra el anarquismo destruyendo anarquistas, en lugar de reformar el orden social, ese orden que los anarquistas combaten invocando su horror.

¿Cómo no ven los anarquistas la inutilidad de la violencia? Hacen bien, cuando razonan sobre la inutilidad y sobre los perjuicios de la violencia gubernamental; pero necesitan emplear la violencia y el asesinato, por la no participación en la violencia ni en el asesinato.

Hay dos modos de conocer el mundo exterior. Uno, el más grosero y habitual, es el de los cinco sentidos. El otro consiste en reconocer su propia vida por el amor egoísta; en reconocer la de los demás seres por el amor de esos seres, y transportarse por el pensamiento á otro hombre, á un animal, á una planta, hasta á una piedra. Por este medio se conoce interiormente, se percibe el mundo tal como lo conocemos. Este medio es el que se llama el don poético; es el amor, la reanudación de la unión entre los seres, que parecía quebrantada. Se sale de sí mismo y se entra en otro. Y se puede entrar en todo, confundirse con Dios, con todo.

La muerte de los niños en su aspecto ordinario: la Naturaleza trata de darnos las mejores criaturas, y las recoge cuando ve que el mundo no está todavía dispuesto para ellas. Pero hay que ensayar para adelantar; es como las golondrinas que llegan demasiado pronto: se mueren de frío, pero tienen que venir. Este razonamiento es ordinariamente falso. El razonamiento inteligente es que el niño que muere ha cumplido la

obra de Dios—el establecimiento del reino de Dios por el aumento del amor—más que los que han vivido cincuenta ó más años.

Cada prescripción de moral práctica implica la posibilidad de la contradicción de esa prescripción con los actos que de ella emanan. La abstinencia, es decir ¡no comer y hacerse incapaz de servir á los hombres! No matar los animales, es decir ¡permitirles que nos devoren! No beber vino, es decir ¡no comulgar, no cuidarse con vino! No resistir al mal por la violencia, es decir ¡permitir que un hombre me mate ó mate á los demás! Lo rebuscado de estas contradicciones muestra únicamente que el hombre que se ocupa en ello no quiere servir al pueblo moral. Siempre la misma historia: porque un hombre necesita curarse con vino, no combatir el alcoholismo; á causa de una violencia imaginaria, ¡matar, guillotinar, encarcelar!

## BELLAS ARTES

LA ESTÉTICA DE GANGUIN.—En un artículo de Carlos Morice, publicado por el *Mercure de France*, se inserta un curioso trozo de Ganguin, en el que parecen resumirse las ideas que sobre el tecnicismo y sobre la estética tenía el mismo ilustre artista.

Supone Ganguin que en tiempos de Tamerlan se hallaban reunidos en un bosque varios jóvenes rodeando al pintor preceptista. Manique les decía:

«Emplead siempre colores del mismo origen. El índigo es la mejor base: se hace amarillo, tratado por el espíritu de vino, y rojo en el vinagre. Los drogueros lo tienen siempre. Ateneos á esos tres colores. Con paciencia, sabréis componer así todos los tintes. Dejad que el fondo de vuestro papel aclare los colores y haga el blanco, pero no lo dejéis nunca completamente desnudo. El lienzo y la carne no se pintan sino cuando se tiene el secreto del arte. ¿Quién os dice que el ber-

mellón claro es la carne, y que el lienzo se sombrea con gris? Poned una tela blanca al lado de una col ó de un manojo de rosas, y veréis si se tiñe de gris.

Rechazad el negro y esa mezcla de blanco y negro que se llama lo gris. No hay nada negro ni nada gris. Lo que parece gris es un compuesto de matices claros, que un ojo experto adivina. El que pinta no tiene por misión, como el albañil, edificar, compás y escuadra en mano, una casa sobre el plan trazado por el arquitecto. Bueno es que los jóvenes tengan un modelo, pero que lo cubran con la cortina mientras pintan. Mejor es pintar de memoria, y así vuestra obra será vuestra; vuestra sensación, vuestra inteligencia y vuestra alma, sobrevivirán entonces á los ojos del aficionado.

Cuando se quieren contar los pelos de su asno y determinar el lugar que ocupa cada uno, se va á la cuadra. ¿Quién os dice que se debe buscar la oposición de los colores? ¿Qué más grato al artista que hacer distinguir en un ramo de rosas el matiz de cada una? Dos flores semejantes no podrían nunca serlo hoja por hoja.

Buscar la armonía y no la oposición, el acuerdo y no el choque. El ojo de la ignorancia es el que asigna un color fijo é inmutable á cada objeto: ya os he dicho que os guardéis de ese escollo. Ejercitaos en pintar acoplado ó sombreado, es decir, vecino ó puesto detrás de objetos que tengan colores distintos ó semejantes. Así agradaréis por vuestra variedad y vuestra verdad, la vuestra. Id de lo claro á lo obscuro, y no de lo obscuro á lo claro; vuestro trabajo no será nunca demasiado luminoso; la vista se complace en recrearse por vuestro trabajo; dadla gusto y no disgusto. Al fabricante de muestras es á quien corresponde copiar las obras de otros; si reproducís lo que otro ha hecho, sois sencillamente fabricantes de mezclas; embotáis vuestra sensibilidad é inmovilizáis vuestro colorido.

Respire todo en vosotros la calma y la paz del alma; así evitáis la posición en movimiento; cada uno de vuestros per-

sonajes debe hallarse en estado estático. Cuando Umra ha representado el sepulcro de Ocrai, no ha levantado el sable del verdugo, ni prestado al Kakhan ningún gesto de amenaza, ni torcido en convulsiones á la madre del paciente. El sultán, sentado en su trono, pliega en su frente la arruga de la cólera; el verdugo, de pie, mira á Ocrai como una presa que le inspira compasión; la madre, apoyada en un pilar, demuestra su dolor sin esperanza por el desmayo de sus fuerzas y de su cuerpo. Así se pasa una hora sin fatiga ante esta escena, más trágica en su calma que si, pasado el primer minuto, la actitud imposible de gravedad hubiera hecho sonreír de desdén.

Aplicaos á la silueta de cada objeto: la limpieza del contorno es patrimonio de la mano que no se debilita por ninguna vacilación de la voluntad.

¿Por qué embellecer á capricho y con propósito deliberado? Así desaparece la verdad, el olor de cada cosa, flor, hombre ó árbol; todo se borra en una misma nota de belleza que da asco al conocedor. No es esto decir que sea necesario desterrar los asuntos graciosos, sino que es preferible pintar tal y como se ve, á vaciar el color y el dibujo en el molde de materia preparada de antemano en nuestro cerebro.

No acabéis demasiado. Una impresión no es bastante duradera para que la persecución del último detalle, hecha después del último retoque, no perjudique á la primera intención; así refrescáis la lava, y convertís en piedra la sangre hirviente. Aunque fuese un rubí, echadla lejos de vosotros.

No os diré qué pincel debéis preferir, qué papel tomaréis y en qué orientación os colocaréis. Esas son cosas que preguntan las muchachas de cabellos largos y de ingenio corto, que ponen nuestro arte al nivel del de bordar zapatillas ó del de hacer pasteles succulentos.

## IMPRESIONES Y NOTAS

CÓMO SE CREA EL TIPO AMERICANO.—Bentzon, en la *Revue des Deux Mondes*, explica cómo los Estados Unidos consiguen convertir en americanos los individuos de todas procedencias que las corrientes de emigración les envían, logrando fundirlos en un mismo crisol, de donde salen identificados con el país adoptivo de tal suerte, que aceptan sus costumbres y su lengua, y se encariñan con su nueva patria como si fuera la patria de nacimiento.

Al efecto, toma como tipo á Jacob Rüs, un dinamarqués, aprendiz de carpintero en su tierra, y con trece hermanos, enamorado de una joven distinguida; la familia le rechazó, y, despechado, emigró con otros varios, alistados para explotar una mina de carbón, junto al Allegheny. Establecido como obrero minero, se dedicó después á toda clase de oficios, y fué tejero, leñador, trapero, cazador, conferencista, reporter y, por fin, periodista; con un semanario que compró logró hacer un pequeño capital, y regresó á Dinamarca para casarse con su antigua novia, como lo hizo, volviendo con ella á Nueva York. Allí fué corredor de anuncios, hasta que *La Tribuna* le admitió de reporter policíaco, para cuyo cargo demostró tales aptitudes, que pronto fué reconocido como el primer periodista de la clase.

El nombramiento del actual presidente de la República, Teodoro Roosevelt, para jefe de la policía, dió gran notoriedad á Rüs, pues él fué quien organizó aquellas famosas rondas de noche, que valieron á su jefe el nombre de Harum-al-Roosevelt, de las que tanto bien produjeron á Nueva York, haciendo desaparecer peligrosas sentinas y barriadas miserables, sustituidas por asilos y escuelas para niños abandonados, refugios para emigrantes pobres, etc. Rüs sacó de aquel contacto con las clases ínfimas ricos materiales de estudio, que le sirvieron para publicar algunos libros de costumbres muy celebrados.

No hay que decir que con este género de vida Rüs llegó á ser un perfecto americano á los pocos años. Y así suelen hacerse todos.

\*  
\* \*

UNA AUTOBIOGRAFÍA LACÓNICA.—Máximo Gorki, el famoso escritor de moda que comparte con Tolstoi la celebridad cosmopolítica, excitado por su editor para que escriba su biografía, le ha complacido en los términos siguientes:

- 1878. Entro de aprendiz en casa de un zapatero.
- 1879. Paso de aprendiz á casa de un dibujante.
- 1880. Mozo de cocina en un vapor.
- 1884. Comisionista.
- 1885. Panadero.
- 1886. Corista de una compañía de ópera trashumante.
- 1887. Vendedor de patatas callejero.
- 1888. Me quiero matar.
- 1890. Empleado como copista en casa de un abogado.
- 1891. Doy á pie la vuelta á Rusia.
- 1892. Publico mi primera novela.—Y nada más.

\*  
\* \*

STENDHAL, PLAGIARIO.—Así resulta claramente demostrador Casimiro Stryiensi en *El Mercurio de Francia*. Beyle-Stendhal era lo que hoy llamaríamos un desahogado, especialmente en sus principios, y con la mayor desenvoltura tomaba ideas y se apropiaba frases ajenas, dándolas como propias.

Su primera obra, «Cartas escritas en Viena de Austria, sobre el célebre compositor José Haydn» (París, 1814), no es más que un hábil calco de las *Haydinas*, de Carpani, obra publicada en Milán dos años antes. El autor le acusó de plagio; pero Stendhal defendió su impostura con la mayor insolencia, con el nombre supuesto de C. G. Bombet, hermano del falso Luis Alejandro César Bombet, que era el pseudónimo que había adoptado.



En su segunda obra, «Roma, Nápoles y Florencia en 1817», se encuentran pasajes enteros copiados literalmente de un artículo del número 15 de la *Edimburg Review* y otros, traducidos del *Viaje á Italia*, de Gøethe. Stryiensi pretende disculpar estos hurtos diciendo que cuando se traduce con habilidad no hay apenas plagio de una obra literaria á otra; pero lo cierto es que el plagio existe y que la lealtad del autor exige la cita de las fuentes cuando recoge en su obra frases ajenas.

\*  
\* \*

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER.—El profesor Renzo Turlani ha obtenido el premio Ravizza, de 200 liras, desarrollando el siguiente tema: «Estudio comparativo de lo que se hace por la educación pública y privada de la mujer en los países cultos; determinación de los principios fundamentales en que deba informarse tal educación, y en qué y cómo deba y pueda completarse y reformarse». El trabajo premiado acaba de publicarse, y aunque el autor no es un literato, según dice Nemi, ha sabido tratar la materia magistralmente, recogiendo multitud de datos y observaciones.

Italia hace en el cuadro general bastante mal papel; su cuerpo docente es el peor retribuído y considerado (1); la ley

---

(1) Así lo afirma Nemi, pero es porque compara á Italia con Francia, Inglaterra, Bélgica, etc. Si la comparara con España, no sentaría tal afirmación. Véase lo que sobre esta materia hemos escrito recientemente nosotros mismos en *El Globo*:

«*La redención del maestro.* — Si hay alguna cuestión sobre la que se hallen de acuerdo todos los partidos, es la de reconocer que no hay posibilidad de levantar el nivel intelectual de la nación sin comenzar por la dignificación del maestro. Se recoge como se siembra, y no es posible cosechar abundantes y selectos frutos donde se han arrojado semillas enfermizas y escasas.

»Se habla con frecuencia de las miserias de la clase obrera, y todos los días tropezamos en la prensa política con espeluznantes descripciones de cuadros pavorosos y de escenas desgarradoras, de que son teatro las grandes ciudades ó los grandes centros mineros y fabriles; y nos espantamos y nos encogemos miedosamente ante las diarias revelaciones de los

sobre enseñanza obligatoria es todavía en gran parte de aquella península una ironía, y los resultados mismos adquiridos están muy lejos de ser satisfactorios. Entre las reformas que propone Turlani está la reforma de la enseñanza secundaria, es-

periódicos, no acertando á comprender cómo puede vivir el obrero de Jerez ó el cobrador de tranvías madrileños, con la mísera paga que perciben.

»Nada de esto, sin embargo, se parece á las miserias del proletariado intelectual. El obrero, que cuenta con sus brazos, se presenta en demanda de trabajo, y rara vez deja de encontrar dónde comer; pero el desdichado maestro de escuela, que ha tenido que hacer los gastos de su modesta carrera, con la esperanza de un pasadero porvenir, se presenta también en demanda de trabajo, sin hallarlo casi nunca, y tiene que aguantar un mes y otro mes, y esperar á la resolución de uno y otro concurso, hasta lograr una colocación.

»Pero, ¿sabe el público qué clase de colocación encuentra el maestro? No, no lo sabe; porque si lo supiera, no es posible que no se hubiera levantado cien veces una protesta nacional que pusiera término á semejante vergüenza. El público sabe, en general, que los maestros cobran poco, cuando cobran, y el tipo del maestro de escuela legendario es el del funcionario que se muere de hambre, más por el atraso con que se le paga que por la mezquindad de lo que cobra. Fuera de estas generalidades, el público, el gran público, no sabe hasta dónde llegan las miserias del Magisterio de primeras letras.

Pues bien: ¿sabe el público qué clase de colocaciones obtiene el maestro, después de haber terminado su carrera y de haber gastado sus escasos ahorros en solicitudes sin cuento á los diversos rectorados, y en paseos, viajes y cartas para lograr entrar al servicio del Estado? No hablemos de la aristocracia de la clase, de los colosos del saber y del poder que, después de varias oposiciones en diversas capitales, llegan á obtener, tras una lucha titánica de cuatro ó seis años, por término medio, capaz de consumir las energías del más valiente y los tesoros de paciencia y de resignación del mayor Job del mundo que existir pueda, una escuela de 825 pesetas con descuento. Esos son los aristócratas del Magisterio, los que cuentan con fondos de reserva para hacer frente á los gastos nada pequeños de una oposición, y con suficiente caudal de saber para triunfar en la contienda; cerca de cinco mil maestros escogidos, la flor y nata de la clase.

»No hablemos tampoco de los que arriban al sueldo de 625 pesetas, en el que comienzan los maestros de escuelas completas: esos son los colosos del favor ó de la perseverancia, pues para llegar á tan envidiable colocación necesitan pasar luengos años, de quince á veinte por término medio, acumulando servicios y merecimientos para poder triunfar en los concursos. El sueldo de 625 pesetas es algo así como la suprema aspiración de

tableciendo dos períodos de cuatro años cada uno, el primero de estudios generales, comunes á todas las carreras, y el segundo especial para cada orden de disciplinas; así desaparecería la distinción allí existente entre las enseñanzas clásicas, téc-

todos los maestros que no se sienten con fuerzas ó con recursos para luchar con una oposición.

No hablemos tampoco de los 1.400 maestros que perciben 500 pesetas, sueño dorado de millares de infelices que se pasan la vida sirviendo al país sin llegar á semejante canonjía; ni siquiera de los 1.900 desdichados, en números redondos, que *disfrutan* de sueldos comprendidos entre 250 y 500 pesetas: todos ellos pertenecen todavía al número de los agraciados con los premios mayores en la lotería de la vida maestril, aunque el último peón de albañil ó el más desastrado mozo de labor gane mucho más que ellos.

»Detengámonos en el grupo de los maestros que ganan 250 pesetas al año, cuatro duros al mes, con los descuentos, timbres, habilitaciones y demás gabelas fiscales y administrativas. ¿Es posible vivir, aunque sea en el pueblo más miserable de la Península, con cuatro duros al mes? Pues en este caso se hallan, no una docena ni dos de escuelas públicas, sino 2.500 escuelas de la nación española.

»Y no se crea que estos maestros son los de la última categoría, ni sus escuelas las menos dotadas de España; los hay todavía en peores condiciones: hay algunas docenas de maestros que perciben sueldos comprendidos entre las 250 y las 200 pesetas; y bajando todavía en la escala, llegamos á los maestros que cobran sueldos irrisorios de menos de 200 pesetas, admirándonos de encontrarnos nada menos que con 207 que perciben 125 pesetas anuales cada uno; es decir, que entre todos juntos, los 207 maestros vienen á cobrar en un año lo que cobra en ocho meses un ministro, y que á pesar de que ni aun este elevado cargo se halla en España remunerado como debiera, se necesitarían 246 maestros para agotar las 30.000 pesetas asignadas á un consejero de la Corona.

»Y no pára en esto la vergonzosa escala de las miserias del Magisterio: hay maestros que cobran menos de 100 pesetas, pudiéndose encontrar hasta 254 escuelas *dotadas* con el sueldo inverosímil de 90 pesetas, y 114 que tienen de dotación el sueldo más inverosímil de 62,50 pesetas. No hace mucho se jubiló á uno de estos maestros, con cuarenta años de servicios; y teniendo derecho á los cuatro quintos del sueldo (el máximo de la jubilación), le quedaron como premio á su titánica labor de cuarenta años ¡cincuenta pesetas anuales!... Pero, ¿á qué compadecerle, si todavía quedan maestros en el servicio activo de la enseñanza con 45 pesetas de sueldo anual?

»Esto es una gran vergüenza para el país que lo consiente; y buena prueba de que el mismo país anhela otra cosa, está en los medios de que

nicas y normales. También aboga por que la instrucción sea obligatoria hasta los catorce años, como en Francia, Inglaterra y Alemania, y quiere vedar la enseñanza al clero y á los conventos, siendo partidario decidido de la coeducación.

\*  
\* \*

FUMADORES DE OPIO. — El morfínismo es una plaga engendrada por el abuso de las inyecciones de morfina, y su desarrollo está limitado á los enfermos que se someten á ellas; pero el abuso del opio es plaga que puede adquirir mucha mayor ex-

no pocos Ayuntamientos se valen para aumentar tan exiguos sueldos, señalando á los maestros, por retribuciones ú otros conceptos, cantidades diversas que, ya que no le saquen de la miseria, le permitan algún mayor desahogo. Pero, aun así y todo, es intolerable que haya maestros de cuatro duros al mes, ni menos de 45 pesetas al año, y debe acabarse de una vez, radicalmente, con esta ignominia nacional.

»El gran paso para la redención del maestro lo dió el conde de Romanones con nunca bastante alabada valentía, haciendo que pasaran á cargo del Estado las sagradas atenciones de primera enseñanza; D. Manuel Allendesalazar dió otro paso decisivo al señalar en su proyecto de ley, como sueldo mínimo del maestro, 500 pesetas, y el actual ministro de Instrucción pública, D. Gabino Bugallal, al hacer suyo el proyecto de su antecesor, y al mostrarse resuelto á convertirlo en realidad en los próximos presupuestos, conquistará la gratitud de los maestros y el aplauso de la nación. Veremos si en las salas de sesiones del Congreso ó del Senado hay alguien capaz de oponerse, por ningún motivo, á esta obra de saneamiento, de moralidad, de humanidad y de justicia.

»Si ese ejército del proletariado intelectual estuviera reunido en apretado haz, como los mineros de Bilbao ó los manufactureros de Barcelona, no tendríamos temor ninguno y estimaríamos asegurado su triunfo y satisfechas sus aspiraciones; pero el ejército del Magisterio es un ejército disperso, que no tiene más armas que sus silenciosos ayes; los treinta mil hombres y mujeres en servicio activo de que se compone, con los sesenta mil aspirantes que forman sus reservas, se hallan desparramados por todos los ámbitos de la Península, y no han constituido ni constituyen, ni constituirán jamás, núcleo alguno que ponga en peligro el orden público. Por eso estamos intranquilos por su suerte, á pesar de los altos valedores que han tenido la fortuna de encontrar, y deseamos que sus justísimas quejas hallen eco en el Parlamento, para que no flaquee la voluntad de sus amparadores, y pueda llevarse á cabo la gran obra de su redención.—  
*Fernando Araujo*».

tensión, y que amenaza invadir el Occidente, después de los estragos hechos en Oriente, de donde la traen á Europa los militares y empleados de las posesiones europeas en Asia.

En Tolón y en Marsella, primero, y luego en París, Lyon, el Havre, Cherburgo, Brest, Rochefort y Burdeos, se han instalado fumaderos de opio, no sólo en establecimientos especiales, sino en casas particulares, pues el *demi-monde* ha entrado con entusiasmo en la moda, y no son las mujeres las menos aficionadas á la pipa de opio, que las permite olvidar todos sus cuidados y vivir en el mundo de los sueños fantásticos. Hasta en casas distinguidas no se privan de este placer, y después de la comida se fuma el opio en familia: la señora da la señal á sus invitados de pasar al fumadero, y el marido prepara las pipas á los asistentes, que se extienden sobre almohadones, pasando una parte de la noche en charlar y fantasear tomando té.

El arte de fumar el opio, dice la *Revue Universelle*, no es menos delicado que el de aculotar una buena pipa: se introduce una bolita de extracto de opio tostado, lavado, aireado y fermentado, de unos cinco centigramos, en una especie de urna agujereada y fijada en un tubo de bambú que llega á la boca; se enciende la bolita, y es preciso hacerla arder por completo de una sola chupada, aspirando de una sola vez todos los vapores. El fumador se encuentra entonces tan beatíficamente satisfecho, tan lejos de la realidad, tan confiado en sí mismo y en el porvenir, que deja á un lado todas sus ocupaciones y preocupaciones.

El europeo que se aficiona al opio no se conforma, como el asiático, con una pequeña dosis; se empieza fumando una ó dos pipas diarias, y pronto se fuman cinco, diez y cincuenta, no siendo raros los fumadores que llegan á cien pipas diarias. La necesidad de fumar es irresistible, y la voluntad se halla tan enervada en el fumador de opio, que nada le detiene; en esos momentos, que no se hable al fumador de los deberes ni de las obligaciones más sagradas: pierde el sentimiento de su respon-

sabilidad, y no atiende á nada ni á nadie; en su alocamiento sólo subsiste la necesidad urgentísima de aspirar á toda costa un poco de opio.

Contra este mal el mejor remedio es la profilaxis, y el doctor Brunet reclama la adopción de medidas preventivas, sobre todo la de prevenir á los jóvenes destinados á la vida colonial de las miserias que les esperan si se entregan al opio; para ello nada mejor que mostrarles algunos fumadores llegados al marasmo: de andar vacilante, de ojos hundidos, de mirada estúpida, sujetos á violentos dolores de cabeza, á trastornos digestivos, á retenciones de orina dolorosas y á una vejez tan prematura como desdichada.

FERNANDO ARAUJO

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

P. DORADO.—**Valor social de leyes y autoridades.**—Barcelona, Sucesores de Manuel Soler, editores.

Tiene este nuevo libro del profesor de Salamanca su génesis en los artículos que, tres ó cuatro años hace, publicó, primero en la *Revue de Droit Public et de la Science politique*, de París, y luego en la madrileña *Revista Política Iberoamericana*. Por primera vez escribió allí lo que él había pensado acerca de la función de la ley y la autoridad en la evolución social.

Mas desde entonces acá su pensamiento ha seguido trabajando; nuevas opiniones y puntos de vista le han sido conocidos, y así ha podido formar este libro, por demás interesante, que tiene, como todos los suyos, estos dos caracteres: un texto de firmísima complexión lógica, y un sistema de notas extraordinariamente desarrollado, donde consta el testimonio de largas y variadas lecturas y de muchas horas de actividad del propio pensamiento.

Hase venido haciendo, por la opinión ajena, en torno de Dorado, cierta aureola de anarquismo. Recordaré que un escritor—polígrafo verdaderamente—habla del «anarquismo jurídico, pero no científico y total, sino ilógico y á retazos formado», á que en España llegan Giner, Costa y Dorado (A. Bonilla: *Sobre los efectos de la voluntad unilateral, propia y ajena en materia de obligaciones mercantiles*). No podía haber citado

tres con temperamento mejor de hombres de ciencia. Ninguno, además, es propiamente un anarquista.

En efecto, asigna Dorado á la ley y á la autoridad una función útil en el mundo; la cual es la de imponer coactivamente y desde fuera todo lo que, en una fase de evolución más adelantada, los hombres cumplirán espontáneamente, por coacción interior, por exigirlo así el imperativo categórico de su conciencia.

¿Quién llamaría anarquismo á esta doctrina, sin peligro de disolver la especie dentro del género?

Entra, sí, ella, como tal especie innominada, en el género de las doctrinas libertarias, cuyos precedentes y manifestaciones actuales señala el propio autor, al principio y al fin de su trabajo, en una reseña inevitablemente incompleta. Bastará indicar, entre las manifestaciones del día, el *Autocratismo*, de Eugenio Dühring; el *Voluntarismo*, de Aubeson Herbert, etc.

¿Diríamos alguna opinión sobre la de Dorado?

Parécenos que existe un proceso psicológico, por el cual el advenimiento del reino de la no-coacción exterior se frustra de continuo. Emilio Durkheim, en sus *Reglas del método sociológico*, y tal vez también en su *División del trabajo social*, le ha notado muy bien y le ha descrito varias veces.

Sucede que la ley y la autoridad no acabarán jamás su misión de imponer el deber en las conciencias hasta que se verifique la asimilación interior que las haría inútiles. ¿Por qué? Sin duda porque el refinamiento de las conciencias traerá consigo cada vez nuevas exigencias inagotables. Si la sensibilidad moral aumenta, las cosas que hoy son simplemente antipáticas serán odiosas en lo porvenir. Dice Durkheim: «Imaginaos una sociedad de santos, un claustro ejemplar y perfecto. Los crímenes acaso serán desconocidos; pero las faltas que al mundo parecen veniales, levantarán allí el mismo escándalo que un delito ordinario en las conciencias generales... ¿No es por esto, quizá, por lo que ellos, los santos y los



justos, se creen, con toda sinceridad, no hipócritamente, grandes y desgraciados pecadores?

Paréceme que, desde este punto de vista, la ley y la autoridad sólo se extinguirían el día de un extraño fenómeno psíquico en el mundo: aquel día en que se destruyera la individualidad, y la vida moral de todos los hombres fuera, así en el bien como en el mal, exactamente lo mismo.

C. BERNALDO DE QUIRÓS

# ÍNDICE

por orden alfabético de autores de los artículos  
publicados en «La España Moderna»  
durante el año 1903.

---

- ALTAMIRA (Rafael).—*El segundo Congreso internacional de Ciencias históricas*. Julio, pág. 71; Agosto, pág. 38.—*Notas bibliográficas*. Noviembre, pág. 202.
- AMADOR DE LOS RÍOS (Rodrigo).—*El Museo Arqueológico Nacional (notas para su historia)*. Febrero, pág. 41.—*Los monumentos nacionales*. Abril, pág. 30.—*Los túmulos reales de la Capilla mayor en la Catedral de Toledo*. Septiembre, pág. 88.—*Recuerdos de un viaje por Huelva (1890)*. Palos. Diciembre, pág. 87.
- ANDRÉ (Eloy L.).—*Nuestras mentiras convencionales. La mentira social*. Septiembre, pág. 64.—*Psicología social del Municipio español*. Noviembre, pág. 58.
- APOUKHTINE (A. N.).—*Los archivos de la condesa D\*\*\* (novela)*. Mayo, pág. 5; Junio, pág. 5.—*Entre la muerte y la vida (narración fantástica)*. Julio, pág. 5.
- ARAUJO (Fernando).—*Revista de Revistas*. Enero, pág. 182; Febrero, página 181; Marzo, pág. 155; Abril, pág. 180; Mayo, pág. 156; Junio, página 173; Julio, pág. 163; Agosto, pág. 167; Septiembre, pág. 181; Octubre, pág. 178; Noviembre, pág. 168; Diciembre, pág. 162.
- BECKER (Jerónimo).—*Apuntes sobre el problema marroquí*. Febrero, página 122.—*Europa y América*. Abril, pág. 103.—*El centenario de la Luisiana*. Mayo, pág. 106.—*La cuestión de Santo Domingo*. Junio, página 38; Julio, pág. 49.—*El arbitraje hispanoamericano*. Noviembre, pág. 104.
- BERNALDO DE QUIRÓS (Constancio).—*Un novelista de las clases desposeídas*.

- das: Máximo Gorky.* Enero, pág. 73.—*Notas bibliográficas.* Febrero, pág. 202; Diciembre, pág. 199.
- BRET HARTE.—*Uno* (narración californiana). Diciembre, pág. 20.
- CALVO (Ignacio).—*Curiosidades numismáticas.* Marzo, pág. 98; Mayo, pág. 130; Julio, pág. 33.—*Grados antiguos en la Universidad de Salamanca.* Septiembre, pág. 116.
- CASTILLO (Rafael).—*Notas bibliográficas.* Junio, pág. 203.
- CHOCANO (José S.).—*Estandarte de amor.* Junio, pág. 35.
- COTARELO (Emilio).—*El supuesto casamiento de Almanzor con una hija de Bermudo II.* Enero, pág. 42.
- DORADO (P.).—*La Iglesia y la cuestión social.* Marzo, pág. 49.—*Valor de la conciencia y de la intervención reflexiva.* Octubre, pág. 81.—*El discurso de apertura de los Tribunales, y la Memoria del Fiscal del Supremo.* Noviembre, pág. 82.—*Notas bibliográficas.* Febrero, pág. 204; Agosto, pág. 202; Septiembre, pág. 206.
- FLORES (Manuel M.).—*El primer beso.* Mayo, pág. 38.
- GÓMEZ DE BAQUERO (E.).—*Crónica literaria.* Enero, pág. 171; Febrero, pág. 172; Marzo, pág. 145; Abril, pág. 172; Mayo, pág. 146; Junio, pág. 164; Julio, pág. 152; Agosto, pág. 159; Septiembre, pág. 173; Octubre, pág. 167; Noviembre, pág. 159; Diciembre, pág. 154.
- GÓMEZ RESTREPO (Antonio).—*A una moneda de Nerón encontrada en las ruinas de Itálica.* Enero, pág. 33.—*Ante la estatua de Marco Aurelio.* Enero, pág. 35.—*Al templo de Neptuno en Pestum.* Enero, pág. 37.—*La tumba de Cecilia Metela.* Enero, pág. 38.—*En la villa de Adriano.* Enero, pág. 39.—*El ciclope.* Enero, pág. 39.—*Ulises.* Enero, pág. 40.—*La gruta azul.* Enero, pág. 41.
- GONZÁLEZ-BLANCO (Edmundo).—*Ciencia y fe.* Febrero, pág. 87; Marzo, pág. 67.—*D'Annunzio y el anarquismo aristocrático.* Mayo, pág. 78.—*El suicidio en sus diversas formas.* Agosto, pág. 54.—*León XIII: su diplomacia y sus encíclicas.* Septiembre, pág. 44.—*Ernesto Renan (á propósito de la erección de su estatua en Treguier).* Octubre, pág. 123.—*Inhumación y cremación.* Noviembre, pág. 34.—*La retirada de un jefe político.* Diciembre, pág. 54.—*Notas bibliográficas.* Febrero, pág. 205; Mayo, pág. 196; Julio, pág. 192.
- GUTIÉRREZ POLA.—*Notas bibliográficas.* Julio, pág. 192.

- HISPANUS.—*Lecturas americanas*. Enero, pág. 155; Febrero, pág. 147; Marzo, pág. 128; Abril, pág. 149; Junio, pág. 136; Julio, pág. 129; Agosto, pág. 135; Septiembre, pág. 133; Octubre, pág. 145; Noviembre, página 135; Diciembre, pág. 128.
- IGNOTUS.—*Para paisanos. Cosas de tropa*. Octubre, pág. 54.
- LARRAÑAGA PORTUGAL (M.)—*Sunt Verba Rerum*. Marzo, pág. 33.
- LARRIVA DE LLANA (Lastenia).—*A mi querida hermana Hortensia Larriva*. Febrero, pág. 33.
- MARTÍNEZ OLMEDILLA (Augusto).—*La trata de negros*. Junio, pág. 96.
- MÉLIDA (José Ramón).—*Los museos de arte en Madrid*. Enero, pág. 56.
- MENÉNDEZ Y PELAYO (M.)—*Indagaciones y conjeturas sobre algunos temas poéticos perdidos*. Diciembre, pág. 108.
- NAVAS (Conde de las).—*El «New Record Office»*. Octubre, pág. 72.
- OTHON (Manuel José).—*¡Surgite!* Abril, pág. 28.
- PALACIOS (Leopoldo).—*Las universidades populares*. Mayo, pág. 55.
- PÉREZ DE AYALA (Ramón).—*Notas bibliográficas*. Marzo, pág. 198.
- PÉREZ DE GUZMÁN (Juan).—*Los himnos nacionales de la América española*. Enero, pág. 116.—*Las Cortes y los gobiernos del reinado de doña Isabel II*. Febrero, pág. 71.—*El Renacimiento de Portugal*. Marzo, página 113.—*El nuevo buque de combate «Alfonso XIII»*. Abril, pág. 123.—*El primer conflicto entre dos soberanías*. Junio, pág. 75.—*Bajo don Amadeo de Saboya*. Agosto, pág. 88.—*El violín español en el cosmopolitismo del arte musical contemporáneo*. Septiembre, pág. 153.
- PITOLLET (Camille).—*Los catedráticos de castellano en los Institutos de segunda enseñanza en Francia*. Julio, pág. 105.—*Mesonero Romanos, costumbrista*. Octubre, pág. 38.
- POSADA (Adolfo).—*Perspectivas universitarias*. Enero, pág. 81.—*Formación del profesorado de segunda enseñanza*. Abril, pág. 84.—*Feminismo*. Junio, pág. 58.—*El año sociológico (1901-1902)*. Agosto, pág. 116.—*Utopía sociológica*. Diciembre, pág. 70.—*Notas bibliográficas*. Mayo, pág. 195.
- RUIZ CASTILLO (J.)—*Notas bibliográficas*. Marzo, pág. 195.
- SALES FERRÉ (Manuel).—*De la civilización y su medida*. Diciembre, página 35.
- SBARBI (José María).—*Cuernos y plumas*. Enero, pág. 145.

- 
- SIENKIEWICZ (Enrique).—*Ana* (novela). Agosto, pág. 5. Septiembre, página 5; Octubre, pág. 5; Noviembre, pág. 5.
- TCHEKHOV (Antón).—*Un duelo* (novela). Enero, pág. 5; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 5.—*La princesa*. Diciembre, pág. 5.
- UGARTE (Manuel).—*Páginas de la leyenda de la Pampa. La cautiva*. Mayo, pág. 39.
- UNAMUNO (Miguel).—*Contra el purismo*. Enero, pág. 100.—*El individualismo español*. Marzo, pág. 35.—*Sobre el fulanismo*. Abril, pág. 65.—*La selección de los Fulánez*. Julio, pág. 89.

## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>La princesa</i> , por Antón Tchekhov.....	5
<i>Uno</i> (narración californiana), por Bret Harte.....	20
<i>De la civilización y su medida</i> , por Manuel Sales Ferré.....	35
<i>La retirada de un jefe político</i> , por Edmundo González-Blanco....	54
<i>Utopia sociológica</i> , por Adolfo Posada ... ..	70
<i>Recuerdos de un viaje por Huelva</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	87
<i>Indagaciones y conjeturas sobre algunos temas poéticos perdidos</i> , por M. Menéndez y Pelayo.....	108
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	128
<i>Crónica literaria. — La Catedral</i> (novela de D. Vicente Blasco Ibáñez), por E. Gómez de Baquero.....	154
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	162
<i>Notas bibliográficas</i> , por C. Bernaldo de Quirós .....	199
<i>Índice por orden alfabético de autores</i> .....	202